

Textos de presentación a obras de géneros diversos

ADA AURORA SÁNCHEZ

UNIVERSIDAD DE COLIMA

con ternura, fiestas de cumpleaños, venenos de poca memoria y anécdotas de niños traviesos.

Alí donde la fuerza de los días que le asom-
broso, donde la habitual puede dormirse en ventu-
Victor Manuel Chávez encuentra el esplendor de las
cosas. Y celebra. celebra los pequeños hechos cotidia-
nos, el jugo de la naranja, el humo en la cocina,
el olor de la tierra húmeda, las frutas de los árboles, las
luces que se encienden entre las campas de la iglesia, la
luz y el viento, la palabra y el silencio, que son,
también, sus seres, otros lazos de la familia.

La poeta Ana María Carrasquero, en "Hablar de la poesía es algo que, pensó, acaso el propio poeta debe..."

[illegible]

Al ir a pie de Cárdenas ilumina rincones de
mil años que vistos a la luz y con cierta
distancia como hace el joyero (o el escritor) cuando
deja apreciar mejor las piezas en que trabaja, nos re-
sultan cargados de innata belleza.

Micaela Valencia Bravo nació el 2 de noviembre de 1905 en el pueblo de Comala, Colima. No le gusta-

LIBROS A ESCENA

Textos de presentación a obras de géneros diversos

c o l e c c i ó n
Letra**Sobre**Letra

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Mtro. José Eduardo Hernández Nava, Rector

Mtro. Christian Jorge Torres Ortiz Zermelo, Secretario General

Mtra. Vianey Amezcua Barajas, Coordinadora General de Comunicación Social

Mtra. Gloria Guillermina Araiza Torres, Directora General de Publicaciones

LIBROS A ESCENA

Textos de presentación a obras de géneros diversos

Ada Aurora Sánchez



UNIVERSIDAD DE COLIMA

© UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2018

Avenida Universidad 333

Colima, Colima, México

Dirección General de Publicaciones

Teléfonos: (312) 316 10 81 y 316 10 00, extensión 35004

Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx

www.ucol.mx

ISBN: 978-607-8549-19-1

Derechos reservados conforme a la ley

Impreso en México | *Printed in Mexico*

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005

Dictaminación y edición registradas en el Sistema Editorial Electrónico PRED

Registro: LI-003-18

Recibido: Enero de 2018

Publicado: Julio de 2018

AGRADECIMIENTOS

*Agradezco a Citlalli Toledo
y a Armando Ramírez
la colaboración prestada
para la organización de este libro;
a Heberth Sánchez y Marco Jáuregui,
por sus valiosas observaciones;
y, por supuesto,
a todos aquellos autores y autoras
que me invitaron a presentar sus publicaciones
justo cuando éstas se hallaban
a punto de salir a escena,
a punto de entrar en contacto
con el público lector.*

Índice

Introducción	9
--------------------	---

Interioridad y palabra

Crónica de una lectura: <i>Lo que queda de mí</i> , de Nadia Contreras	15
Esa poesía que es tiempo, soplo: luz	21
<i>Puntos cardinales</i> , poesía que se abre a los cuatro vientos	29
<i>Oportet Illium Regnare</i> , de J. Jesús Trujillo	35
Mirar afuera, mirar adentro: <i>Campo minado</i> , de Rogelio Guedea	41
De cálidos tonos: <i>Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo</i>	49
<i>Luciérnagas en vuelo</i> : breves fulguraciones	57
<i>Pronto iniciará la cosecha de manzanas</i> : un poemario de amores y pérdidas	63

Contar en el tiempo

<i>Margarita Septién Rul</i> y el arte de contar una vida	73
<i>Japón en mi existir</i> , de Irma Magaña, un libro de sueños y de viajes	81
<i>La hija del bandido o los subterráneos del Nevado</i> , de Refugio Barragán de Toscano	89

Idilio verbal y fulminante, la novela <i>Dulce y prehistórico animal</i> de Guillermina Cuevas.....	97
Celebración de <i>La sombra niña</i>	105
Traducir la vida, traducir un gesto o <i>El último juglar: memorias de Juan José Arreola</i>	111
La biografía de un relámpago, de un hombre y sus hazañas pugilísticas	119
Griselda Álvarez o el arte de atrapar la chispa humana	127
<i>Camino de Miraflores: novela histórica en torno al Colima de la segunda mitad del siglo XIX</i>	135

Móviles ideas

La mirada múltiple: <i>Acercamientos críticos a la literatura mexicana</i>	145
Para leerse de pie: <i>De la lectura y sus alrededores</i>	151
<i>Visiones de Octavio Paz, un poliedro a contra luz</i>	159
El dedo en la llaga, el ojo en la nube: <i>Identidad y memoria en las poetas mexicanas del siglo XX</i> de Gloria Vergara.....	165
<i>De Café, en una noche que hierve</i>	169
Volver sobre nuestros pasos: <i>Cartucho, hacia la reconfiguración de la realidad</i>	175
<i>Teoría literaria y hermenéutica, un libro-homenaje</i>	181
<i>Colima. Tierra de letras o memoria de múltiples tiempos</i>	187
<i>Impronta femenina, un libro en pleno vuelo</i>	193
Griselda Álvarez en tres movimientos.....	199
“Un, dos, tres por todos mis amigos”: comentarios al número diecisiete de la revista <i>Borrón y cuenta nueva</i>	207
Un asomo a la vida a través de la muerte: <i>El mundo, su escenario: Francisco, arzobispo de Guadalajara (1912-1936)</i> ...	213
Síntesis y revelaciones en <i>Bésame mucho. Consuelo Velázquez: notas sobre una vida musical</i>	221
Tríptico en torno a Juan José Arreola y Vicente Preciado Zacarías	231

Introducción

Una vez que se ha publicado un libro —como suele decirse—, éste ya no le pertenece al autor o autora. De cierto modo, son los lectores, el tiempo (y acaso el azar) los dueños absolutos de eso que se ha escrito con indudable esfuerzo, pues a ellos pertenece la posibilidad de que el libro se manifieste como una *permanencia*, es decir, como algo que no se agota con el paso de los años y, en cambio, es capaz de seguir comunicando a las personas una *verdad* determinada: histórica, social, literaria...

Formar parte del ritual de la presentación de un libro en público es tanto como ser partícipe del momento en que el autor suelta amarras y deja que su obra se aleje en busca de lectores. Me atrevería a decir que el presentador o comentarista, invitado casi siempre por el propio escritor/a, es quien da el primer empujón al libro para que sin demora tome impulso y se lance a la navegación.

Por ello —exceptuando los casos en que los comentaristas no recomiendan los libros—, los presentadores fungen como padrinos o madrinan en tanto han

leído quizás por primera vez, fuera del autor y su editor, las nuevas obras que llegan a poblar el mundo.

Yo he tenido el honor de ser invitada, en distintas ocasiones, a presentar libros de tópicos diversos, aunque sin salirme del área de las ciencias sociales y las humanidades. Esta actividad me ha supuesto, siempre, una doble sensación: por un lado, de gusto y, por otro, de preocupación. Lo primero, porque acompaño al autor en un momento especial en su memoria afectiva, y lo segundo, porque leer un libro para presentarlo, implica, según pienso, leerle con todos los sentidos, con la disposición de comprenderle de forma auténtica, aunque esto último conlleve, desde luego, tiempo y energía, y no siempre el obtener los resultados esperados.

Libros a escena. Textos de presentación a obras de géneros diversos constituye la recopilación de una serie de comentarios críticos que escribí, justamente, para las presentaciones de ciertos libros de poesía, narrativa y ensayo, entre enero de 2004 y enero de 2018. Con excepción de la revista *Borrón y cuenta nueva*, de la que también se incluyen acercamientos críticos, el resto de los materiales documentados son libros.

Los poetas, narradores o ensayistas de quienes se formulan apreciaciones se hallan vinculados centralmente a Colima y/o Jalisco, ya sea por su origen, por el lugar donde han llevado a cabo su carrera o porque, además de lo anterior, los personajes que abordan en sus respectivos trabajos tienen que ver con los estados mencionados. Estos autores o coordinadores de publicaciones colectivas son: Nadia Contreras, Víctor Manuel Cárdenas, María Elena Sánchez, J. Jesús Trujillo, Rogelio Guedea, Jesús Leticia Mendoza, Melquiades Durán,

José Barocio, Adelina Palomar, Irma Magaña, Refugio Barragán de Toscano, Guillermina Cuevas, Griselda Álvarez, Orso Arreola, Servando Ortoll, Abelardo Ahumada, Heberth Sánchez, Gloria Vergara, Rubén Martínez González, Marina Saravia, Blanca Estela Gutiérrez, René Olvera, Enrique Ceballos, Efrén Rodríguez, Julia Preciado, Juan José Arreola y Vicente Preciado.

La recopilación de los comentarios-reseñas obedece a la necesidad de hacer visible la presencia de textos importantes que conviene releer, estudiar, así como de mostrar una parte del panorama cultural del centro-occidente de México, por lo que se refiere a los últimos catorce años.

En las páginas siguientes se dibujan semblanzas biográficas, propuestas estéticas, ideológicas, y, claro, mi propia experiencia lectora frente a los textos analizados. Aunque varias de las reseñas que aquí se recopilan ya fueron publicadas en medios periodísticos locales, nacionales o internacionales, este libro permite leer en conjunto lo que antes se encontraba disperso, con la consecuente posibilidad de ver mejor la relación entre unos y otros autores.

He dejado fuera muchos textos de presentaciones de libros porque, o bien no se ceñían a la intención de subrayar el trabajo escritural de autores/as de Colima y Jalisco, o porque, por diversas circunstancias, me fue imposible recuperar el texto escrito para la ocasión. Me disculpo por omisiones a las que el azar me ha obligado.

Los textos incluidos responden —salvo pequeños ajustes en los títulos o en la precisión de datos— a sus versiones originales. La presencia de más de dos reseñas en el caso de algunos autores se debe (imposible

ocultarlo) a la amistad y a la invitación reiterada de los escritores/as para que yo presentara en más de una ocasión diferentes libros suyos.

Libros a escena... se divide en tres secciones: “Interioridad y palabra”, “Contar en el tiempo” y “Móviles ideas”. La primera sección se dedica a comentar poemarios; la segunda, a analizar textos narrativos, desde novelas, apuntes de viaje, hasta biografías; mientras que la tercera sección examina antologías, revistas y, especialmente, textos ensayísticos en torno a la lectura, literatura y otros temas misceláneos. Al interior de cada bloque, el acomodo se ha realizado conforme al orden cronológico de las presentaciones de los libros en Colima, Jalisco, la Ciudad de México o La Habana, Cuba.

Valga el conjunto de estos textos para recordar circunstancias en que se presentaron ciertos libros, con qué intención se les leyeron y qué despertaron en su momento. Valgan, pues, para alentar el deseo de internarse en las obras que los motivaron y que, al paso del tiempo, siguen su propio camino entre lectores de horizontes variados, una vez que han salido a escena.

Colima, Colima, México
Primavera de 2018
La autora

Interioridad y palabra

Crónica de una lectura:
Lo que queda de mí, de Nadia Contreras¹



Tengo en mis manos *Lo que queda de mí*. Observo la portada del libro: en el gris de un muro callejero, un recuadro como ventana, y al fondo de éste, un corazón en vilo; sobrepuesta al muro y al corazón, una soga gruesa de color café. Aventuro una hipótesis: el nuevo poemario de la colimense Nadia Contreras tendrá que ver —como algunos otros de sus trabajos— con la ex-

¹ Texto leído en la presentación del libro *Lo que queda de mí*, de Nadia Contreras, el 16 de enero de 2004, en el Hotel Ceballos de la ciudad de Colima. Este mismo texto se publicó como reseña literaria en el blog *rResonancias.org*, de Nadia Contreras, en 2010. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, del poeta Víctor Manuel Cárdenas y la autora del poemario.

ploración de la nostalgia y el dolor, o bien, con el dulce destilado de imágenes en torno a las labores cotidianas de un pueblo que se resiste a ser ciudad.

Antes de revisar el índice, hojeo el libro. Desprendo su olor a tinta y, al azar, selecciono una página sin número: *Éste es mi reino, el mar, sus orillas*. Me gusta. Decido recorrer el poemario desde el inicio, “entender” *Lo que queda de mí*. Descubro que Gabriela Peralta es la autora de *Orificio sin luz*, detalle que resalta en la portada del libro. Dos mujeres, que quizá no se conozcan, han unido pintura y literatura para representar simbólicamente lo que puede ser la soledad con su infinita cauda de sinsabores y desencantos.

El libro de Nadia, editado por el Conaculta, constituye el número 259 del Fondo Editorial Tierra Adentro y, al igual que otros poemarios de poetas jóvenes colimenses (Rogelio Guedea, Avelino Gómez, Sergio Briçeño y Verónica Zamora, por ejemplo), es un estímulo a la calidad literaria del occidente de México. De hecho, alguien ha escrito en la contraportada de *Lo que queda de mí* que “con este poemario Nadia Contreras alcanza una saludable madurez, reconocida al obtener una mención por parte del jurado del Premio Nacional de Poesía Joven “Elías Nandino” en su versión del año 2001”.

Y aunque el poemario se ha editado dos años después de su distinción honorífica, nunca es tarde para leer poesía, sobre todo si se trata de buena poesía. La puerta a *Lo que queda de mí* se abre con un epígrafe de Ezra Pound. Recuerdo, entonces, *El arte de hacer poesía*, libro en que el escritor norteamericano aconseja que los poetas sometan su trabajo a las reglas de la música, pues

entre el arte de los sonidos y la poesía existen “paralelos exactos”. ¿A qué dará preferencia Nadia cuando escribe? ¿Al ritmo? ¿Al sonido? ¿A la imagen? ¿A la idea? “Es uno conmigo el paisaje,/ Los árboles,/ En su infinito rumor de hojas./ Te contemplo, madre,/ Pero sé que nada es cierto./ No puedo tocarte y eso basta./ Es abril de este año cualquiera” (“Es uno conmigo el paisaje”, p. 16).

La poesía de Nadia se distingue por el timbre de su palabra; es música de alientos, madera cálida, familiar al oído. Sin embargo, sus temáticas evocan circunstancias dolorosas, nada cálidas, en que la pérdida pareciera ser el sentimiento predominante. Sentir lo incompleto que es uno, porque en algún momento, en algún lugar, dejamos o nos quitaron algo que nos hace falta, es parte de *Lo que queda de mí*. En este poemario, la poesía proclama una consigna: a pesar de los esfuerzos por llenar el vacío con la gente o el mundo y sus objetos, no habrá manera de olvidar que estamos solos, en la eterna búsqueda de lo perdido. “Más allá, bajo los recuerdos, te busco,/ En la habitación magnífica /Del cerebro,/ En la raíz del árbol,/ En la materia vulnerable/ Que soy./ Y no te encuentro/ Y yo tampoco me encuentro” (“Más allá, bajo los recuerdos, te busco”, p. 45).

Las palabras blanco, sombra, raíz, silencio, en los versos de Nadia me remiten a la poeta argentina Alejandra Pizarnik. Oigo, a dúo, como si ignoraran el tiempo, a dos voces que se empalman en un canto nostálgico y salobre. Ambas escritoras navegan corazón adentro y se preguntan qué hacer cuando no se tiene instructivo preciso para vivir. La respuesta es perseguir a la poesía. Conforme avanzo en la lectura, salen a mi en-

cuentro citas de Carlos Pellicer, Olga Orozco y Cristina Peri Rossi, entre otros escritores. He aquí algunos indicios para entender qué pudo detonar a ciertos poemas —me digo—. Porque la chispa que hace estallar la palabra inicial del verso es, en la mayoría de los casos, un préstamo. Al leer a otros es posible reconocer en ellos formas de expresión que anhelamos y que nos inspiran a encontrar las nuestras.

De “Álbum de fotos para Olga Lucía”, llego a “Fotografía III”:

Una niña de cinco años está ante la cámara.
Es su primer día de clases en el colegio. Yo la vi caminar los pasillos del asombro, entre juegos saltar de una vida a otra, porque la infancia es muchas vidas. En ti me busco niña que no tienes mis ojos. Decirte vamos a jugar y somos tú y yo con otros niños, Isabel. En tu frente me busco, en tus manos que son mis manos marchitas. ¿Dime si soy la imagen del futuro prometedor como dicen, según los expertos, las líneas de tus manos? O ésta sin nombre, desconocida hasta el cansancio (p. 100).

Resulta agradable encontrar en *Lo que queda de mí* visiones que te atrapan y vuelven obligado el hecho de sumergirse en la memoria para encontrar la ecuación existencial que nos revela por qué sentimos de tal o cuál forma el mundo que nos rodea. Mientras leo, escribo estas líneas. Documento mis percepciones de lectora que, supongo, es lo que se comparte en las presentaciones de los libros. Poemario arriba, encuentro una mujer de la que se habla insistentemente, algo así como el alter ego de la autora:

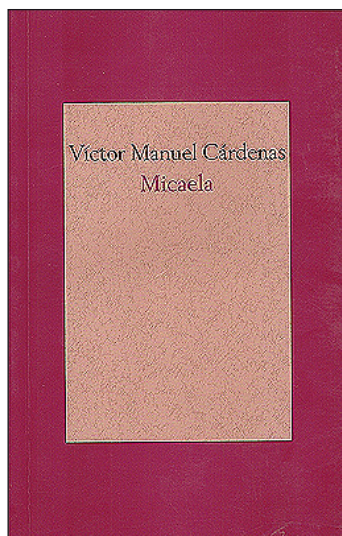
Es alta, Olga Lucía, como un edificio./ No tiene perro ni gato que la aguarde./ Olga Lucía sabe lo que es despertar con luna/ los cinco días de todas las mañanas./ Pero no de mi presencia que la observa,/ De mis ojos que resbalan por su espalda lisa/ Como piedra de río./ La noche comienza en la punta de sus pies (“Impresión”, p. 75).

Conforme me acerco al final del poemario, se van cumpliendo las expectativas: el trabajo de la autora —gracias a la perseverancia y el talento en el oficio— es consistente, unitario; revela largas horas de lectura (libros, mundo, alma) y, por supuesto, de ejercicio poético.

Nadie, ni Nadia misma, podrá detener a esta escritora en su lucha por escribir y trascender; su trayectoria académica, su labor como periodista cultural, sus publicaciones en revistas y suplementos locales y nacionales, sus cinco libros editados, su página de internet, en fin, son apenas el arranque de una carrera literaria que atestiguamos con gusto. Tras cerrar el libro, pienso que *Lo que queda de mí* ha sido una grata compañía en estas extrañas tardes de lluvia y frío en Colima, en que la nostalgia se pega al corazón como una hiedra. Todavía escucho el repiqueteo de unos versos de Nadia y me asalta el deseo de compartir, muy pronto, con los amigos asistentes a *El tranvía*, una taza de café humeante y algo de lo que la poesía, hechicera sutil de los siglos, es capaz de suscitar en los lectores.

Referencia

Contreras, N. (2003). *Lo que queda de mí*. México: Conaculta, Fondo Editorial Tierra Adentro.



Un buen día se puede llegar a casa y ser sorprendido por un espacio que pareciera no ser el nuestro, el de siempre, el de antes. Todo se encuentra en su sitio y, sin embargo, se percibe tan *otro*, tan diferente. Un silencio finísimo se cierne sobre la casa: los objetos habituales dan la impresión de contener un aleteo, un movimiento, a pesar de su reposo. Qué nítido el respirar

² Texto leído en la presentación del libro *Micaela*, de Víctor Manuel Cárdenas, el 26 de febrero de 2009, en el Jardín Libertad de la ciudad de Colima. En la presentación del libro se contó con los comentarios, asimismo, de Rubén Martínez González, Alejandro Morales y el autor. Este texto constituye el prólogo a la segunda edición de *Micaela* publicada de forma póstuma por Puertabierta Editores, en 2017, y que se dio a conocer, como homenaje al poeta, el 24 de octubre de 2017, en el marco del Festival Internacional de la Palabra, con la lectura en voz alta y comentarios de Guillermina Cuevas, Ángel Gaona y Ada Aurora Sánchez.

de los cojines desperezándose en la sala, el crujir de la mesa en que se sirve la sopa, el mar de una cortina que llama a la nostalgia... ¿Qué dicen todas esas cosas juntas? ¿Dónde estaban o quiénes éramos nosotros que antes no podíamos escucharlas?

Ante la mirada y el oído atentos, los espacios y los objetos se revelan. También las personas, que nos parecerán otras en su terrible o conmovedora existencia, apenas las observemos en el marco de sus circunstancias particulares, afectos y obsesiones. Es decir, apenas las miremos en el conjunto de las visibles e invisibles formas que les rodean.

En *Micaela* (2008, Universidad Autónoma de Zacatecas), el poeta colimense Víctor Manuel Cárdenas logra, precisamente, una bella crónica de los afectos y las revelaciones, pues con transparencia nos ofrece el recuento de una vida sencilla: la de su abuela Mica; la de una familia de amplia tradición, los Morales Valencia; y la de un pueblo viejo, Comala. A partir de la declarada subjetividad del cariño entrañable y, al mismo tiempo, con la “objetividad” del cronista-testigo, Víctor Manuel va descubriendo ante el lector no sólo quién fue Micaela, con sus amores y vicisitudes domésticas, sino a qué *sabe* una abuela de cien años en la memoria familiar.

Compuesto por sesenta poemas breves (varios de éstos en prosa), *Micaela* —Premio Nacional de Poesía “Ramón López Velarde” 2007— constituye un homenaje al milagro de una vida longeva y amorosa. En torno al personaje de esta mujer y su prolífica descendencia se tejen líricamente algunas historias en que se describen,

con ternura, fiestas de cumpleaños, señoras de poca memoria y anécdotas de niños traviesos.

Allí donde la inercia de los días opaca lo asombroso, donde lo habitual puede adormecer los sentidos, Víctor Manuel Cárdenas encuentra el resplandor de las cosas. Y celebra. Celebra los pequeños placeres cotidianos, *el café de olla con piloncillo, el humo en la cocina, el olor de la hierbabuena, las ofrendas de arrayanes, las luciérnagas de septiembre*, las campanas de la iglesia, la lluvia y el viento, y la palabra y el silencio, que son, también, como la sangre, otros lazos en la familia.

La poeta cubana Fina García Marruz, en “Hablar de la poesía”, escribió algo que, pienso, acaso el propio Víctor habría dicho:

Lo primero fue descubrir una oquedad: algo faltaba, sencillamente. Pero, de pronto, todo podía dar un giro, y las cosas, sin abandonar su sitio, empezaban ya a estar en otro. La poesía no estaba para mí en lo nuevo desconocido sino en una dimensión nueva de lo conocido, o acaso, en una dimensión desconocida de lo evidente. Entonces trataba de reconstruir, a partir de aquella oquedad, el trasluz entrevisto, anunciador. Relámpago del todo en lo fragmentario, aparecía y cerraba de pronto, como el relámpago (García, 2002, p. 312).

Así, la poesía de Cárdenas ilumina rincones de vida cotidiana, espacios que, vistos al trasluz y con cierta distancia como hace el joyero (o el escritor) cuando desea apreciar mejor las piezas en que trabaja, nos resultan cargados de inusitada belleza.

Micaela Valencia Bravo nació el 2 de noviembre de 1905 en el pueblo de Comala, Colima. No le gusta-

ba la tristeza de su fecha de nacimiento, ni tampoco su nombre. Micaela conoció, de niña, los sobresaltos de la Revolución Mexicana y, de joven, las angustias de la Cristiada. Se casó con Gabriel Morales Hinojosa, un boticario de pueblo, y se dedicó a las labores del hogar y la crianza de los hijos, sin conocer casi nada que no fuera la geografía que la vio nacer y morir.

Contada de esta forma, la vida de Micaela podría parecernos común (e incluso desencantada), salvo por un elemento: ella declaró haber sido feliz y amada. Desde este hecho, que se convierte en premisa poética, los versos de Cárdenas describirán a la abuela, arquetipo de la madre protectora, como ejemplar en una sola hazaña: la conquista de un amor intenso y verdadero:

Gabriel tenía la fuerza de un caballo en las manos, en los ojos, en su vértigo central. Dos días después, al bajar del tren de Guadalajara, me pidió la desnudez con un beso en los ojos y otro en el bosque de la madrugada. Cuando llueve, el silencio entra en mi cama.

(“En las madrugadas”, p. 68).

Distintas perspectivas y voces en el poemario (el nieto que escribe, la propia Micaela y Gabriel, el esposo) suman detalles de esa mujer que alcanza la heroica edad de los cien años y, mientras más se acerca a la muerte, anhela con mayor nostalgia su pasado:

Ve más a la tierra que al mar,
vive en su casa,
esa arena
donde el miedo
se aparece

y la desconfianza pega gritos.

Que nada invada
sus fatigas
con Gabriel.

(“Pocas veces miró al cielo”, p. 85).

¿Cómo consigue Víctor Manuel un poemario entrañable? Sin duda por efecto de una técnica depurada, que permite que los versos respiren con naturalidad y se presenten como si no pudiesen existir de otra manera. Pero también porque les mueve, a estos versos, un sentido de autenticidad, de savia pura. Digamos que han sido destilados con esmero y en la búsqueda consciente de que cada imagen poética debe ser un eco visual-auditivo de la esencia de la abuela Micaela:

Aquí estoy,
celebrando tus primeros cien años.
Una tarde de agosto,
con el azul de las hortensias,
confesaste al punto de una lágrima:
Dios se olvidó de mí.
Olvidada del oído y del odio,
no escuchaste
mi respuesta:
No es asunto de Dios,
es tu constante
primavera...

(“Aquí estoy”, p. 11).

Imbatible como las parotas, Micaela es una lámpara encendida alrededor de la cual revolotea su descen-

dencia, porque ella es “la abuela vida, / la madre vida, / la viuda de la muerte” (“La abuela vida”, p. 63).

Tributo de alegría y fraternidad, *Micaela* puede leerse como una crónica en verso o un poema novelado acerca de una abuela que, tras el amor, “no se niega/ a celebrar la victoria”. Micaela es mito, síntesis de un tiempo —valga la paradoja— atemporal; tiempo que sólo se mide con el reloj de las sensaciones y los sentimientos.

En la poesía de Víctor la ternura es una manifestación de libertad, un elemento consustancial a su visión del mundo. Conmueve la desnudez, la fragilidad con que dibuja a Micaela, esa mujer a la que se le escapa la memoria, como una moneda en la alcantarilla:

Con nuevas tierras y aguas
Micaela vive de sus rentas,
de la cartera abierta de Eduardo,
del amor de todos,
aunque ya nos confunda.

De cincuenta años para arriba
todos somos Gabriel,
y nos besa las manos con ternura.

(“De Florentino Valencia”, p. 20).

A través de diversos recursos estilísticos como el empleo de diálogos, citas textuales, la epístola, la distribución especial de los versos en la página, *Micaela* enfatiza una estructura conversacional que recoge diversas voces, para mostrar el lado triste, sensible, apasionado o irónico de la vida de Micaela.

Exponente de una fuerza intimista que pule su expresión con base en el reposo de los versos, Víctor Manuel Cárdenas declara la influencia de poetas fundamentales como Elliot, Pound, García Lorca, Neruda y Vallejo. También de Bañuelos y Bonifaz Nuño. Entre esta pléyade, podría citarse a Micaela, quien, pese a que no escribió ningún libro, sí fue poeta oral —una parte de su decir se recupera en los poemas— y, a su modo, inspiró la existencia misma de la poesía de su nieto.

Nacido dos veces (una en Colima, donde *dejó el ombligo*, y otra en Chiapas, donde el contacto con la realidad indígena replanteó su visión de la vida, según declaró el escritor), Víctor Manuel Cárdenas es un poeta de canto social y humano, que, en *Micaela*, establece relaciones entre el pueblo de Comala, las hortensias, el pan, el amor y una abuela.

Después de leer el libro, confirmamos que los versos de Víctor pertenecen a ese tipo de poesía que es tiempo, soplo: luz. Esto es, una poesía de carácter revelatorio, que muestra el hilo que une a los seres con las cosas, e ilumina —mediante la vivencia misma del lenguaje— la comprensión del tiempo y de las ausencias irreparables.

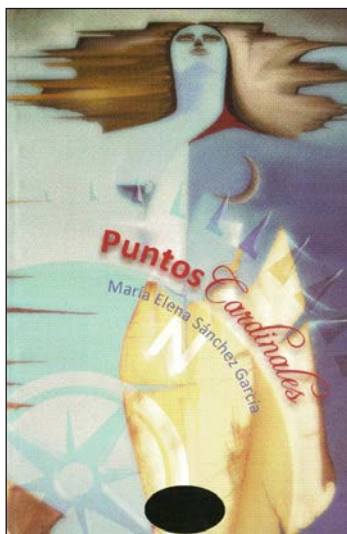
La poesía de Cárdenas mueve algo dentro, como las ganas de recuperar, a fuerza de palabras, una parte de los afectos que hemos perdido. Puede ser que en el fondo, como señaló el poeta, todo sea una ilusión, que la poesía no cambie nada, sino que cambiemos los que en ella nos miramos. Puede ser. Sin embargo, la buena poesía, como la de Víctor Manuel, nos deja la sensación de haber adquirido una casa nueva y de oír, a la distancia, el murmullo de las cosas que se despiertan. Es cues-

tión de comprobarlo y de recibir, en uno de los mejores poemarios de la literatura colimense, a la siempre joven y dulce Micaela.

Referencias

- Cárdenas, V. M. (2008). *Micaela*: México: Universidad Autónoma de Zacatecas.
- García Marruz, F. (2002). Hablar de la poesía. En *Antología poética*. J. L. Arcos (selec. y pról.). México: Fondo de Cultura Económica.

Puntos cardinales, poesía que se abre a los cuatro vientos³



¿Qué hace que un día cualquiera, al despertar, por ejemplo, sintamos una necesidad imperiosa de llevar a cabo aquello que antes habíamos postergado tanto? ¿Qué ocurre en nosotros que rompe el dique, y nos libera como un río animado por la lluvia? ¿Se necesita tiempo o una circunstancia en particular para sentir que se nos desploma un cántaro y su caída nos hace añicos a nosotros mismos?

³ Texto leído en la presentación del libro *Puntos cardinales*, de María Elena Sánchez García, el 22 de octubre de 2010, en el Centro Cultural Mexiac (conocido después, a raíz de su cambio de sede al Jardín Correjidora, como Poliforum Cultural Mexiac) de la ciudad de Colima. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, del escritor y docente Rubén Martínez González y de la autora del poemario.

¿Cuándo, escribir no es ya una elección, sino una necesidad expresiva, vital, que nos impulsa a publicar un libro? ¿Qué se mueve dentro de nosotros que nos orilla a extender la mano y decir “Aquí estoy, léeme”?

María Elena Sánchez García, de quien presentamos su poemario *Puntos cardinales* (Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, Secretaría de Cultura y Acento Editores, 2009), comenzó a escribir poesía desde 2002, y de entonces a la fecha combina su labor como coordinadora del área de gestión e innovación educativa, de la Secretaría de Educación, en Colima, con la escritura poética. No sé exactamente cómo llegó nuestra autora a la poesía; del instante en que nos “muerde” la palabra, quizá, nos hable ella. Pero sé que en 2003, cuando la conocí en el primer diplomado de creación literaria que ofreció la Sociedad General de Escritores de México a través de la Secretaría de Cultura, María Elena se destacaba en las sesiones por hablar emocionadamente de la creación literaria, por atender las instrucciones de todos los escritores visitantes y también porque le gustaba leer en público sus ejercicios literarios. Deseaba publicar sus textos poéticos y escuchar las opiniones de otros lectores. Bien sabía que se escribe para un otro, aunque éste sea uno mismo, en plan crítico, atisbando por encima del hombro.

En entrevista informal por correo electrónico, María Elena me contaba que tiene dos poemarios en prensa: *Secretos a medio cuerpo*, con el que obtuvo mención honorífica en el Certamen “Balbino Dávalos” 2006, y *Vitral*, un poemario “destinado principalmente a los adolescentes de secundaria, como invitación a entrar al mundo de la poesía”. Antes del poemario actual, ya ha-

bía publicado poemas dentro del libro colectivo *Cola de Cuija*, en 2003, derivado de su participación en el diplomado de la SOGEM. Colaboradora de suplementos locales y participante en festivales de poesía, María Elena prueba que su arribo a la poesía sobrepasa la afición y poco a poco toma la consistencia de las vocaciones.

Puntos cardinales se divide en cuatro apartados: Al Norte de los sentidos, Al Sur del corazón, Al Oeste de los sueños y Al Este de la vida. Con excepción de este último apartado, que presenta dieciséis poemas, los otros tienen, cada uno, dieciocho poemas. De esta manera, entre los cuatro puntos cardinales encontramos esparcidos setenta poemas.

Escritos entre 2007 y 2008, los poemas de *Puntos cardinales* rescatan imágenes diversas en torno al amor, la soledad, el hastío, el cuerpo, los recuerdos... Se trata de poemas que oscilan entre lo conceptual, lo abstracto y la poesía confesional. A decir verdad, uno se enfrenta con una rara combinación de filosofía, introspección metafísica y testimonio amoroso. Así, surgen versos como éstos:

Ya no es ansiado el retorno.
Paradójicamente
Tengo el ánimo en éxodo.

Pasos centrífugos
Extienden lunas negras entre nosotros.

Sombras de flama estática
abismada en los extremos
de un día que no acaba de llegar.

(“Díáspora”, p. 21)

En general, los poemas de *Puntos cardinales* se distinguen por el empleo de versos cortos, lacónicos. El llamado “yo lírico”, es decir, la voz que enuncia en el poema, expresa un sentir que se relaciona con la ausencia, con la pérdida o con la imposibilidad de consumir algo. Títulos como “De la nada”, “Contingencias”, “Principio del vacío”, “Búsqueda”, “Miseria”, “Ya no”, “Manantial sombrío” o “Futuro demorado”, por ejemplo, ilustran bien la experiencia de la incertidumbre ante lo que se tuvo y se perdió, o ante lo que no acaba de revelarse, recurrente en muchos de los poemas.

Es claro, como apunta Melquiades Durán, en la presentación que hace al poemario y que se incluye en el propio libro, que María Elena también crea “poemas enmarcados por el erotismo y un aire de abandono”. Los textos de María Elena, efectivamente, tienen como otra de sus vetas, la del erotismo, en su vinculación con la experiencia amorosa. En el poema “Obsesiones”, se leen versos como los que siguen: “Inconteniblemente sugestiva/ despierta la avidez de tu persona/ a instaurar el ritual de la tortura/ Navegamos torrentes impetuosos/ estallando en placer” [...] “Te extingues en la palma de mi mano/ flotas en un azar que me es ajeno,/ de lejos recuerdo aquellas noches.../ el viento rompe la sábana del tiempo” (p. 51).

De hecho, este pretexto inicial, el amoroso, como es visible, se combina con el tono filosófico que ya apuntábamos antes. Es decir, si bien lo amoroso, lo erótico está presente en buena parte de los poemas, casi nunca se pierde el toque introspectivo, intelectual, que remite a cuestionamientos filosóficos. Esto se debe al tipo de lenguaje, un tanto barroco, hermético, que usa Ma-

ría Elena y en el que tienen carta de naturalización palabras como anacronía, paradoja, nada, generatriz, finitud, anarquía..., y al tipo de metáforas e imágenes que construye con este mismo lenguaje. Cito otros versos:

La luz, densa y oscura
te asocia a la ausencia,
al Aleph y a la anarquía;
cuando no puedo leer tus ojos
los márgenes se rompen
y te vuelves la metáfora de la metáfora.

(“Metáfora”, p. 24)

Con epígrafes de Michel Foucault, alusiones a Borges, referencias mitológicas, filosóficas y literarias, María Elena va colocando, por apuntarlo de alguna manera, diferentes capas al poema. Será el lector/a, quien decida, qué capa, qué hilo, le interesa más: la exploración amorosa, o la inquietud, de tipo existencial, filosófico, que alienta a su vez a los textos.

Para Luis Cernuda, el célebre poeta español, el que escribe versos “intenta fijar el espectáculo transitorio que percibe”, y su oficio tiene siempre “una raíz incógnita”. En la misma tónica, una argentina, Luisa Valenzuela, señala que “no hay literatura sin secreto”, o sea, sin la intención de asir, aunque sea un segundito, el misterio de la vida. De ahí que todo poema, a su modo, no sea más que una instantánea de alguno de los muchos rostros del misterio. María Elena, en este sentido, brinda testimonio en *Puntos cardinales* de su percepción del misterio de la vida, tan lleno de paradojas y desencantos, de búsquedas e incertidumbres...

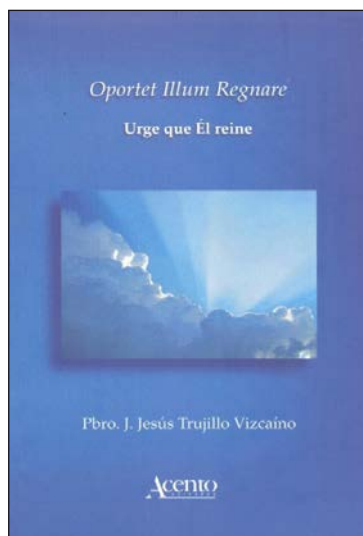
Con éste su primer libro de poemas, producto de una beca del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, en el 2008, María Elena deja atrás la condición de poeta nocturna, de buró o diario íntimo, y se presenta ante una comunidad de lectores. Hay quien diría que está en pleno “rito de iniciación”. En realidad, el que escribe, si quiere hacer honor al misterio del que hablan Cernuda y Valenzuela (y muchos otros), debe hallarse en permanente rito de iniciación, como espectador de mirada atenta y nueva, como escribano humilde, que intenta ser atrapado por el asombro y ser capaz de transmitirlo en sus propios textos.

Cuando María Elena escribe “tengo saldo de vida:/ arcilla para crear auroras de ámbar/ y páginas que aguardan ser leídas” o “Entre los huecos de las palabras existo”, justo en los dos últimos poemas con que cierra el libro, el lector se queda con un principio fundamental de todo acto creativo: lo escrito sólo existe cuando el lector lo reconoce. Por ello, no hay manera de concluir más que con esta petición: olviden mis palabras, viajen por *Puntos cardinales*, y encuentren, en su propia experiencia lectora, la parte del misterio, existencial o amoroso, que les es iluminada.

Referencia

Sánchez García, M. E. (2009). *Puntos cardinales*. Colima: Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, Secretaría de Cultura y Acento Editores.

Oportet Illium Regnare, de J. Jesús Trujillo⁴



Antonio Colinas, en coincidencia con Albert Einstein, apunta que el *misterio* ha engendrado el arte, la religión y la ciencia. En ese vértice luminoso y oscuro que puede ser el *misterio*, convergen poetas, religiosos y científicos. Les une la necesidad del conocimiento, de la trascendencia, de la comunicación... A su modo, unos y otros están buscando hacer y ser; podríamos de-

⁴ Texto leído en la presentación del libro *Oportet Illium Regnare, Urge que Él reine*, de J. Jesús Trujillo Vizcaíno, el 30 de septiembre de 2011, en el Templo del Refugio de la ciudad de Colima. En la presentación externaron comentarios el obispo José Luis Amezcua Melgoza y el Pbro. Manuel Mancilla. El libro cuenta con el trabajo de edición, presentación y semblanza biográfica de Ada Aurora Sánchez. El texto leído forma parte, a su vez, del libro póstumo *Oportet Illium Regnare*.

cir, incluso, que en su lenguaje les va la vida. Cada uno encuentra un espacio para explorar y explorarse al mismo tiempo; de este entregarse, invariablemente, surge una mística.

En el caso del Pbro. J. Jesús Trujillo Vizcaíno (1927-1992), de quien presentamos su poesía reunida en este ejemplar, hay —no sólo por oficio religioso sino también por el poético—, una mística de servicio, comunión, que alcanza la orilla de sus versos.

Oriundo de la ciudad de Tecomán, Colima, el padre Trujillo, además de su amplia trayectoria sacerdotal (notable por méritos académico-eclesiásticos dentro y fuera del país, y por el impulso que dio a diversas instituciones y misiones a favor de la formación espiritual de religiosos y laicos), tiene, aunque sea su lado menos conocido, una aportación poética que abona en el terreno de la poesía colimense de corte religioso en la que se enmarcan, entre otros, Margarito Villalobos, José Bazán Levy y Francisco Corona.

Con cierta probabilidad, el padre Trujillo atisbó en el poema una fuerza apelativa más grande que el sermón, o, simplemente, otra forma de *verdad*. Por ello, quizá, publicó en su momento en periódicos como *Vínculo*, órgano de difusión de *Los Heraldos de Jesús*, en *Ecos de la Costa* o *La verdad*, portavoz del Seminario Conciliar de Colima, muchos de los poemas aquí compilados. Sin embargo, también hubo en el padre Trujillo un cierto pudor y modestia que le impidieron compartir con mayor libertad sus versos, llamados por él mismo “locuras”. En su poema “Hablando” describe, de hecho, las circunstancias en que se decide a escribir poesía:

Fue así todo:
hablando,
hablándome a solas
cuando nadie me escuchaba,
cuando al único que hablaba
era a Él, y a nadie más.

Así comencé a escribir
poemillas que con razón
locuras denominé
pues que de los locos es
hablar a solas consigo,
hablar a solas con Él.

(“Hablando”, p. 102)

Escritos en la ciudad de Colima, en Guadalajara, en México o en Roma, entre 1957 y 1990, los poemas incluidos en *Urge que Él reine...* muestran una intención reiterada de hablar del sufrimiento de Jesús, de sus prédicas aún no atendidas; pero también de la necesidad de comunicarse con Dios, de externar el sentimiento de pequeñez ante el ancho mundo, ante la vida. Ese Dios con que dialoga el que escribe o a veces en nombre de quien habla, es un Dios inconmensurable, en busca de pastores: “Hambre tienes y sed/ de muchas almas;/ quemarlas quieres,/ Señor,/ en grandes llamas/ de Amor y de Esperanza” (“Algo”, p. 46). Ese Dios se muestra bueno, pero impaciente: “Ahora me explico/ muy bien,/ por qué hallas ¡tan de repente!/ en lo oscuro/ luz latente/ y en la luz/ oscura fuente...” (“Ya lo sé”, p. 52).

El gran interlocutor, o el otro poeta para quien habla el autor, es Dios, o Jesús, o la Virgen María. Ante ellos hay una ofrenda, una donación que no son otra cosa que los versos mismos. A veces en forma de acróstico, otras a manera de juego visual, aparecen saltando en la página, buscando un ritmo, una imagen, incluso, una chispa de humor.

Los poemas que el lector/a tiene en sus manos corresponden, con excepción del último, a un poemario que el padre Trujillo dio forma, orden e índice en una máquina *Olivetti* de tinta roja y negra. Gracias al cuidado y al cariño de las señoritas Ma. Amelia y María Guadalupe Trujillo Vizcaíno, hermanas del padre, el mecanoescrito se conservó tras la muerte del poeta. Son a ellas, y a la profesora Ana María Reyes, sobrina de la familia Trujillo Vizcaíno, a quienes se debe el interés inicial por dar a conocer el trabajo poético del escritor, todavía recordado con aprecio en la sociedad colimense. Por ellas, dicho sea de paso, una servidora tuvo acceso a documentos biográficos del padre Trujillo y al material poético que hemos editado con su autorización.

En cuanto a los cambios, en aras de conservar la intención y la estética originales, sólo se introdujeron modificaciones para actualizar la ortografía o uniformar ciertos recursos que el padre Trujillo deja ver como rasgos estilísticos o formales. Llama la atención, en este sentido, el uso de las mayúsculas no sólo en vocativos de autoridad divina, sino también en todos los pronombres (incluidos reflexivos o enclíticos) que sugieren la presencia de Dios, o la encarnación de lo divino. Subrayamos que sólo cuando en estos casos se refiere, pues en otros, cuando el pronombre alude a lo terreno, se es-

criben con minúscula. Verbos que funcionan como pronombres de lo divino, en alusión a Dios, Jesús o María, aparecen también con mayúsculas.

Debe decirse que este poemario, en origen, se titulaba *Locuras* y reunía un conjunto de poemas cuyas páginas, de manera invariable, estaban encabezadas por el acrónimo OIR, que corresponde al grito paulino *Oportet Illium Regnare* (Urge que Él reine). Este encabezado, no obstante su importancia, interfería en la composición visual de los poemas al empalmarse con los títulos de los textos; por ello, se decidió omitir el acrónimo de cada página, no así del título general del poemario, que apunta —en varias direcciones— hacia la consigna paulina. Esperamos aclarar con esto una referencia poco común para el lector promedio, y, a la vez, poner en el centro, lo que cada texto sugiere.

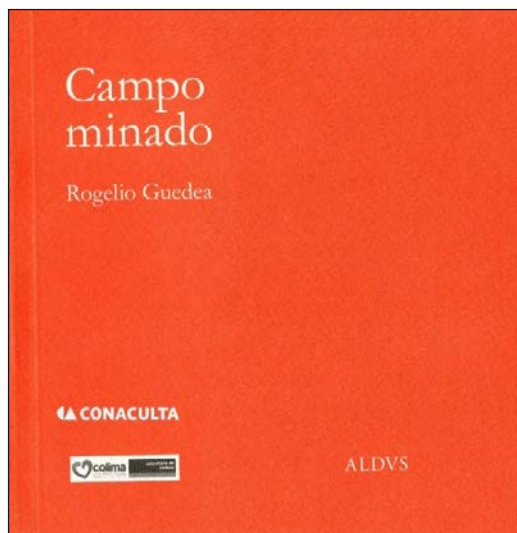
Las estampas y viñetas religiosas con que el padre Trujillo “decoró” sus poemas, al no ser originales sino recortes tomados de diversas fuentes, no fueron recogidas en este libro. No hacen falta: la poesía es, de suyo, una inmensa imagen.

Para quienes gusten de la comunión en la palabra, de la reflexión mística o religiosa, quedan los versos del padre Trujillo, que en este ejercicio literario —sin grandes pretensiones— atisbó lo que Santa Teresa: “Sólo Dios basta”. Que sean los lectores/as los que sacudan el árbol de la palabra, y que cada quien recoja los frutos que le sean ofrecidos. La poesía es fruto imprecadero de semillas milenarias, como el misterio.

Referencia

Trujillo Vizcaíno, J. J. (2011). *Oportet Illium Regnare. Urge que Él reine*. Guadalajara: Acento Editores.

Mirar afuera, mirar adentro: *Campo minado*, de Rogelio Guedea⁵



En 1997, Rogelio Guedea publicó, bajo el sello editorial de Praxis, su primer poemario: *Los dolores de la carne*. Recordamos en la portada de aquel inicial y acertado trabajo poético, un grabado de Námiko Prado en que se distingue, sobre una cama rosa, la figura de una mujer desnuda, también rosa, de quien no se perciben sus facciones, pero sí la placidez con que descan-

⁵ Texto leído en la presentación del libro *Campo minado*, de Rogelio Guedea, el 27 de junio de 2013, en la Sala “Alberto Isaac” de la Casa de la Cultura de la ciudad de Colima. En los comentarios participaron, también, el editor Víctor Uribe Clarín y el autor, vía *Skype*, desde Nueva Zelanda. Este texto se publicó el 30 de junio de 2013, en: <http://www.rogelioguedea.com/criticas/mirar-afuera-mirar-adentro-campo-minado-de-rogelio-guedea-por-ada-aurora-sanchez/>.

sa. La mujer se encuentra en su habitación (apenas decorada), y el espectador sabe que ella espera o recuerda algo. Y ahí, con esa invitación, con esa duda, comienza la aventura del texto en que, ciertamente, el amor, la espera, representan un eje temático importante, aunque esto no implica que queden fuera el dolor, el desgarrar de la carne, en aquellos versos debutantes.

Pero, ¿cuál es el arco que se levanta entre ese primer poemario con que el joven Guedea, de veintitrés años, se “presenta en sociedad” y el más reciente, es decir, *Campo minado* (2012), una coedición de editorial Aldus y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima? ¿Cuántos temas, búsquedas, obsesiones, vuelos, caídas, premios y hallazgos han llenado el ánfora del tiempo? ¿Cómo ha levantado, pues, el señor Guedea el edificio de sus trece libros de poesía (hasta ahora, por supuesto), en la envidiable ciudadela del conjunto de su obra: cuarenta libros en total, ya de poesía, novela, minificción, ensayo, crónica, entrevista o traducción?

Sin duda, Guedea ha cruzado el mundo de la literatura a partir de una vocación inamovible, intransigente, sagrada, como lo fue para Balzac o para el marqués de Sade, que escribía a todas horas, con todo el cuerpo, dormido o despierto, en la libertad o el encierro.

La diversidad de géneros abordada por Rogelio Guedea demuestra con claridad no sólo su talento y su capacidad artística, sino también el pulso afiebrado que alienta todo a lo que aspira. Esta ansia de vida (o temor de muerte) se verifica en la totalidad de su literatura, pero, como es previsible, en distintos tonos y matices. Así, en su novelística, por ejemplo, lo que salta a la vis-

ta es la crudeza del lenguaje, la furia, la tensión narrativa en función de temas como la violencia, la corrupción y la sordidez de ciertas capas sociales; mientras que en sus minificciones, por otra parte, se colorea con un lenguaje dúctil y aterciopelado una filosofía de la cotidianidad y el asombro.

Téngase en cuenta, no obstante, que si bien Guedea se maneja con maestría en la “narrativa dura” (para muestra 41, la segunda de sus novelas) y en el campo de la prosa poética (pensemos en sus libros de minificciones *Cruce de vías* y *Pasajero en tránsito*), es en la poesía donde el autor busca con denuedo apresar sus mejores peces. Quizá por ello el mayor número de sus libros se encuentra precisamente en este género, al igual que el mayor número de galardones recibidos: Premio Internacional de Poesía “Rosalía de Castro” 2001; Premio Nacional de Poesía “Amado Nervo” 2004; Premio Nacional de Poesía Sonora 2005; Premio “Adonáis” de Poesía 2008 y mención honorífica en el Premio Internacional de Poesía “Gilberto Owen”, también 2008.

Fiel a un ánimo creativo que lo impulsa al movimiento constante, Guedea ha llevado y traído de un género a otro, en la liminal frontera de la creación, recursos expresivos, estrategias retóricas y lenguajes para reavivar, a su modo, la faena de la escritura. En ese andar, el periodismo, la charla franca con la gente de la calle, de los taxis, de los supermercados, y la música popular, no han faltado. Todos estos elementos son, de hecho, motivo de intertextualidad permanente en la literatura de Rogelio, una literatura que rinde homenaje abierto a todas las voces que la pueblan: desde la infancia y sus

zapatos raspados, hasta la madurez cosmopolita del incansable andariego.

Habrá que insistir, sin embargo, que en Rogelio todos los caminos conducen a la poesía. Sus desplazamientos por otros géneros son apenas una manera de ensayar lo que espera se convierta, más tarde, en un puñado de versos. Hay en su prosa —basta con releer cualquiera de sus obras— un innegable sabor lírico que delata la esencia de su autor o, para decirlo en otros términos, su primera y única piel en el mundo.

Campo minado, el libro que nos ocupa en esta ocasión, aparece, pues, en el terreno de la poesía para mostrar la vivencia del amor, el exilio y la explotación de los seres humanos; es decir, la vivencia de todo aquello que le *estalla* entre las manos al poeta y, al mismo tiempo, está allá, en el fondo de él, como motivo de escritura. Guedea vuelve, en este sentido, a temas ya tratados en poemarios anteriores, pero afinando los recursos de la crítica social, la ironía y brevedad —con excepción del poema “Timeline”, que es de largo aliento y se presenta al final del libro.

A través de cuatro apartados denominados “Epigramas”, “Órbitas”, “Todo cielo común” y “Campo minado”, el poeta se repliega en las paredes de su casa, de su patria, para llorar las cosas más *llorables*: la guerra, el imperialismo, la nostalgia, el abandono, la pareja, la amistad, la soledad en tiempos de la internet y el *Twitter*...

Un epígrafe como “El imperialismo dice que nos quiere hacer felices”, de Ernesto Cardenal, con que Rogelio abre *Campo minado*, subraya el carácter social, contestatario, de una buena parte de los versos de este

poemario. A partir de aquí habrá que leer que no se puede amar sinceramente nada si no nos duele el mundo en sus contradicciones e injusticias. Por eso, para hablar de la mujer que se ama, de la casa propia, del árbol o del mar que se mira de cerca, es preciso recordar que hay quien no tiene mujer, ni casa, ni árbol, ni mar, y a veces ni ojos para ver de lejos o de cerca... De éstos, los dolidos, los ignorados, los sin suerte, hablará Rogelio, y lo hará, porque “también la indiferencia es un crimen organizado”.

Ahora bien, debe apuntarse que la poesía social conlleva sus riesgos, pues corre el peligro de convertirse en panfletaria u oportunista cuando la doctrina opaca toda intención artística. Por fortuna, no es el caso de Rogelio, que cuida no desbordarse ni omitir el esmero en la factura de los versos.

En un poema como “lluvia ácida” (con minúscula inicial, como todos los textos y los primeros versos de *Campo minado*) se comprueba que el carácter social, ético, de un poema, no excluye la posibilidad del mérito artístico, sino todo lo contrario:

encontraron el bracito de la niña debajo
de los escombros/ encontraron los cinco
[dedos
de la manita y un anillo azul, bajo los
[escombros también
bañados por la lluvia/ no encontraron
[ni la cabeza
de la niña, ni encontraron tampoco su
[vestido
de encajes, ni otro paradero/ su cadáver
[estaba ahí,
en pie, bañado también por la lluvia,

sediento de tanta agua/ los enfermeros
[le preguntaron al cadáver
en pie su domicilio, sus apellidos, alguna
[razón
o motivo de existencia, pero el cadáver
[en pie
de la niña enmudecía, apenas hacía así con
las mandíbulas desiertas, pedía un pan duro
[para comer/
encontraron que era en vano preguntarle
a un cadáver en pie de una niña por sus
[padres, sus hermanos,
sus muñecas, su casa de techo de zinc,
[su familia entera
enterrada bajo los escombros mojados
[por la lluvia,
bajo la lluvia de injusticias, tiranía,
[represión,
mojados, ahora para siempre amigos
de la muerte.

(“lluvia ácida”, p. 67)

Nótese cómo la ironía revela una verdad absurda: las inclemencias más difíciles de sobrellevar no son las de la naturaleza, las del medio ambiente, sino las de la naturaleza humana. Rogelio apunta los cañones de sus versos justo hacia esta contradicción y sobre la incómoda circunstancia de saberse a salvo, cuando otros mueren en la ignominia:

cómo puede un hombre desayunar
[tranquilamente
una mañana de octubre mientras una
[pequeña en la radio
de nueve o diez añitos pide
[desesperadamente

ayuda diciendo a todo el mundo llorando
[no podemos
vivir aquí en sri lanka por favor ayuden a
[mi papá sin trabajo
a mi mamá muerta a mis hermanos
[de piernas rotas
a salir de aquí no tenemos nada no tenemos
[casa
[...]

(“sri lanka”, p. 102)

Según ha comentado Rogelio en alguna entrevista, él es una especie de “polígrafo grafómano” que se mueve entre distintos géneros y, diría yo, entre distintas realidades. Le interesa la dimensión de lo social, de la vida colectiva y pública, pero también el testimonio individual, personalísimo, que él pueda ofrecer sobre la experiencia de su residencia en la Tierra. Esto explica por qué su escritura poética, especialmente la del último Guedea, se encarga de reunir, en *Campo minado*, dos extremos que se tocan: la poesía de corte social y la poesía del sujeto concentrado en su intimidad. Porque, al lado de la denuncia crítica, está a su vez el canto del hombre que brinda testimonio de su añoranza del cuerpo amado, de la madre, de la patria; del hombre que reconoce: “de alguna forma/ también a mí/ me atraviesa un muro”.

El poeta, entonces, procede de dos maneras: por una parte asume como propios los problemas del mundo, los de los niños extraviados, los de los pobres, los de los castigados, y, por otra, eleva a la categoría de universales las tribulaciones (y contemplaciones) del hombre común y corriente. Guedea sintetiza en una sola voz, la dimensión de lo ajeno y lo propio; porque nada le será

más cercano que lo que atañe al vecino, ni nada le resultará más extraño que sí mismo.

A *Campo minado* hay que beberlo a sorbos; paladarlo en los poemas-sentencias como éste: “vivir es llenar huecos”. O como en este otro: “la realidad también es todo eso que no existe”. Ya el lector, desde su propio horizonte y experiencia, decidirá qué vertiente de la poesía de Rogelio le provoca más emociones o le estimula mayores cuestionamientos. Tiene aquí, el lector/a, noventa y siete páginas asincopadas, de intenciones y registros disímiles, para *mirar afuera* y *mirar adentro*. Noventa y siete páginas para confirmar que la poesía de Rogelio, en definitiva, no es sólo música. Entra, sí, por el oído, aunque siempre resuena más allá del alma y las ideas.

Referencia

Guedea, R. (2012). *Campo minado*. México: Aldus, Secretaría de Cultura del Estado de Colima.

De cálidos tonos: *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*⁶



Muchos de nosotros, en no pocas ocasiones, hemos experimentado la necesidad de expresar por escrito ciertos sentimientos: a veces, deseamos hablar de la tristeza o la nostalgia que nos calan profundo, con esa sensación de que la vida pasa rápido sin que podamos detenerla; en otras, queremos escribir acerca de la alegría o la ternura que se revelan en las cosas nimias

⁶ Texto leído en la presentación del libro *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*, de Jesús Leticia Mendoza Pérez, el 2 de mayo de 2014, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. En esa primera ocasión participaron también como comentaristas la señora María Guadalupe Ruiz Corona y la autora del poemario. El mismo libro se presentó el 31 de octubre del 2014 y los comentarios estuvieron a cargo de Mario Valencia, entonces estudiante de letras hispanoamericanas, Ada Aurora Sánchez y la autora.

de la existencia diaria: una flor, las formas de las nubes, las ondas del agua, la placidez del sueño de un niño, el olor de un vino espumoso y dulce... Puede ser también que nos asalten las ganas de “ordenarnos” mejor a nosotros mismos a través de la escritura, porque redactar, ya sabemos, implica el supremo ejercicio de ordenar, domar, el pensamiento.

Acaso, nada más deseemos mirarnos a la distancia y descubrir con asombro, al releernos, cuánto hemos cambiado con el pasar de los años, o incluso de los minutos, pues comenzamos a ser otros, apenas escribimos lo que pensamos.

A Jesús Leticia Mendoza Pérez le asiste la escritura como profesión, como vocación y como ejercicio liberador. Afirmamos esto no sólo por los diversos libros que ha publicado en el terreno de la historia, la investigación y la teoría literaria, sino también por los diversos artículos periodísticos que ha dado a conocer en el estado de Colima y otras partes del país. Pero sobre todo, porque a través de *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*, libro que recoge su producción poética de 1967 a 2013, comprobamos que su vinculación con la escritura ha sido permanente y leal, aun cuando no publicase algún texto en específico.

Es decir, la doctora Leticia ha escrito silenciosamente, en casa, una obra personal, en medio y a propósito de la familia, centro afectivo que se trasluce en todo lo que hace; ha escrito sus poemas al tiempo que estudiaba la secundaria y todos los niveles educativos posteriores, hasta concluir su doctorado en ciencias sociales (más prueba de una persistencia en el oficio de la escritura, creo que no puede darse).

En *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*, libro publicado por el Archivo de Letras, Artes, Ciencias y Tecnología, A. C. (ALACYT) y el Archivo Histórico del Municipio de Colima, en el presente año, se reconoce un homenaje sentimental a los familiares, amigos/as y preceptores que rodean o rodearon a la autora. De hecho, el propio libro señala que los versos se dedican a los profesores y profesoras de primaria que le “inculcaron el amor por el estudio” y a su generación de primaria 1957-1963, con motivo de la celebración del cincuenta aniversario que distingue ya a ese grupo escolar.

Decíamos que *Ensoñaciones de primavera...* es un libro dirigido en primera instancia a los afectos más entrañables de la autora; sin embargo, el resto de los lectores bien puede disfrutar de unos versos sencillos, espontáneos, en que la rima es una constante muy clara.

El primer poema incluido en el libro corresponde a 1967, cuando la autora vivía las inquietudes y luminosidades de la adolescencia; mientras que el último corresponde a 2013, cuando la serena madurez se manifiesta esplendorosa. Este margen temporal justifica, pues, el título del libro: *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*.

Dividido en dos secciones, que aluden al título ya citado, el libro presenta cincuenta y dos poemas, más dos anexos especiales: se trata de dos poemas que, según expresa la autora en las páginas de presentación de su poemario, ella declamaba, cuando niña, en los recitales poéticos que se organizaban en el Colima de principios de los años sesenta. Los poemas son “La muñeca”, de Vital Aza, y “La feria de Todos los Santos”, de la poeta colimense Cuquita Morales, a quien llegó a co-

nocer en persona Jesús Leticia y por quien profesa una gran admiración. Así, a través de los anexos, conocemos qué poemas alentaron en la autora el gusto por la poesía y por el efecto que produce en los demás.

Dado que cada poema explicita el lugar y la fecha en que fue escrito, es inevitable que como lectores/as nos preguntemos qué hacíamos o dónde estábamos cuando la autora escribía versos como éstos:

En mis sueños vi tus ojos
sirviendo de margen
a un pedazo de cielo,
unos rayos dorados
en forma de pelo
delineaban
tus párpados de ensueño.

(“Sueño azul”, p.13)

Los familiares y amigos de la autora, que reconocen elementos biográficos en el poemario, seguramente leen el libro con diferentes resonancias a las del lector común y corriente. Imagino que cada poema despertará recuerdos, anécdotas (y hasta nostalgias, quizá), alrededor de una historia que se conoce compartida con la autora. Y es que la profesora Jesús Leticia, en ese recuento afectivo que hace de los años, incluye poemas que fueron escritos para sus hijos, su esposo, su madre, su abuelito y hasta para los novios de sus amigas, en tanto ellas le solicitaron acrósticos para los amores de juventud.

Los poemas de la profesora Jesús Leticia, además de tratar el tema del amor, se abocan a la contemplación del paisaje y la meditación filosófica. Cito unos versos:

En los pasillos universitarios
soy el punto en donde convergen
todos los puntos del universo
en medio de todo y de nada
en un tiempo sin tiempo.

Soy el punto en donde chocan
los relámpagos.
Alma en explosión de alegría,
en mil colores, mil olores,
mil sensaciones.

(“Punto convergente”, p. 71)

La reflexión mística-religiosa se identifica, a su vez, en los textos de la autora, en razón del diálogo que desea establecer con Dios, pero también de la necesidad de comprender por qué ocurren las injusticias sociales: el niño abandonado en la calle, la pobreza, el desamparo, etcétera. La poesía, en este sentido, como la más subjetiva de todas las manifestaciones literarias, transparente el ser del o la que escribe, y se convierte en el vehículo idóneo para transmitir emociones, coloraciones del espíritu, o atisbos de aquello que —inexpresable con simples palabras— existe en la vida y nos sublima.

Un elemento que casi se mantiene intacto a lo largo de todos los poemas, independientemente de su fecha de creación, es la tendencia al idealismo, a la reivindicación de la esperanza. De esta forma, gana terreno un tono positivo, cálido, antes que uno sufriente o doloroso, pese a que en más de algún texto la autora —como es natural y humano— se muestra entristecida o agobiada por las dudas:

No sé ya lo que siento
ni lo que deseo
y lo que no
porque es tanto lo que pienso
que la mente no da tiempo al corazón.

(“Reflexiones tristes”, p. 26)

A partir del tono jubiloso, la autora escribe textos en torno a Colima y sus legendarios paisajes, un Colima que, desde la Ciudad de México, fue idilio nostálgico, hasta volverse reencuentro muchos años después, cuando la maestra regresa a la ciudad de su infancia y recupera —transfigurado, no obstante— el espacio de “las rosas y amarillas primaveras/ la parota y el laurel”.

La inclinación por los colores vivos y la naturaleza misma son visibles en el tipo de construcciones metafóricas de la autora y en el diseño del poemario, que incorpora fotografías de Carlos I. Villavelázquez, hijo de la profesora, acerca de flores y paisajes.

Un hecho curioso que he descubierto a raíz de la lectura del libro, es el siguiente: los puntos de confluencia entre Jesús Leticia y la poeta Cuquita Morales (1892-1963) son varios. Por ejemplo: las dos son mujeres que se distinguen por el cultivo de las letras y el periodismo, por nutrirse de lecturas de corte humanístico, por dinamizar —cada una en su época— la vida cultural de su comunidad, amén de una sensibilidad que necesitaba manifestarse por diversos cauces.

La profesora Jesús Leticia, de niña, recitó algunos poemas de Cuquita Morales, quien, en aquellos tiempos, gozaba de un amplio reconocimiento por su cons-

tante participación en eventos culturales y altruistas. Cuquita, que escuchó declamar a la niña rubia y de ojos claros el poema “La Feria de Todos los Santos”, lloró —según se cuenta—, tras oír su poesía en voz de una precoz declamadora en quien de inmediato descubrió talento y a quien, con sus felicitaciones, sin sospecharlo, motivó a irse de Colima en busca de mejores oportunidades de estudio y desarrollo profesional.

En el año en que Cuquita Morales fallece, en 1963, Jesús Leticia concluye su educación primaria y, a su modo, emprende el tránsito a una etapa de decisiones capitales.

Como Cuquita Morales, la profesora Jesús Leticia escribe con relación a fechas importantes en el calendario familiar, dedica versos a los amigos, a Dios, y se inspira en la exuberancia vegetal de la tierra que la vio nacer —de acuerdo con lo que se observa en *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*.

De carácter afable, con facilidad para hacer amistades, una y otra escritora son ejemplos de perseverancia, esfuerzo y superación.

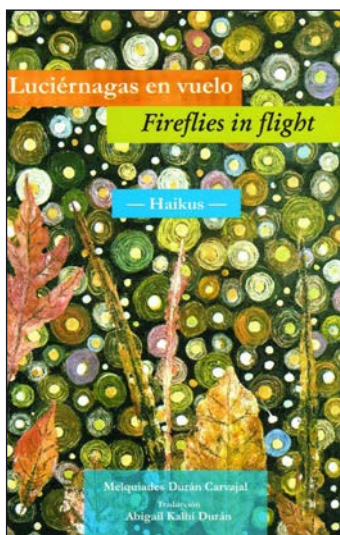
Una última curiosidad, sobre los “cruces” entre estas dos escritoras colimenses, es que el poemario que presentamos se imprimió en Sericolor, una empresa ubicada en la calle —ni más ni menos— María del Refugio Morales. Como se ve, la figura de Cuquita sigue acompañando a la doctora Jesús Leticia, y supongo que, desde primera fila, celebra entusiasmada la aparición de *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*, un barco que hoy zarpa en busca de lectores y ondea una bandera que simboliza lo benéfico de los viajes, de los sueños, y de lanzarse a la aventura de publicar, aunque sea

de vez en cuando, lo que simplemente dicta el corazón en los instantes clave de la vida.

Referencia

Mendoza Pérez, J. L. (2014). *Ensoñaciones de primavera y otoño reflexivo*. Colima: Archivo de Letras, Artes, Ciencias y Tecnología, A. C., el Archivo Histórico del Municipio de Colima.

Luciérnagas en vuelo: breves fulguraciones⁷



La poesía japonesa tradicional nos lleva a pensar, con frecuencia, en textos breves, delicados y sutiles. Textos que recuerdan, de un modo u otro, el contacto con la seda y sus vaporosas ensoñaciones.

Ono no Komachi fue una poeta japonesa de mediados del siglo IX, cuya leyenda dice que, además de extraordinaria poeta de la corte Heian, asentada en lo

⁷ Texto leído en la presentación del libro *Luciérnagas en vuelo. Fireflies in flight*, de Melquiades Durán, el 8 de diciembre de 2017, en el Poliforum Cultural Mexiac, ubicado en el Jardín Corregidora de la ciudad de Colima. En los comentarios participaron, también, el escritor y pintor Martín Sánchez Huerta, la traductora Abigail Kalhi Durán y el autor del poemario.

que hoy es la ciudad de Kioto, era una mujer bellísima, tanto, que sus rasgos (piel extremadamente blanca, nariz pequeña y labios finos, pero carnosos) fijaron el estereotipo de la belleza japonesa (Dexter, 2014).

A Ono no Komachi le distinguió, además, el entregarse sin cortapisas a su vocación poética, dejando de lado los ofrecimientos matrimoniales de cientos de pretendientes nobles que la acosaban con peticiones amorosas. A uno de ellos, propaga la leyenda, le exigió una prueba de amor: que pasase cien noches seguidas a su puerta, y entonces hablarían. Su pretendiente, el capitán Fukakusa no Shosho, aceptó la prueba, pero murió justo en la última noche del reto. La poeta tuvo, entonces, más motivos para escribir con intensidad del amor, de la fugacidad de las cosas y de la nostalgia que llega con el pasar del tiempo.

Ono no Komachi fue fiel a un estilo de vida en que su amor más grande estaba puesto en la escritura, en la contemplación, más que en los compromisos familiares. Su decisión tuvo un costo, pues sus estudiosos refieren que murió sola, anciana, y sin los privilegios de los que gozó como poeta de la corte en su juventud. Tuvo un costo, pero también una recompensa: se le considera uno “de los seis genios poéticos” de su tiempo (Starace, 2012, p. 86), y la máxima representante de la estética de la elegancia y el refinamiento, que alentó el imperio del periodo Heian, el último de la época clásica de la historia japonesa.

Refiero lo anterior porque el libro *Luciérnagas en vuelo. Fireflies in flight* (Puertabierta Editores, 2017), de Melquiades Durán, con la traducción al inglés de Abigail Kalhi Durán, se relaciona directamente con las for-

mas clásicas de la poesía japonesa, con la elegancia y, desde luego, con la entrega a una vocación literaria, como hiciera Ono no Komachi. Melquiades Durán desarrolla en este libro, como en otros, el haiku (así, sin acento), y confirma que lo suyo no es una simple exploración poética, sino la ratificación de un compromiso literario.

Luciérnagas en vuelo nos ofrece un conjunto de cien haikus que, acordes a la forma literaria a la que pertenecen, funcionan como instantes contemplativos en que la mirada se rinde ante un elemento de la naturaleza: las flores, los frutos, el agua, los pájaros o las luciérnagas, por ejemplo. Desde esa rendición, el poeta crea un homenaje a todo aquello que, tras su sencillez, entraña sin embargo una enseñanza o revelación en torno a la vida misma.

La esencia del haiku, asociada a la representación de lo sutil y evaporable, queda bien expresada en el título de este poemario bilingüe, pues, si se observa, el haiku —en razón de su brevísima extensión (consta de sólo tres versos de 5, 7 y 5 sílabas respectivamente), y de la luz que parece irradiar a través de finas imágenes— asemeja, tal cual, una *luciérnaga en vuelo*.

Los poemas de Melquiades Durán responden a los motivos o temas tradicionales del haiku japonés, aunque, al mismo tiempo, recuperan símbolos de la geografía que le es íntima y personal al poeta, es decir, la del trópico desbordado en sus paisajes, en su flora y fauna. Así, es posible distinguir en sus versos palmeras, ficus, chachalacas, zanates, etcétera. La presencia de estos elementos sirve para aludir a una estación del año

o un momento determinado del día; pero también, a un estado emocional que se deriva del acto contemplativo.

La mirada del sujeto lírico, en este caso, se tiñe de cierto júbilo pueril que festeja la generosidad de los colores, los sonidos, las percepciones. De cierto modo, Melquiades Durán escribe para un lector/a que no ha perdido su capacidad de asombro, como los niños y las niñas que se entretienen con burbujas de jabón o con lluvias de confeti. Para este lector/a que gusta de lo breve y de una poesía que *agradece* lo visto, el autor crea versos como éstos:

¡Ah, esa luna!
¿qué tomaré primero
pincel o pluma?
(p. 80)

Melquiades Durán, poeta y narrador, autor de *Jardín Bonsai*, libro de haikus que fue seleccionado en 2009 como parte de las bibliotecas escolares de México, desarrolla en *Luciérnagas en vuelo* un tono celebratorio, festivo, que no es el más común en el clásico haiku, sino el de aire nostálgico e introspectivo. En los siguientes versos se ejemplifica, a partir del juego fónico, esa alegría que contagia el poeta, después de observar o escuchar algo que le llama la atención:

Gran alharaca
al cantar se desarma
la chachalaca
(p. 33)

Pero no queda aquí la exploración lírica de Melquiades, al escritor también le interesa hablar de perso-

nas, de las circunstancias que las vuelven únicas, como una visión etérea:

En la penumbra
mujer embarazada
todo ilumina

(p. 116)

En algunos de los versos minimalistas de Melquiades se muestra, incluso, el desplegar de una conciencia identitaria, por cuanto a costumbres y tradiciones mexicanas se refiere, así como una tenue denuncia ecológica, que nos recuerda cuánto daño hacen el fuego y la tala inmoderada de árboles. El epígrafe que abre el libro de Melquiades es un haiku del poeta japonés Chiyo-jo del siglo XVIII, que dice: “Simplemente un río:/oscuridad que fluye/ entre luciérnagas”. Este poema resume el sentido fulgurante de ciertas imágenes que persigue Melquiades y que, a la postre, se convierten en uno de sus mejores aciertos. Veamos:

La colibrí
suspendida entre flores
¿es de origami?

(p. 32)

Ahora otro texto:

Pétalo seco
prisionera en un libro
la primavera

(p. 40)

La naturaleza del haiku, en cuanto a su ánima filosófica, atemporal, ha atraído a muy diversos poetas

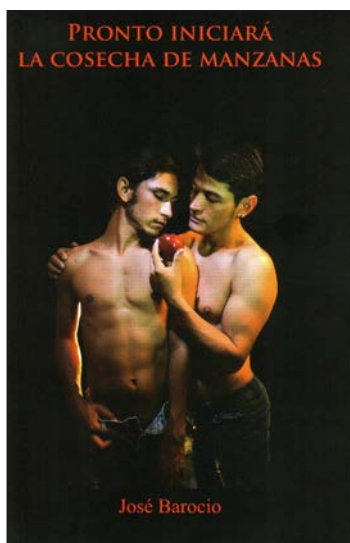
mexicanos. Dos de ellos son emblemáticos: José Juan Tablada y Octavio Paz. En Colima, el más destacado en este género, es sin lugar a dudas, Melquiades Durán. El haiku le ha abierto puertas y, creo, la posibilidad de interactuar con públicos diversos, pues no sólo gusta a lectores mayores, sino también a los niños/as, que, como el propio haiku, suelen lanzar, a bocajarro, verdades únicas en unas cuantas palabras. He de señalar que la poesía de Melquiades recurre a la alquimia de la transparencia para expresar “lo más con lo menos”. Los y las lectoras de sus haikus valoramos el que nos permita volver al principio básico de las cosas y, contra toda tendencia de la poesía actual, nos otorgue el confort de la esperanza, la ternura y la celebración de la existencia.

Esta noche quedan al alcance de nuestras manos breves poemas de sabores antiquísimos, aladas imágenes que, aunque tienen influencia japonesa, nos recuerdan paisajes de nuestras latitudes, en una extraña mezcla de lejanía y familiaridad. Sólo te doy un consejo, estimado lector/a, revisa tus manos cuando termines de leer, para que atestigües cómo fosforece en tu epidermis el rastro de las dulces luciérnagas que has cobijado. Ya puedes comenzar.

Referencias

- Dexter, K. (2014). Ono No Komachi and the Standard of Japanese Female Beauty. How the Akita Bijin Became the Envy of Japan. Disponible en: <http://www.tofugu.com/japan/ono-no-komachi/>
- Melquiades, D. (2017). *Luciérnagas en vuelo. Fireflies in flight* (Trad. Abigail Kalhi Durán). Colima: Puertabierta Editores.
- Starace, I. (2012). Interpretación de Ono No Komachi: *Komachi Hensó*, de Enchi Fumiko. *Revista Iberoamericana de Estudios de Asia Oriental*, (5), 83-113.

*Pronto iniciará la cosecha de manzanas:
un poemario de amores y pérdidas*⁸



Conocí a José Barocio (Chinicuila, Michoacán, México, 1970) en calidad de soñador; y no hablo del personaje de la ópera rock *José el soñador*, de Andrew Lloyd y Tim Rice, sino de aquel joven universitario con el que coincidimos allá por los años noventa en la Escuela (hoy Facultad) de Letras y Comunicación. Él estudiaba comunicación social, y yo, letras y periodismo.

⁸ Texto leído en la presentación del libro *Pronto iniciará la cosecha de manzanas*, de José Barocio, el 10 de enero de 2018, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. En los comentarios participaron, también, Vimarith Árcega Aguilar y Félix Alejandro Delgadillo Zepeda, licenciados en letras hispanoamericanas. El autor no pudo asistir a la presentación de su libro, pero el mismo día, a la misma hora, compartió por Facebook la lectura de dos de sus poemas.

José Barocio se estaba convirtiendo en un asiduo lector y llevaba dentro el deseo de difundir, tanto como se pudiera, la literatura; quizá por ello tuvo la acertada idea de producir el programa radiofónico *Voces de la literatura regional*, que, en principio, se transmitía únicamente en circuito cerrado dentro de la escuela y, después, a través de XEBCO. El programa, si mal no recuerdo, duró de 1994 a 1996, y en él participaron diversos estudiantes universitarios: Gerzaín Manzo, Karina Robles, Isabel Castro... Una servidora y Marco Jáuregui éramos los conductores. Ahí, en ese programa, realizamos numerosas entrevistas a los escritores de la región e, incluso, a creadores visitantes como Alejandro Aura, que en paz descanse.

Refiero lo anterior como evidencia de que José siempre ha tenido el ánimo, la iniciativa, de los soñadores. Creía, desde entonces, en el poder de la literatura para transformar las vidas de las personas, y como prueba, se ponía a sí mismo. José, de origen humilde, acostumbrado desde pequeño al trabajo constante, construyó su camino hacia la universidad a base de esfuerzo y de una tenacidad envidiable; también, de un afortunado encuentro con la literatura, que le dio la posibilidad de conocerse como individuo y de expandir su visión de la realidad. Por ello, no es casual que José asumiera, con vocación de misionero, la labor del promotor literario. Él invirtió parte de su dinero en la producción de *Voces de la literatura regional* e hizo una tesis de licenciatura a propósito de este programa radiofónico. Promovió, asimismo, la edición de algunos libros de escritores colimenses, por ejemplo, *Las vacas de Dios*, de Flo-

rentino González, y *España, la calle*, de Salvador Márquez Gileta.

José, en sus tiempos de estudiante, solía obsequiar libros, lo hacía de manera personal y dentro del programa radiofónico aludido. Le emocionaba compartir su gusto más hondo, más sísmico y epidérmico: la literatura.

Del promotor al creador literario, del soñador en tercera persona, al soñador en primera, hay poca distancia en el caso de José Barocio. ¿Por qué? Porque él ha combinado una y otra faceta, aunque en los últimos años se ha dedicado, no obstante las limitaciones del tiempo (es cocinero en Atlanta, Estados Unidos), a la creación poética. José Barocio, cuyo nombre real es Merced Méndez Barocio, ha incursionado en los géneros del relato, la novela, la crónica y, de manera especial, en la poesía. Ha publicado la novela *Tres pueblos* (Praxis, 1997) y cuatro libros de versos: *Poemas del deseo* (edición de autor, con ilustraciones de Rafael Mesina, 1997), *Agua total* (Praxis, 2000), *Biografía del olvido* (Praxis, 2002) y *Pronto iniciará la cosecha de manzanas* (Letras de pasto verde, 2017). Así, puede verse que no es reciente ni improvisado el trabajo literario de José, autor a quien le distingue la ternura y el erotismo, sin lugar a dudas.

Pronto iniciará la cosecha de manzanas consta de ochenta poemas, cuyas temáticas van desde el amor, el olvido, la nostalgia, hasta la crítica social. Es un libro de sabor agri dulce, pues si bien con frecuencia se habla del dolor ante aquello que se ha perdido, por otra parte celebra lo que se ha poseído: el cuerpo amado, los peque-

ños detalles de la existencia cotidiana y la posibilidad de rescatar de las sombras imágenes bellas.

José Barocio sitúa el tono de su poemario en el tono del recuerdo y, en consecuencia, en el tono de cierta añoranza. Se añoran las figuras de los padres, el país que se ha dejado muchos años atrás, los amores que fueron instantes refulgentes, las amistades que estuvieron en momentos difíciles.

El poeta dice que vive en un autoexilio, que su decisión de permanecer en Estados Unidos tiene que ver con no ser gobernado por políticos incompetentes. Puede ser. Mientras, publica textos breves en las redes sociales, a manera de diarios poéticos. Sube fotografías de “gente del mundo” en que se visualizan rostros de diversas nacionalidades, convive con sus mascotas, y va dejando en la alcancía de los días poemas en que, como señalábamos, la nostalgia tiene una cuota importante: “llevo metido mi país/ grave/ enfermo y maltratado/ en este ser que soy” (“autorretrato”, p. 51).

José resiste entre dos fuerzas: el querer regresar al país que se ama, donde se encuentra la familia, y no volver a ese mismo país, que le niega oportunidades de trabajo, que se desangra por la corrupción. José intenta sobrevivir, y para lograrlo, recurre al amor, al erotismo:

yo vivo una vida mínima
haciendo lo que me gusta
entre esas nulidades
cultivo mi jardín
y me suelo extraviar
en tu cuerpo
todo lo demás es una calumnia

(“hablo de mí”, p. 35)

La pérdida es un *leitmotiv* poético permanente en José. Pero también en la vida real. Al escritor le han robado en varias ocasiones sus pertenencias, entre otras, su *laptop* en que tenía los archivos de novelas y poemarios. En consecuencia, la sospecha, la incertidumbre, se instalan con mayor razón en la mirada del poeta. “Estar alertas”, parece ser la consigna, como también, vivir el momento, entregarse al *carpe diem*, porque no existe nada más allá que el instante en que el gozo hace olvidar las pérdidas, la incertidumbre.

un hombre desnudo es tan fácil
de descifrar
miel
sal
todo para que podamos
seguir
en esa ruta
tantas veces nada llevadera
tolerada sólo cuando
alguien está tan cerca
y entonces lo difícil
es nada

(“el pez”, pp. 49-50)

Apuntar que la poesía de José Barocio es de corte homosexual es importante sólo para comprender mejor la intención de sus metáforas, pero es irrelevante para apreciar la calidad de su poesía. Es decir, la orientación sexual de quien escribe un libro determina su manera de captar el mundo, de expresarlo, pero no acrecenta ni limita el valor artístico de su escritura. En este senti-

do, podemos decir que José Barocio es un poeta que, al margen del destinatario amoroso, erótico, de sus versos, destila imágenes sugerentes, en la veta de la poesía coloquial, que atrapan a sus lectores.

El cuerpo es la bisagra entre el mundo real y la ensoñación, desde la óptica de José Barocio. El cuerpo es la llave para traspasar el umbral de la rutina, de lo perecedero y mundano. Por eso, al cuerpo se dedican gran parte de los poemas. El título mismo del poemario (*Pronto iniciará la cosecha de manzanas*) remite a un tiempo ideal en que se recogen frutos, logros, satisfacciones; en que llega algo bueno. Es el tiempo que espera el poeta, el tiempo en que le anuncien que su país es otro, que la soledad es otra, que el ser amado es una compañía definitiva. El título es optimista, aunque en el fondo entraña una ironía. Es agridulce, en realidad, como el resto del poemario.

Al leer *Pronto iniciará la cosecha de manzanas*, no pude dejar de evocar “Los amorosos”, ese poema clásico de Jaime Sabines, porque “Los amorosos se ponen a cantar entre labios/ una canción no aprendida,/ y se van llorando, llorando,/ la hermosa vida”. Y es justo lo que hace el amoroso José, canta a la vida, al recuento de las horas, y llora por lo que se tiene y se olvida, por lo que desaparece apenas se toca con las manos. Esta fugacidad de lo bueno, de lo bello, se acentúa de algún modo con la supresión de signos de puntuación y mayúsculas en los poemas, pues así como se desliza la vida sin sentirlo, así se desliza la mirada del lector por los versos, que se amalgaman unos con otros. El recurso, muy acertado en ciertos poemas, en otros, sin embargo, parecería no justificarse. De cualquier forma, es claro que

en José pervive una intuición poética especial, el sentimiento profundo de un desplazado, de un hombre sensible, que contagia su sentido de lucha. Los últimos versos que de él cito lo confirman:

un día partimos
y desde entonces
andamos
perdidos

cada pan que ha llegado a mi mesa
es sangre
sudor
si mi madre lo pudiera ver
seguro estaría orgullosa de mí
no me he sentado
para que me derroten
desde luego que no

(“autorretrato”, p. 52)

Queda, pues, en sus manos, el poemario más reciente de José Barocio, quien desde Estados Unidos nos recuerda que pronto iniciará la cosecha de manzanas y, ante esto, es bueno aprestarnos a recoger los frutos, al menos los de una escritura sincera, como la que él propone.

Referencia

Barocio, J. (2017). *Pronto iniciará la cosecha de manzanas*. México: Letras de pasto verde.

Contar en el tiempo

Margarita Septi3n Rul y el arte de contar una vida⁹



Todo el que escribe hace, en cierto modo, una ofrenda a la memoria. A la memoria de s3 o a la de otros. Se busca, cuando se escribe, recuperar, fijar, aquello que no debe olvidarse. Aquel que escribe sobre un papel o simplemente en la piel de los d3as, busca, tambi3n, una respuesta. Escribir, como vivir, requiere

⁹ Texto le3do en la presentaci3n del libro *Margarita Septi3n Rul. Con los pies en la tierra*, de Adelina Palomar, el 18 de noviembre de 2009, en la Pinacoteca Universitaria de la ciudad de Colima. En los comentarios participaron, tambi3n, el periodista Armando Fuentes Aguirre Cat3n, el prologuista del libro Sergio Villa, y la autora de la biograf3a. Este mismo texto se public3 como rese3a literaria en el sitio web *Mujeres Net*, en abril de 2010. Disponible en: <http://www.mujeresnet.info/2010/04/margarita-septien-rul-y-el-arte-de.html>.

un descubrimiento: saber hasta dónde llegan nuestras palabras o nuestros actos. ¿Qué podría decirse, en este sentido, del libro *Margarita Septién Rul. Con los pies en la tierra*, de Adelina Palomar, y de la trascendencia misma del personaje biografiado? El siguiente texto constituye una modesta respuesta a dos estímulos que se agradecen: el libro de Adelina Palomar, y la vida de una luchadora social incansable: Margarita Septién.

* * *

En las últimas décadas, el género de la biografía, al lado de otros géneros que en conjunto han recibido el denominativo de “escrituras del yo” (las memorias, los diarios y las autobiografías, por ejemplo), ha tomado un nuevo auge. Este resurgimiento se debe, acaso, a dos tendencias contrarias en el mercado editorial actual: por una parte, la demanda que plantea un cierto tipo de lectores en torno a textos que exhiban la vida íntima de las personas y hagan de la esfera privada un espectáculo; y, por otra, la demanda que formulan, aunque en menor medida, otro tipo de lectores, exigentes en cuanto a forma y contenido, que solicitan historias de vida reveladoras, cuyo contar —artístico y documentado— les transmita una chispa de heroicidad, aprendizaje, motivación, y hasta de secreta y velada empatía, tan necesaria en una época como la nuestra.

Publicada en mayo de 2009 por Ediciones B, con un diseño atractivo, la biografía que presentamos recupera para la memoria colectiva de Colima, y del país entero sin duda, la figura de una mujer carismática que se distinguió, desde muy joven, por su capacidad de lide-

razgo y trabajo social, en tanto contribuyó a mejorar las condiciones de vida de miles de personas en las comunidades rurales de México.

Como toda biografía que se hace con métodos de la historia y recursos de la literatura, la obra que comentamos combina la investigación y el cotejo de documentos con la narración expresiva y fluida, que va acentuando los rasgos psicológicos del personaje biografiado y sus acciones a través del tiempo. Se trata de una biografía-homenaje, que, además, pone especial énfasis en la descripción del surgimiento y consumación de todos los proyectos sociales de quien fuera una de las mujeres más activas y reconocidas en la segunda mitad del siglo XX en Colima.

Margarita Septién Rul nació en México, D. F. (ahora Ciudad de México), el 1 de agosto de 1923, y murió, a causa de un cáncer, el 29 de octubre de 1986; es decir, su vida física alcanzó apenas sesenta y tres años. En el espacio temporal que forma una fecha y otra, ¿cuántos rostros, afectos, proyectos y reconocimientos, pero también tristezas y desencantos, alcanzaron a caber? En el caso de Margarita, y según se desprende de la biografía en cuestión, una vida medianamente larga sirvió para emprender, con aplomo, múltiples proyectos, y para recibir, por lógica consecuencia, la gratitud de muchas personas, aunque también la oposición y el rechazo de otras tantas que consideraron sus ideas como subversivas y comunistas.

En todo cuento —señala el teórico y escritor Enrique Anderson Imbert— los personajes, en esa suerte de tensión en que se hallan envueltos, luchan contra diferentes clases de fuerzas que se oponen a sus de-

seos o necesidades. De igual forma, en la vida (que es otro cuento) los seres humanos pueden enfrentarse a los obstáculos de la madre naturaleza, del contexto social y/o a los que ellos mismos, en su interior, experimentan como pasiones incontrolables, defectos, temores o prejuicios. En este sentido, la imagen que Margarita proyecta, ayudada por su biógrafa, es la de una mujer que lucha contra la inercia de un sistema social excluyente en que los pobres son los menos favorecidos. La lucha principal de Margarita, más que interna, existencial o mística —aunque la hubo también—, es externa, enfocada al medio ambiente que escatima oportunidades equitativas de desarrollo.

Heredera de dos fortunas, una económica, y otra moral, de profunda extracción católica, Margarita Septién fue consciente, desde muy joven, de la pobreza, el rezago educativo, la violencia y la discriminación en nuestro país. Como miembro de la Federación Internacional de Juventudes Católicas y como presidenta de la Juventud Católica Femenina Mexicana, entre 1952 y 1955, impulsó, con apoyo de organismos internacionales, cursos de capacitación técnica, academias, misiones y espacios de reflexión en distintas comunidades campesinas de México.

De notable inteligencia, cálida y agradable, como la describe Sergio Villa Gómez en el prólogo de esta biografía, Margarita Septién supo desde siempre que su vida estaba destinada a servir al prójimo, a llevar hasta sus últimas consecuencias la decisión imperiosa de ser feliz a propósito del bien común.

Detrás de la fundación de la Escuela Nacional para Dirigentes Campesinas, en Apaseo, Guanajuato;

del Centro de Educación Doméstica “Profesora María Ruiz”, en Nogueras, Comala; de la Escuela de Trabajo Social “Vasco de Quiroga”, en Comala, Colima; del Centro de Capacitación para el Desarrollo Rural, también en Comala; de su gestión como presidenta del Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia durante el periodo gubernamental de Griselda Álvarez, o de otras numerosas obras, pareciera estar presente la sabiduría de un conocido proverbio chino, que a la letra dice: “Regala un pescado a un hombre y le darás alimento para un día, enséñale a pescar y lo alimentarás para el resto de su vida”. De ahí que Margarita Septién buscara —antes que regalar, como mero reflejo de una actitud altruista— ofrecer oportunidades reales de desarrollo a jóvenes, especialmente mujeres de comunidades marginadas, a partir de educación humana y profesional.

Gracias al trabajo de Adelina Palomar, las y los lectores conocemos el origen de cada obra social que realizó Margarita y las anécdotas que refieren numerosas personas entrevistadas para la realización de esta biografía. “Todo por Margarita”, le expresaron los informantes a la autora. Y de esa memoria afectuosa surgió la evocación de una mujer de fuertes convicciones en quien el frustrado anhelo de hijos no hizo mella en su gratitud hacia la vida. En el esplendor vegetal de la Hacienda de Nogueras, donde vivió al lado de su esposo, el reconocido pintor colimense Alejandro Rangel Hidalgo, encontró la compañía, el espacio y el ambiente propicios para confirmar lo que de joven había descubierto de sí misma: “Mi alegría, si no es ruidosa, es contagiosa y duradera”.

Debe señalarse que, además de los textos introductorios a esta biografía, escritos por Sergio Villa Gómez y la madre Ángela Escobosa Hass, amigos íntimos y cercanos colaboradores de Margarita Septién, destaca la inclusión de fotografías y la reproducción de algunos documentos del personaje biografiado. De hecho, los fragmentos de ponencias, meditaciones y cartas que Adelina tuvo el acierto de seleccionar, permiten, de forma directa, comprender el pensamiento y la personalidad de Margarita. En estos documentos se descubre a la jovencita, primero, y luego a la mujer madura, con respecto a ideales, visión de mundo, filosofía educativa, familia, Dios y otros tópicos. Estos textos, escritos con claridad y precisión, no pueden ser más que el reflejo de una inteligencia especial y de una cultura alimentada por los libros, los viajes y la meditación. ¿Quién como Margarita para tener el cuidado de llenar durante muchos años una especie de bitácora reflexiva —mitad diario, mitad ensayo— sobre su tránsito por la vida? ¿No es éste un buen ejemplo de cómo aprender a mirarse en el espejo de las palabras?

Aunque Adelina Palomar tuvo la fortuna de encontrarse un personaje sumamente ordenado que dejó, por extensión, numerosos documentos para reconstruir la historia de un esfuerzo colectivo en torno a la fundación de instituciones pioneras en la atención a las comunidades rurales, es justo reconocer la labor de la autora que supo describir la *inteligencia en movimiento* de Margarita, como resultado de una investigación sistemática y afectuosa que duró varios años.

La biografía que presentamos abona en el generoso arte de la memoria y del rescate cultural, histórico.

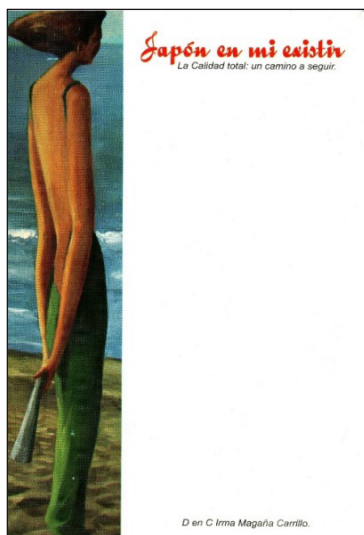
Margarita Septién Rul. Con los pies en la tierra, a diferencia de otras biografías de personajes distinguidos de Colima, no se concentra en la figura de un político, un escritor, un pedagogo o un historiador (aunque la propia Margarita tiene un poco de todo), sino en la figura de una trabajadora social, de una promotora de desarrollo comunitario. Tal vez la tarea siguiente sea la de recuperar, por separado y a detalle, las reflexiones que expresara Margarita acerca de la investigación-acción, el valor de la organización civil, el apoyo a comunidades rurales y otros temas que se antojan, por demás, vigentes.

Con el primer libro de Adelina Palomar queda, pues, a disposición de las y los lectores, la biografía de Margarita Septién, una mujer que provoca entusiasmo y reconocimiento; más aún, la necesidad de aquilatar su obra y contribuir, desde diferentes trincheras, a apoyar instituciones como el Vasco de Quiroga que todavía hoy en día se afanan en la noble misión de ofrecer educación profesional a jóvenes de escasos recursos. Para escribir sin tachaduras una vida, Margarita asumió los principios de la fe y el trabajo social; para narrar una vida de éstas, Adelina Palomar escribió un libro laborioso y ameno. De todo lo anterior, hay sobradas pruebas en *Margarita Septién Rul. Con los pies en la tierra*.

Referencia

Palomar, A. (2009). *Margarita Septién Rul. Con los pies en la tierra*. México: Ediciones B.

Japón en mi existir, de Irma Magaña, un libro de sueños y de viajes¹⁰



Una ciudad puede explorarse a través de diversas rutas e, incluso, a través de diferentes medios. Podemos recorrerla a pie y admirar sus construcciones, sus monumentos y la gente en su diario vivir; como igual, podríamos admirarla desde las alturas, sobrevolando, y apreciar la orografía del terreno, la perspectiva de las calles y el contraste entre el verde de los campos y la

¹⁰ Texto leído en la presentación del libro *Japón en mi existir. La calidad total: un camino a seguir*, de Irma Magaña, el 3 de marzo de 2010, en el Centro Cultural Mexiac de la ciudad de Colima. Este mismo texto se publicó como reseña literaria en la revista electrónica *Fumarola*, el 16 de octubre de 2016. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, de la maestra Hortencia Alcaraz, el investigador Fernando Rivas Mira y la autora.

tierra ocupada por las edificaciones. Con los libros sucede algo parecido. De hecho, son como ciudades. Se les puede disfrutar en su conjunto, como un todo orgánico, o con relación a un elemento en particular que nos llama la atención y nos obliga a detenernos, a reflexionar sobre él. Los libros son espacios en que podemos reconocer personajes, ideas y hasta monumentos al intelecto y el alma humana. Adoptamos a los libros, los hacemos nuestros cuando, al entrar en contacto con ellos, algo ha cambiado en nosotros; algo se ha encendido y nos han dejado una inquietud, un movimiento interno, que confirma: “no somos los mismos, antes que después de haber leído”.

El día de hoy tengo el gusto de compartir mi lectura, mi recorrido por *Japón en mi existir. La calidad total: un camino a seguir*, de Irma Magaña. Para continuar con la metáfora del libro como ciudad, me ofrezco a servir de guía a los primeros visitantes, a los primeros lectores, aunque se sobreentiende que, en lecturas posteriores, no habrá mejor guía que el lector mismo, en contacto directo con el libro. En esta ocasión, y dado el contexto, nuestro recorrido será rápido, aunque trataré de señalar los aspectos más relevantes de esta nueva ciudad que aparece en el mapa editorial colimense.

Publicado en 2009, por Gobierno del Estado y el Instituto Colimense de las Mujeres, *Japón en mi existir...* incluye una presentación de la licenciada Ana Cecilia García Luna, exdirectora del Instituto Colimense de las Mujeres, y un prólogo a cargo del doctor Ichikawa Shin-ichi, profesor emérito de la Universidad Waseda, en Tokio.

El libro que comentamos refiere en cuatro capítulos centrales, más conclusiones, la experiencia que tuvo Irma Magaña en su contacto con la cultura japonesa a propósito de diferentes estancias que ella realizó en aquel país con el objetivo de aprender muy de cerca los principios de la calidad total y de conseguir información para su tesis del doctorado en relaciones internacionales transpacíficas que había cursado en la Universidad de Colima. La autora alcanzó sus objetivos académicos, pero, aún más, los de tipo personal, humano, que tienen que ver con el descubrimiento de una filosofía de vida y de nuevos horizontes para *estar* y *ser* en el mundo.

Japón en mi existir... comienza de una forma sugerente: describe aquellos años infantiles en que la autora, rodeada de sus primos, escuchaba las historias que les contaba su tío Ramón, experimentado marino y excombatiente en la Segunda Guerra Mundial, sobre sus viajes y los países que había conocido. Japón era uno de sus preferidos y tal vez por eso, por la emoción que imprimía al describirlo, su sobrina Irma desde entonces se declaró enamorada del país del sol naciente. La playa de Miramar frente al océano Pacífico (el mismo que comparten México y Japón), fue el marco perfecto para escuchar las historias del tío y, también, por añadidura, para hacer que en una de sus sobrinas se incubara un sueño persistente: conocer al Japón, ese país que se dibujaba como algo extraño, exótico y milenario.

Según refiere Irma Magaña, la primera oportunidad que tuvo de estar en Japón fue en 1994, gracias a una beca de la Agencia de Cooperación Internacional Japonesa. Pese a las dificultades que para una mujer ca-

sada, madre de un hijo y al frente de una agencia de viajes exitosa, implicaba trasladarse a vivir un año a Japón, la autora asumió el reto y se instaló en Nagoya, para conocer una organización pública integrada por consultores internacionales, que le mostraría los procesos de mejora continua y alta calidad que los japoneses, como parte de su cultura empresarial, ponen en práctica.

Los maestros Soeda y Sawada —dice la autora— “fueron mostrándome el camino hacia la calidad total, mientras tanto, yo descubrí que las filosofías de calidad no sólo eran para las industrias, también era posible aplicarlas en muchos aspectos de la vida personal” (p. 44). De esta manera, Irma Magaña va esbozando los aspectos clave de un aprendizaje pragmático no sólo en el campo empresarial, sino también —y quizá el más importante— el humano, el vital.

Después de su primera estancia, la autora expresa que regresó “envenenada” del Japón y buscó, a través de diversas instituciones, conseguir una beca para residir en el Japón y avanzar en su tesis doctoral, enfocada en el desarrollo turístico y los principios de la calidad total.

Para lograr este objetivo tuvo que tocar un sinnúmero de puertas, insistir tenazmente en ser aceptada por la Universidad de Rikkyo, en Tokio, una de las más renombradas a nivel mundial con relación a la investigación en turismo, adentrarse en el idioma japonés y disponerse a vivir en una cultura en que las clases y estratos sociales están muy marcados, como, también, la inequidad entre el hombre y la mujer.

En 2001, Irma Magaña logra su visa de estudiante residente en Japón, y se dispone a sumergirse de nueva

cuenta en la cultura nipona, a avanzar en su investigación y a observar lo que sucedía a su alrededor; en otras palabras, a ver, en la calle, en la vida cotidiana, cómo se traducía la filosofía de calidad en el servicio que tanto admiraba de los japoneses. Así, describe para sus lectores, diferentes detalles que la impactaron: la bienvenida conjunta que dan los empleados bancarios japoneses a sus primeros clientes; la estricta puntualidad de las personas; la calidad extraordinaria del servicio de transporte; el espíritu de servicio que anima a todo aquel que está al frente de un negocio y hasta el ánimo de renovación, que año con año se anuncia en el Japón con la llegada de la flor de los cerezos y su colorido espectáculo.

Aunque *Japón en mi existir...* refiere conceptos clave del modelo de la calidad total y ofrece al lector una bibliografía básica al respecto, debe señalarse que el libro enfatiza, esencialmente, una experiencia de transformación, de establecimiento y logro de metas. Es decir, estamos más que ante un reporte de investigación, en el estricto sentido de la palabra, ante la narración de una experiencia profesional contada desde el lado humano; por lo mismo, el libro tiene un carácter implícito de motivación al lector, que se resume en la verdad de un dicho popular: “el que persevera, alcanza”.

El trabajo de Irma Magaña motiva hacia el conocimiento de la cultura de calidad del Japón, hacia la reflexión en cuanto a las necesidades del sector turístico de nuestro país, pero sobre todo, a la toma de decisiones en favor de las metas que cada uno de nosotros posea. Una vez asumida la decisión —sugiere el libro—, ni la edad, el sexo o la condición económica o social podrán ser limitantes.

Un aprendizaje más se desprende del libro que comentamos: las redes de ayuda son muy importantes. En el caso de la autora, en Japón contó con la colaboración de un grupo de amigas cercanas que le auxiliaron en su inserción en la vida cotidiana japonesa y con traducciones. La ayuda fue recíproca: Irma les mostró una manera diferente de ser mujer, de luchar, a las japonesas, y ellas le correspondieron abriéndole la puerta de su cultura y del idioma. Tras la decisión de Irma, también estuvo el respaldo de su familia más cercana y de profesores universitarios del programa de doctorado que cursaba, así como otras figuras importantes. Probablemente, esta red comenzó a multiplicarse, de manera natural, cuando la autora demostró la fuerza que la animaba y su incorruptible tenacidad. Es como si, ante la fortaleza de una determinación, lo demás terminara por abrirle el cauce.

En resumen, *Japón en mi existir...* pone en la mira nuevos temas de investigación en el área de la calidad de los servicios y al mismo tiempo el anecdotario emocional, vivencial que, antes y durante la elaboración de la tesis doctoral de Irma Magaña, fue gestándose. Este último contenido es original, sin duda, y el público lector, especialmente de la comunidad universitaria en formación, lo agradecerá, pues ejemplifica cómo se pueden salvar múltiples obstáculos en torno a un objetivo personal y académico.

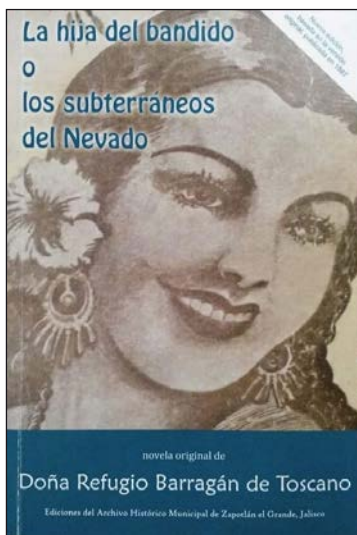
Enhorabuena para la doctora Irma Magaña, que inaugura con esta publicación lo que suponemos será una larga lista bibliográfica, pues ya sobradas pruebas tenemos de su persistencia, su deseo de aprender día

con día y de, al igual que los árboles de cerezo, florecer con entusiasmo.

Referencia

Magaña Carrillo, I. (2009). *Japón en mi existir. La calidad total: un camino a seguir*. Colima: Gobierno del Estado de Colima, Instituto Colimense de las Mujeres.

La hija del bandido o los subterráneos del Nevado, de Refugio Barragán de Toscano¹¹



Sin duda, resulta una experiencia singular el hecho de leer una novela que describe la geografía de la que uno se siente parte. Digamos que, además de autorreconocimiento en las páginas leídas, se suscita una especie de empatía natural con el texto, porque, simplemente, el espacio que describe nos resulta familiar y, de algún modo, nos hace sentirnos “como en casa”.

¹¹ Texto leído en la presentación del libro *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*, de Refugio Barragán de Toscano, el 3 de agosto de 2011, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, de la profesora universitaria Hilda Rocío Leal Viera. El editor del libro, arquitecto Fernando G. Castolo, no pudo asistir por causas de fuerza mayor.

En esta ocasión tenemos el gusto de presentar la séptima edición que hace el Archivo Histórico Municipal de Zapotlán el Grande, Jalisco, de *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*, una novela que hace “sentir en casa” al lector regional, y que fue escrita por una autora a quien se le considera la primera mujer novelista de nuestro país: la jalisciense Refugio Barragán de Toscano (1843-1916).

Esta nueva edición, a cargo y con prólogo del arquitecto Fernando G. Castolo, pone en circulación un clásico de la novela romántica mexicana y, al hacerlo, posibilita al lector conocer la historia de María y su amor desafortunado con Rafael, pues al ser la hija del bandido Vicente Colombo, que asoló la región del Volcán de Colima a finales del siglo XVIII y presuntamente escondió una cuantiosa fortuna en los subterráneos del Nevado, estaba destinada a la marginación social y la deshonor. Según lo asienta la propia autora en la introducción de su libro, lo que ella hace es recuperar historias de la tradición popular, que le fueron referidas por su tía Mariana, en torno a las aventuras, asaltos y asesinatos de bandoleros famosos que transitaban el Camino Real de Colima (entre ellos Vicente Colombo), y narrarlas “embellecidas con el lenguaje de la ficción y la poesía”.

De amores frustrados, traiciones, secretos e intrigas, la novela de Refugio Barragán pinta, pues, la sociedad jalisciense preindependentista, las clases sociales, la religión, los estereotipos y las costumbres de esa época. Su visión del mundo, pese a que coloca como protagonista a una mujer (María) y ella misma (la autora) representa una educadora, escritora y madre de familia de

gran iniciativa, trasluce —por los juicios que vierte en la propia novela— un apego al ideal de mujer, común en el tiempo que le tocó vivir: el de la obediencia, la castidad, la pureza y el sacrificio ante las vicisitudes y los problemas de la vida.

Más que en una ruptura de normas sociales o literarias, el mérito artístico de Barragán de Toscano se encuentra en abrir camino a la novelística de mujeres y de asumir, como pocas en su tiempo, el oficio de la escritura. Tomemos en cuenta que ella publicó, a lo largo de los años, poesía, novela y teatro, así como una serie de lecturas de carácter didáctico. Su obra *Diadema de perlas, o los bastardos de Alfonso XI*, dicho sea de paso, se estrenó en el Teatro Apolo de Guadalajara, en 1873.

Desde 1887, fecha en que se publicó por primera vez como libro la novela —aunque ya antes se había dado a conocer por entregas en periódicos de Ciudad Guzmán— median, hasta nuestros días, ciento veinticuatro años; sin duda, cantidad suficiente para sepultar en el olvido una novela que careciera de total valor, y en consecuencia, de difusores y lectores. Pero no es el caso. Situándola en su contexto, en el epílogo de la tradición romántica en la que está inserta, *La hija del bandido...* constituye una novela de prosa ágil, transparente, que independientemente de su carga moral, didáctica e ideológica, tiene un efecto atrayente en las lectoras y los lectores.

La hija del bandido... está conformada por seis “libros” o apartados, que a su vez se hallan subdivididos en capítulos: Libro I (Los bandidos de Camino Real); Libro II (Amor y desgracias); Libro III (Los bandidos de

salón); Libro IV (La mano de Dios); Libro V (En poder de la justicia) y Libro VI (A la sombra de la religión).

Es importante considerar la circunstancia particular de que la novela tuvo un origen folletinesco, de ahí que de forma constante recurra a la síntesis capitular o al resumen para orientar al lector que, acaso, podría haber omitido la lectura de una entrega anterior en el periódico. De esta forma, la autora —como lo hicieron otros escritores en su tiempo— aseguraba la comprensión cabal de la historia. Este recurso, útil cuando se trata de publicaciones espaciadas temporalmente, puede resultar cansado, no obstante, cuando el lector contemporáneo lo encuentra en un libro, pues la reiteración de algo leído apenas una página atrás, deviene en cansancio o impaciencia.

Lo importante, al leer un texto que no corresponde a nuestro horizonte actual de lectores, es permitirnos dialogar con el horizonte propio del libro, de su época, de su visión de mundo. De esta fusión de horizontes, se descubre que, por encima del tiempo, de los estilos y de las épocas, humanamente existen puntos de confluencia entre quienes vivieron en el pasado y nosotros. Así, un fragmento como el siguiente, aunque su estilo nos resulte lejano, su *verdad* alcanza a decirnos algo sobre nuestro presente:

Nosotros vemos todos los días la facilidad con que los malvados llevan a feliz término sus crímenes, nefandos crímenes cuya sola narración nos causa horror: el asesino cae sobre su víctima, como el gavilán sobre el polluelo y le arranca la vida sin que un obstáculo se interponga; el seductor roba la honra de la doncella, pisoteando familias y es-

carneciendo los derechos sociales y va después a divulgarlo en los cafés, a laurearse con lo que él llama sus triunfos y conquistas de Tenorio; y todo esto lo hace sin que una mano honrada selle su boca con un bofetón, único elogio que se merece quien así se gloria de haber llevado la deshonra y las lágrimas al seno de una honrada familia; el ladrón y el fraudulento dan cima a su crimen y van a saborear su fruto con escandalosas orgías; el dignatario sin conciencia, en cuyas manos quizá se halla el destino de un pueblo, encuentra siempre camino disculpable y fácil para violar las leyes a su favor y satisfacer sus ambiciosas miras. Todas las maldades se llevan las más veces, a feliz término, quedando después los comentarios tristes levantados sobre la dura realidad (p. 128).

Al incursionar Refugio Barragán en un género literario que, hasta entonces, estaba vedado a las mujeres, se ganó la admiración de sus contemporáneos, pero también la crítica de quienes se sintieron ofendidos por tal osadía. En el contexto regional, apuntan los estudiosos, contó con aceptación y una mediana fama, que le redituaron lectores en todos los géneros literarios que abordó. En el periódico *Ecos de la Costa*, fundado en Colima en 1927, es posible encontrar algunas referencias a Refugio Barragán e incluso un poema de ella, de título “Lloremos” (1891), que fue reproducido en la sección de “Liras Pretéritas”, en 1935.

Refugio Barragán, por varias razones, es un personaje ligado a Colima. Primero, porque en esta ciudad estudió la Normal de Maestros (de 1863 a 1865) bajo las enseñanzas directas de la profesora Rafaela Suárez; segundo, porque una parte de sus amistades juveniles

y profesionales era oriunda de estas tierras y, tercero, porque la geografía, la historia, el “alma” de las inmediaciones del Nevado de Colima, zona franca que compartimos jaliscienses y colimenses, está en su literatura de forma protagónica. Desde este punto de vista, se antoja un estudio específico de Barragán de Toscano con respecto a sus años juveniles, de formación magisterial en Colima, y, en consecuencia, de las lecturas pedagógicas y literarias que alentaron su trabajo creativo. Con seguridad, podrían obtenerse más datos que nos explicaran a la sazón de qué factores y decisiones se lanzó Refugio a la novelística y, con ello, inauguró un nuevo capítulo en la literatura escrita por mujeres.

Volviendo a la novela *La hija del bandido...*, señalamos que, siendo una novela de aventuras, no falta el ritmo, la viveza en la prosa, con intenciones de subrayar el suspenso. Como en toda novela de tal naturaleza, los protagonistas van en busca de algo, pero se encuentran con una serie de obstáculos que deben salvar. En este caso, María busca enmendar las fechorías de su padre, por un lado, y por otro, alcanzar el amor; sin embargo, dado que el mundo que le rodea se encuentra teñido por la ambición y la falta de escrúpulos, sus deseos tendrán un precio muy alto. De hecho, sólo podrá lograr uno de estos dos anhelos, con lo cual el final de la novela, en cierto sentido, es trágico.

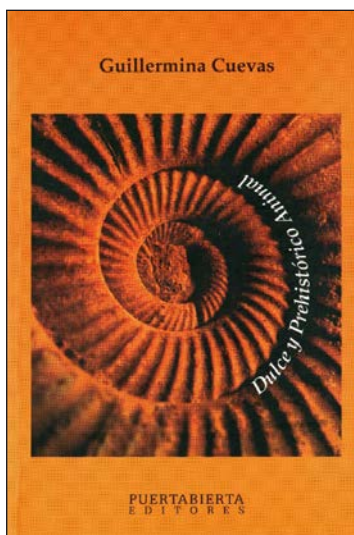
Por último, reiteramos que, aun cuando *La hija del bandido...* por su carácter moralizante y didáctico acaso podría quedar lejos de los gustos narrativos del lector actual, volver siempre sobre el pasado de la tradición literaria permite —y aquí parafraseamos a Quevedo— vivir en conversación con los difuntos y escuchar con los

ojos a los muertos. Escuchemos con los ojos, entonces, a *La hija del bandido...*, y permitámonos una conversación con Barragán de Toscano, una autora que, en realidad, está tan viva como nosotros, gracias a su literatura.

Referencia

Barragán de Toscano, R. (2011). *La hija del bandido o los subterráneos del Nevado*. F. G. Castolo (Ed. y pról.). México: Archivo Histórico Municipal de Zapotlán el Grande, Jalisco.

Idilio verbal y fulminante,
la novela *Dulce y prehistórico animal*,
de Guillermina Cuevas¹²



“**S**oñé que un ángel su amor me daba. Era un ángel de glúteos fuertes y genitales de efebo en reposo. No pertenecía a la familia de los Héctores, éste había surgido de una revista y en mi sueño abría los ojos y desplegaba el encanto de sus alas. A la orilla del vértigo me elevó el plumífero, me regaló el vapor de ignoradas ligerezas y en cándido plumaje se durmió a mi lado.”

¹² Texto leído en la presentación del libro *Dulce y prehistórico animal*, de Guillermina Cuevas Peña, el 11 de mayo de 2012, en el Centro Cultural Mexiac de la ciudad de Colima. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, del articulista y funcionario cultural Salvador Silva Padilla.

Con estas líneas, que resulta inevitable citar, da inicio *Dulce y prehistórico animal*, la novela más reciente de la escritora colimense Guillermina Cuevas Peña (1950).

Publicada bajo el sello de Puertabierta Editores (2012), *Dulce y prehistórico animal* anuncia desde su eufónico título la fineza de los hilos lingüísticos con que ha sido tejida. Esta novela, de hecho, podría leerse como un largo poema en prosa. Un poema en el que se lleva a cabo un homenaje a la vida, la imaginación, el cuerpo, la sensualidad y la escritura. Aquí hay mucho de esa bella *plaque* que es *De ásperos bordes*, un poemario en el que Guille Cuevas va del amor a la escritura y al espacio que habita y la habita, es decir, Colima, su Colima. *Dulce y prehistórico animal* es prosa para oídos y ojos finos; se introduce lentamente en el lector, hasta contagiarle un extraño entusiasmo verbal, avivado, en parte, por la presencia constante de esdrújulas frenéticas, prístinas, cándidas, de dramático vértigo, que no tienen otra misión que la de celebrar el delirio de la elocuencia.

La escritura de Guille Cuevas es festiva, contiene muy dentro *el fuego y sus fervores*; se concentra en lo que dice, pero también en lo que sugiere, en lo que provoca. De este modo, el erotismo, la sensualidad, más que en el tema, está en el lúbrico lenguaje que utiliza la escritora, en ese lenguaje que juega a mostrar y ocultar, a volverse suave, aterciopelado, pero también irreverente, imprevisto, como el jabón que se nos escapa de las manos bajo la regadera.

Al igual que en su primera novela, *Piel de la memoria*, Guille trabaja *Dulce y prehistórico animal* a partir de brevísimos capítulos: instantáneas contadas en

primera o en tercera persona en que las narradoras-personajes van describiendo distintas preocupaciones y gozos, así como la relación que guardan entre sí.

Mary, por ejemplo, es la que sueña con el ángel de glúteos firmes, el dulce y prehistórico animal; tiene varios amantes, todos llamados Héctor, pero con características físicas y temperamentales bien diferenciadas: Héctor el enmallado, Héctor el patético, Héctor el melódico, Héctor el frenético, Héctor el insaciable, etcétera, etcétera. Elina, por su lado, es la encargada de escribir las vivencias y también las fantasías de Mary; mientras que una tercera voz, que podría ser la que imagina a Elina imaginando a Mary como personaje literario, entra en escena para hacer más compleja la narración.

Metáfora del deseo, del amor, de la escritura, el dulce y prehistórico animal es una obsesión plumífera que nos recuerda el milagro de estar vivos. “Dejarse vivir”, recomienda, incluso, el personaje de Elina. “Experimentar la buenez, el contoneo, la seguridad de la gallardía” (p. 59). El dulce y prehistórico animal es la reivindicación de que imaginar puede ser tan intenso como el vivir. Ese ángel al que aspira Mary, etéreo y terreno a la vez, es un ideal, furtivo cometa al que conviene aferrarse. Mary dice:

Yo no sueño brumas, terribles escaleras, desorientaciones. Duermo para buscar el ángel de glúteos fuertes y genitales de efebo en reposo. Cuando el volátil no acude, me elevo en las alas de sus mensajeros. Me gustan así los sueños, todo el día trabajo para merecer su gracia. Al cielo agradezco los nocturnos escarceos, los atezados pechos, los ebúrneos brazos (p. 17).

Comentemos, ahora, que la novela apuesta a velar doblemente la línea que divide la realidad, de la fantasía; la realidad, del sueño. ¿Cómo saber cuál de las tres voces centrales inventa a quién? En la narración se conoce lo que hablan Mary y Elina, pero también lo que escriben; lo que apuntan como posible material para darle forma a algo que podría ser una novela como *Dulce y prehistórico animal*. Así, se muestra un eje metaliterario que va descubriendo al lector/a cómo fue hecha, con qué intenciones estéticas, la novela que tiene en sus manos, y que para Mary y Elina, como personajes, es apenas un deseo, una proyección. Cuando una de las narradoras apunta que para escribir las andanzas de Mary con cada uno de sus Héctores se requiere “lograr una concepción premeditada, polisémica, candorosa y verbal. Ordenar códigos específicos para las zonas erógenas, terminologías que superen el continente visual. Formular vocabularios y señales, promover la vigencia del florilegio y la incitación verbal” (p. 85), entendemos que esto es justo lo que consiguió Guille, la autora, con su novela. Alcanzó la “vigencia del florilegio”, la suntuosidad de la adjetivación e, incluso, del hipérbaton, que altera la sintaxis habitual de una frase y brinda al lector nuevos ritmos. Desde esta perspectiva, *Dulce y prehistórico animal* es una novela neobarroca que cumple con lo que Roland Barthes pedía a todo texto: probar, con el engolosinamiento del lenguaje, que desea, que busca, que atrapa, a sus lectores.

Desbordada en imaginación, con cierto tinte de surrealismo y absurdo, la novela de Guille se permite un buen número de recursos: convocar de forma inesperada personajes como José Carreras, Luciano Pava-

rotti, Zucchero, Sting, Aaron Neville; salir del español para entrar al inglés, francés e italiano; desaparecer los límites entre autor, narrador y personaje; cambiar abruptamente el registro en el que habla alguna de las narradoras...

Uno de los muchos juegos interesantes que se establece en la novela es el que corresponde a lo que podría llamarse un contrapunto irónico entre Mary y Elina, pues una a otra se critican. Elina, la escritora inteligente, sistemática, melancólica y depresiva, va limitando los excesos sensuales de Mary, una morena de trase-ro orgulloso y distinguido a quien envidia por su amplio abanico de candidatos amorosos; Mary, a su vez, pone objeciones a las notas débiles, a los infaustos intentos de escritura de Elina, que no está a la altura descriptiva de los temblores y sobresaltos que ella vive al evocar su ángel seductor, descubierto en la portada de una revista. Es notorio que ambas narradoras-personajes fun-gen como reflejo de la conciencia autocrítica de todo es-critor, escritora.

Por el desdoblamiento y empalme que se presenta entre las voces que conducen la narración, es difícil identificar, de primera instancia, quién dice qué a quién, en el texto. Corresponde al lector reorganizar las piezas de la novela, sobrentendiendo que, como todo buen texto literario, puede proveer más de una posibilidad interpretativa.

Acercarse a *Dulce y prehistórico animal* es entrar en contacto con una prosa voluptuosa, irónica, que contempla, además, irreverentes juegos de lenguaje y una abierta crítica a las instituciones, a los clichés y a los estereotipos. Para conocer una muestra de los juegos lin-

güísticos que contiene la novela, dotados de ingenio y picardía, citemos estas definiciones:

Caballero andante, dicese de aquel que siempre lleva el arma dura.

Prepucio, filósofo de la Edad de Oro, autor de la sentencia, entre más viejo más pellejo (p. 139).

Quienes son amigos muy cercanos de Guille, antiguos compañeros del célebre taller literario Galopante, encontrarán, como una segunda piel de la novela, infinidad de alusiones a vivencias compartidas y un homenaje claro a su amistad y al insalvable vicio de la escritura. Sin embargo, el que no tiene acceso a la maquinaria afectiva, biográfica, que articula, quizá, varios de los capítulos de la novela, también puede disfrutar, sin ningún problema, el humor, la alegría y la tristeza, la efervescencia del texto en sus frecuentes referencias culturales y en el tratamiento de un léxico de variados matices.

Con acierto, Guille Cuevas se toma su tiempo entre libro y libro que publica. Cuando están listos, cuando han reposado su sabor y consistencia, los libera, los descorcha y, como hoy, brindamos con y por ellos. Este proceder de la autora se comprende mejor con las palabras de Elina, su personaje, en torno a la creación: “Pensar que el tiempo no importa, que valen más la sinceridad y el sentimiento. Nunca ilusionarse con la famosa trascendencia y la posteridad, con el supuesto éxito cambiador de vidas, por el contrario, buscar la sencillez, la transparencia del canto. Encontrar las palabras más redondas, acariciarlas, hacer de nubes y vapores el

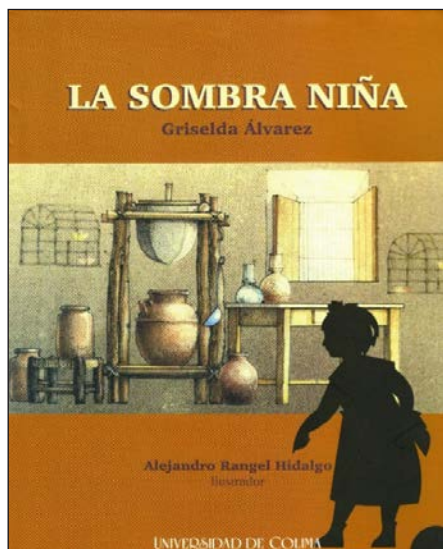
texto, de aire tibio y nocturnal las horas de escritura” (p. 16).

Por último, quiero señalar que, en virtud de su género y estilo, *Dulce y prehistórico animal* es una novela de escasísimos o nulos antecedentes dentro de la literatura colimense. Por ello, como afirma Víctor Cárdenas, a quien se debe el prólogo de la novela, Guille Cuevas, con esta obra, “ratifica su lugar de privilegio” en el ámbito local literario. La escritora, aunque no lo quiere y tampoco lo busque, es ya un ejemplo de cómo se logra un idilio verbal y fulminante con el lector, a propósito de una prosa pacientemente pulida. Guille Cuevas, Elina y Mary son modelos innegables para cualquier aprendiz de incipientes vuelos en la escritura o, incluso, para ángeles de consumados vuelos.

Referencias

- Cuevas Peña, G. (2012). *Dulce y prehistórico animal*. Colima: Puertabierta Editores.
- Cuevas Peña, G. (1998). *De ásperos bordes*. México: Praxis.
- Cuevas Peña, G. (1995). *Piel de la memoria*. México: Universidad Autónoma Metropolitana (Col. Molinos de viento 87).

Celebración de *La sombra niña*¹³



La existencia humana puede leerse, ni qué dudarlo, como un libro. Un libro personal e intransferible en que no faltan, por supuesto, las penas y las alegrías. Tampoco faltan los héroes, heroínas y, claro, los necesarios obstáculos. Este libro, escrito en primera o en tercera persona, dependiendo de la libertad con que enunciemos nuestra propia existencia o la dejemos en ma-

¹³ Texto leído en la presentación de *La sombra niña*, de Griselda Álvarez, el 24 de marzo de 2015, en la Hemeroteca y Archivo Histórico de la Universidad de Colima. Este mismo texto se publicó en el suplemento *El Comentario Semanal*, del periódico *El Comentario*, el 20 de abril de 2015, pp. 20-21. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, de José Eduardo Hernández Nava, rector de la Universidad de Colima, Guillermina Araiza Torres, directora general de Publicaciones de la Universidad de Colima, y de Miguel Delgado Álvarez, hijo de Griselda Álvarez y presidente del Instituto Griselda Álvarez A. C.

nos de los demás, comporta en todos los casos un ritmo, una intención de llegar hasta el final de la mejor manera posible, tal y como se le pide a una novela.

Acercarnos al libro existencial de Griselda, de María Griselda Álvarez Ponce de León, implica leer una vida emocionante en que se escuchan, procedentes de la infancia, los ecos de la guerra cristera, y se vislumbran, también, las luces del México moderno, la conquista del derecho al voto por parte de las mujeres en nuestro país, y el comienzo de un nuevo capítulo en la historia política nacional al convertirse Griselda en la primera mujer que gobernó un estado de la República Mexicana.

Una vida de casi noventa y seis años es una novela larga y corta a la vez, pues aunque son muchos los días vividos (34,689), resultan pocas páginas a la hora de dar cabida a las múltiples y diversas inquietudes de Griselda como maestra, política y escritora. ¿Acaso le habrían ajustado doscientos años para concluir lo que tenía planeado?

En el marco de los dieciocho libros que escribió, entre poesía, relato, ensayo y trabajos de investigación, se halla *La sombra niña*, cuya primera edición corresponde a 1966. A partir de esa fecha, el libro ha circulado a través de diferentes sellos editoriales, como Finis-terre, el ISSSTE y la Universidad de Colima, que en 1981 dio a conocer una edición, de pastas duras, con ilustraciones del pintor Alejandro Rangel Hidalgo.

Hoy, justamente, celebramos la reedición, con mejor diseño, de esa publicación universitaria de *La sombra niña* con ilustraciones del maestro Rangel Hidalgo. Lo anterior constituye un acierto innegable, puesto que,

por un lado, la publicación corresponde a un libro en que se ejemplifican parte de los mejores rasgos estilísticos de Griselda y, por otro, abre la posibilidad de que las nuevas generaciones de lectores tengan a su alcance una obra que reúne, en un diálogo absolutamente disfrutable, la palabra y la plástica de dos artistas colimenses de gran trayectoria.

Para conocer la vida, la visión de mundo y el típico estilo *griseldiano* (transparencia en la sintaxis, lenguaje poético y elegancia) una buena opción es *La sombra niña*, obra en la que la autora nos invita a acompañarla en su viaje por la niñez, la juventud y la primera madurez.

De carácter autobiográfico y de rigurosa intención artística, los veintitrés relatos que incluye este libro, desgranados, uno a uno, recuerdos, anécdotas y aprendizajes vitales que la escritora aquilata y expone con nostalgia o humor. Allí aparece el bisabuelo Josecito, que le enseñó a jugar a la baraja; su padre, Miguel García “Capacha”, que también fue gobernador de Colima; la madre, de inclinaciones artísticas y quien muriera prematuramente; la hermana Imelda con quien estuvo siempre muy unida; su hijo Miguel, y algunas amistades de juventud; es decir, el universo afectivo de Griselda. Emerge, a la vez, la entrañable hacienda de San Juan de Chiapa, Colima, donde pasó su infancia y se enamoró del campo con su verdor agreste y el dulce olor de la caña en la molienda. La misma hacienda donde aprendió a montar, a cargar una pistola, “encomendada a la Divina Providencia”, y a convivir con peones malhablados que le contaban sabrosas historias de bandidos y fantasmas.

El espíritu independiente de Griselda y su sensibilidad artística se forjaron en este contexto. Cuánto le ayudarían para salir adelante en la orfandad, la pérdida de bienes, la soledad y la serie de altibajos que, como todos los seres humanos, personajes de esa novela existencial de la que hablábamos al principio, debemos enfrentar. De aquel tiempo mítico en la memoria, rodeada de afecto y en mitad de una hacienda señorial, extrae Griselda sus mejores relatos. Quizá por ello decidió titular su libro *La sombra niña*, en honor a la nostalgia que provoca un tiempo perdido: el del juego, la inocencia y el cobijo de los padres.

Añorar por siempre lo que se ha marchado con la infancia es, de alguna forma, estar sujeto a una sombra niña, una sombra pueril, que no hace daño aunque tampoco desea retirarse. Esta nostalgia se visualiza, por ejemplo, en el relato “Calabaza en tacha”:

Siempre las vacaciones serán los días más sabrosos del año. Mi hermana y yo, de escolares, las gozábamos en la hacienda de mi padre. (Todavía existe el casco en la falda del volcán de Colima.)

Era hacienda cañera de clima cálido sin llegar a la molestia, de frondas olorosas a pomas, de cielos violentos tejidos con celajes cursis de tan bellos o chaparrones torrenciales; hacienda de peones alegres, reñidores por costeños; enamorados por tropicales y leales por herencia.

Nuestra llegada coincidía siempre con la *zafra*. El penetrante olor del ingenio hería agradablemente el olfato a la larga distancia, haciéndonos gustar de antemano lo que imaginábamos todo el año, escolar y monjil, exento de dulces: melado, piloncillo, calabaza, plátanos y camotes en tacha (p. 35).

El encanto o la chispa de un libro como *La sombra niña* radica, pensamos, en la capacidad de convocar diferentes tonos y matices, para comprobar, sin remedio, que la vida está hecha de luces y sombras. Así, en los relatos de Griselda, publicados originalmente como colaboraciones periodísticas, descubrimos un poco de todo: tristeza, reflexión filosófica sobre el sentido de la vida y la muerte, pero también humor, un humor que exige viveza en la puntuación y diestro manejo de la tensión narrativa. Sobre esto último, dan cuenta relatos como “Feliz cumpleaños”, “Fido, el invisible” y “El tejido azul”.

Un atractivo más que se manifiesta en algunos de los relatos es la evocación de pasajes clave en la historia nacional (nos referimos, en este caso, a la revolución cristera). Griselda narra que, siendo niñas, a ella y a su hermana Imelda su padre las llevaba, para que le perdieran el miedo a la muerte, a ver “los colgados” en la Calzada Galván. Pero como ocurrían los ahorcamientos con demasiada frecuencia, las niñas —más allá de cualquier lección de templanza— terminaron, ante la reprobación familiar, por ver los ahorcados como un espectáculo.

Jorge Luis Borges (1985), un autor al que admiró Griselda y acerca del cual escribió su tesis de licenciatura en lengua y literatura españolas, escribe en su libro *Los conjurados*, lo siguiente: “Al cabo de los años he observado que la belleza, como la felicidad, es frecuente. No pasa un día en que no estemos, un instante, en el paraíso” (p. 13). Este reconocimiento de que la belleza siempre existe, aunque a lo lejos se perciba la muerte, y la nostalgia sea, como asienta Rilke, “vivir en el oleaje

y no tener patria en el tiempo”, es un elemento frecuente en la poesía y en la prosa de Griselda. Por ello, en el relato “Última ausencia”, en que se narra cómo tras un diagnóstico médico Griselda supo que perdería la vista, encontramos no el llanto, el lamento constante, sino una resolución práctica e, incluso, poética:

Trataré de conservar entera mi alegría, la que siempre me ha acompañado pese a las uñas y los colmillos de la vida. Voy a escribir mucho. Es una oportunidad.

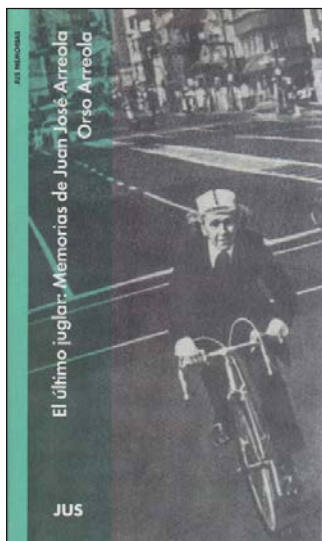
Y ahora, en el corto tiempo que me resta de luz, voy a aprender línea por línea, rasgo por rasgo, el amado rostro de mi hijo. Ése, no se me olvidará (p. 16).

La sombra niña ha inspirado lecturas teatralizadas, coreografías, dibujos (basta ver las creaciones de Rangel Hidalgo) y podría ser, por qué no, hasta una serie radiofónica. Probablemente su música interior, o su sabor agrídulce, como apuntara el maestro Gregorio Macedo López, es lo que le dota de un poderoso atractivo. En fin, que estamos aquí con la que podría ser, hasta ahora, la mejor de todas las ediciones: una llena de color y armonía entre texto, ilustración y diseño. A disfrutar, entonces, *La sombra niña*, a compartirla, a celebrarla, como hacemos con nuestra Universidad en su setenta y cinco aniversario.

Referencias

- Álvarez, G. (2014). *La sombra niña*. A. Rangel Hidalgo (Ilustr.). Colima: Universidad de Colima.
- Borges, J. L. (1985). Prólogo. En *Los conjurados*. Madrid: Alianza.

Traducir la vida, traducir un gesto
o *El último juglar*:
*memorias de Juan José Arreola*¹⁴



En dos ocasiones distintas he tenido la oportunidad de visitar, con mis estudiantes universitarios, la Casa Taller Literario “Juan José Arreola”, que coordina, en Zapotlán el Grande, el maestro Orso Arreola, hijo del afamado escritor jalisciense. Las dos visitas han sido especiales porque —además de maravillarnos con

¹⁴ Texto leído en la presentación del libro *El último juglar: memorias de Juan José Arreola*, de Orso Arreola, el 11 de septiembre de 2015, en el Archivo Histórico y Hemeroteca de la Universidad de Colima. En la presentación se contó con la intervención del autor. Este mismo texto se publicó en dos partes en el suplemento *Ágora*, del *Diario de Colima*, los días 20 y 27 de septiembre de 2015, pp. 2 y 3, respectivamente.

los libros y objetos personales de Juan José Arreola expuestos en vitrinas; de admirar un precioso escritorio de caoba y un ajedrez de mármol en que el escritor debió librar singulares batallas de imaginación e inteligencia, hemos podido escuchar al maestro Orso conversar sobre su padre, la literatura mexicana de los cincuenta y, en general, sobre el arte en nuestro país.

Mientras seguía una de esas charlas en el pequeño pero acogedor auditorio de la Casa Arreola —espacio que antes funcionó como la sala del hogar de Juan José Arreola y en el que se distingue un ventanal por donde se filtra la luz y se observa parte de los árboles que rodean la casa— me preguntaba si ahí, a través del hijo, oíamos también en cierta forma las palabras del propio Juan José, autor de *Varia invención*, *La feria* y *Confabulario*, entre otras obras. En la amplitud de sus ademanes y en su capacidad para recitar de memoria versos de José Hernández, Pablo Neruda y César Vallejo, me parecía distinguir el mismo espíritu apasionado que su padre encarnó y del cual hay sobradas evidencias en los testimonios audiovisuales que circulan en internet o en las evocaciones que de él hacen amigos y admiradores por todas partes del mundo.

Al leer las “Palabras liminares” que escribe el maestro Orso en su libro *El último juglar: memorias de Juan José Arreola* (Jus, segunda edición, 2015), que presentamos, obtuve la respuesta que andaba buscando. En este libro, Orso asienta: “Reconozco que he puesto pensamientos y palabras en la boca de mi padre que él jamás ha pronunciado, pero que leí en su manera de ser y de vivir. Ésta es la lenta y difícil traducción que hacemos los hijos de los padres”.

Ese proceso de “traducir al padre”, de aprender su lenguaje más íntimo, con el apoyo de cartas, diarios de juventud, libros, recortes de prensa, manuscritos, fotografías y largas horas de diálogo cotidiano, debió dejar una huella indeleble en el hijo que, en su gusto por la literatura, ofrece testimonio de la convergencia más grande con su padre.

El último juglar: memorias de Juan José Arreola se publicó por primera vez en 1998, por editorial Diana; y, como se comentó, en editorial Jus ya alcanzó su segunda edición. Consta de cuatro capítulos y un epílogo. De este libro, Juan José Arreola dice: “Es fruto de una larga y accidentada conversación con mi hijo Orso: a veces apasionada y dulce, otras triste y amarga, pero siempre regida por la verdad. [...] Este libro es de Orso pero también es mío; lo hicimos entre los dos, pero él, al escribirlo y ordenarlo le dio vida”. Con esta autorización de ordenar en el papel la memoria oral de Juan José, Orso escribió en primera persona, como se estilaba en las memorias, y dejó que su padre emergiera tan vivamente como fuese posible en el grueso volumen de *El último juglar*. En este sentido, es Juan José Arreola quien habla a través de su hijo, el escritor, el “médium”.

La vida de Juan José Arreola Zúñiga (Zapotlán el Grande, Jalisco, 21 de septiembre de 1918 – Guadalajara, Jalisco, 3 de diciembre de 2001), en calidad de actor, escritor, profesor y conferencista, fue intensa y longeva. Por ello, el material que alimenta *El último juglar* es vasto, lleno de elementos curiosos y hasta absurdos, que nos confirman el sentido único de cada existencia, aunque al mismo tiempo revelan que frente a la búsqueda

da de una vocación, el amor o un ideal, solemos reaccionar de forma parecida.

Juan José Arreola viaja por primera vez a la Ciudad de México en 1936. Tenía dieciocho años y quería ser actor. Por aquella época conoce a Fernando Wagner e ingresa a la Escuela de Teatro del Palacio de Bellas Artes. Para sobrevivir, vende de puerta en puerta —él lo dice en su diario de juventud— “sandalias de Colima”. Se enamora de sus compañeras actrices, en especial de Cora, una joven que, además, era bailarina. Participa en diversos montajes teatrales; le dirige en un tiempo Rodolfo Usigli. Trabaja como locutor de radionovelas en la XEQ y descubre el encanto de seducir con las palabras.

Es el tiempo en que lee con fervor a los cuentistas rusos, a los clásicos, y se le revela una verdad intuitiva: la literatura es lo suyo. Luego, en 1940, ante problemas financieros y un tropiezo de la compañía teatral con la que trabaja en México, la de Usigli, decide regresar a Zapotlán el Grande, al lado de sus padres, y conseguir una novia para casarse y convertirse en carpintero como su abuelo Salvador. Deseaba entregarse a “una vida completamente pueblerina y pacífica”. Tras su retorno a casa, la familia se muda a Manzanillo, Colima, a trabajar en la venta de tepache (su lema fue: “Beba tepache Arreola, tan fresco y saludable como una ola”). ¿Habría sido Juan José el creador de tan ingenioso *slogan*? Los Arreola también se dedicaron a vender pan, en honor a una tradición familiar, y artesanías elaboradas con conchas y caracoles.

Su primera estancia en México y, en particular, su accidentada relación con Cora —dirá Juan José Arreola— le dejaron como consecuencia graves problemas es-

tomacales y una “neurosis de angustia” (agorafobia y claustrofobia), de la que se quejó con frecuencia.

La vida provinciana y tranquila que anhelaba el escritor se consiguió a medias, pues aunque Juan José se casó con Sara Sánchez, en Zapotlán el Grande, y procreó una familia de tres hijos, tuvo que mudarse a Guadalajara, primero, y en seguida a la capital del país, en el ánimo de encontrar mejores condiciones de trabajo, circunstancia que, sin lugar a dudas, resultó muy positiva en su trayectoria como escritor. En 1942, cuando todavía vivía en Zapotlán y se desempeñaba como profesor de secundaria (su erudición autodidacta suplía sin problemas la falta de documentos oficiales que avalaran una formación universitaria), tuvo la oportunidad de asistir a una cena, en el mismo Zapotlán, a donde concurrió el poeta Pablo Neruda con su esposa. En la tertulia, Juan José Arreola recitó unos versos del poeta chileno, quien, deslumbrado por la capacidad interpretativa de Arreola, le dijo que lo invitaba a viajar con él, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en calidad de secretario particular.

Arreola no aceptó, por razones de salud, pero se sintió conmovido por la figura de Neruda, en especial porque éste le escribió una dedicatoria muy alentadora en la portadilla de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*: “A Juan José Arreola con fe en su destino”. Y claro, el joven Arreola comenzó a creer más en la posibilidad de ser escritor, de entregarse por completo a la literatura. La súbita amistad con Pablo Neruda significó un nuevo aliciente espiritual y la oportunidad de quedarse con recuerdos imborrables (Neruda, por ejemplo, tuvo la deferencia de visitar a los padres de Arreola en

Manzanillo. Por cierto, Juan José Arreola no especifica si aquel tepache “tan fresco y saludable como una ola” que vendía su familia, llegó a saborearlo el premio nobel de literatura. Sin embargo, el intenso calor del trópico nos permite suponer que así fue).

Entre 1943 y 1945, Arreola trabaja para el periódico *El Occidental* en Guadalajara. Edita, con otros personajes importantes de la cultura, las revistas *Eos* y *Pan*. Esta última contó con el diseño “de cabeza” del pintor colimense Alejandro Rangel Hidalgo. En 1944 se casa; estrecha la amistad con Juan Rulfo y Antonio Alatorre. Viaja, al poco tiempo, a Francia, donde estudia teatro con el célebre Louis Jouvet.

Para Arreola, doctor honoris causa por la Universidad de Colima en 1996, la experiencia de trabajar como corrector de estilo y traductor en el Fondo de Cultura Económica, equivalió —según sus propias palabras— a asistir a la universidad, pues el proceso formativo que recibió en esa institución fue de gran resonancia en su vida. Aprendió, con base en la experiencia laboral y el ansia autodidacta, cómo esculpir textos de impecable factura artística.

Las memorias del “último juglar” avanzan y, como es previsible, se llenan de nombres de amigos: escritores que admira, autores que ha leído con devoción: Dostoievski, Kafka, Papini, Schwob, Whitman, Joyce, López Velarde, Pellicer, etcétera. Revelan la profunda necesidad de Arreola de leer, conversar y vivir enamorado; también, de enseñar, de compartir lo que sabe y de impulsar la carrera literaria de otros jóvenes. Así se explica su interés por coordinar talleres y convertirse en editor independiente (las colecciones “Los presen-

tes” y “Cuadernos y libros del Unicornio”, son prueba de ello).

Aunque la calidad literaria de Arreola se impuso al obtener por oposición una plaza de profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, al dirigir la Casa del Lago, en la Ciudad de México, por ejemplo, o al recibir numerosos galardones nacionales e internacionales, los inicios de su carrera no fueron fáciles: “Yo estuve descalificado desde el principio, mi literatura no era para las masas, yo era, según la crítica pseudorrevolucionaria, un escritor exquisito y afrancesado”.

El trabajo que llevó a cabo Orso Arreola, al ordenar los recuerdos de su padre, tuvo el acierto de hacer que no se perdieran dos cualidades naturales en la escritura de Juan José: el humor y la ironía. De ahí que *El último juglar...* resulte una lectura placentera, además de informativa. Esto no significa, por supuesto, que las memorias de Arreola excluyan los pasajes dolorosos o, incluso, aquellos teñidos por la culpa y el arrepentimiento. Todo lo contrario. La sustancia humana con que se teje la literatura está presente en sus variados matices. Como lectora, sólo me hubiese gustado encontrar en el libro una explicación más detallada sobre su proceso de conformación, es decir, sobre las decisiones que se tomaron con respecto a qué dejar o quitar en la redacción. Conocer, asimismo, si en algún momento entró Juan José a corregir el material, formular recomendaciones o participar en la selección de fotografías y documentos que acompañan al libro.

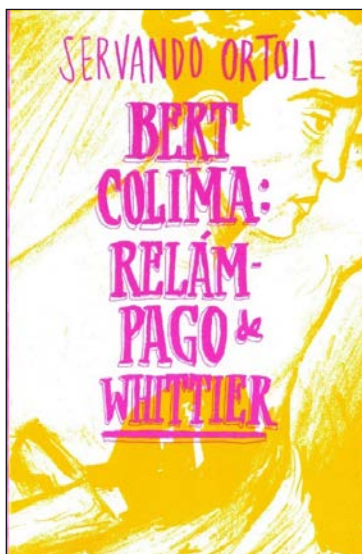
Al margen de lo anterior, *El último juglar...* cumple con despertarnos el deseo de leer (o releer) la obra de Juan José Arreola y de muchos otros escritores, por-

que, como toda memoria literaria, nos pone en contacto con una inmensa constelación de saberes y autores. Aquí está, pues, para los y las lectoras de hoy, la nueva edición de *El último juglar*, libro en que Arreola, el maestro del texto breve y la orfebrería estilística, hace el recuento de las horas y los días en que tuvo entre las manos “la zarza ardiente” de la literatura.

Referencia

Arreola, O. (2015). *El último Juglar: memorias de Juan José Arreola*. 2^a. ed. México: Jus.

La biografía de un relámpago, de un hombre y sus hazañas pugilísticas¹⁵



Hace poco tiempo, mientras buscaba datos de escritores colimenses en *Colima: ensayo enciclopédico*, de Ricardo Romero Aceves, me topé por azar con una referencia escueta, pero sugerente, al pugilista californiano Bert Colima, ligado íntimamente a México en virtud de su ascendencia familiar, y cuyo nombre de pila, explicaba el historiador aquel, era Epifanio Romero.

Romero Aceves mencionaba, también, que el deportista se había convertido en un “ídolo de los aficionados al boxeo por su técnica y maestrías boxísticas”. A

¹⁵ Texto leído en la presentación del libro *Bert Colima: relámpago de Whittier*, de Servando Ortoll, el 25 de noviembre de 2015, en el Centro Cultural Mexiac, de la ciudad de Colima. En la presentación del libro se contó con la presencia y comentarios del autor.

juzgar por su inclusión en una obra enciclopédica, imaginé que debía tratarse de un personaje importante.

Confieso que el solo nombre de Bert Colima me produjo una enorme curiosidad, pues, además de sugerir un aura literaria, aludía a un espacio geográfico al que pertenezco y me interesa estudiar. Por ello, anoté el nombre del boxeador en mi libreta de serendipias, es decir, de hallazgos inesperados, y dejé que, junto a otros, aguardara el día en que pudiese recuperarlo para algún trabajo. Antes de lo que pensé —y con la generosa invitación a presentarlo en su momento— llegó a mis manos *Bert Colima: Relámpago de Whittier*, del investigador y académico Servando Ortoll. Este hecho me confirmó que los caminos del azar son extraños y sinuosos, y que yo debía conocer, sin mayor demora, a Bert Colima.

El libro que reseñaré en las siguientes líneas constituye una edición especial de la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (2015), con el objetivo de ser distribuida gratuitamente entre los lectores colimenses. Conviene señalar que, en 2013, La Dulce Ciencia, editorial mexicana especializada en la historia del boxeo, realizó la primera edición de este libro y, a efecto de su reimpresión especial, cedió los derechos.

Comenzaré por apuntar que la silueta de Bert Colima se distingue, de entrada, en la portada del libro; el título en mayúsculas, con una tipografía como en tercera dimensión, nos introduce en la estética del *ring* y los espectáculos populares y masivos. *Bert Colima* pareciera anunciar en su formato de bolsillo que se trata de una obra práctica, de una buena compañía, como en

realidad termina siéndolo. Carlos Reis y Ana Cristina M. Lopes asientan, en su *Diccionario de narratología*, que toda biografía representa la vida de una personalidad a partir del desarrollo de su existencia. Escribir la biografía de alguien significa, entonces, aprehender los eventos que marcaron su *expansión vital*, su *ser* en un tiempo y espacio determinados.

De entre los dos tipos generales de biografías, la de corte analítico, que tiende a interpretar sucesos, y la narrativa, que se concentra en el mero desenvolvimiento de una vida, Servando Ortoll opta por el primer tipo. Esto implica que ofrece al lector un encuadre, un contexto, de los acontecimientos históricos que arropan la vida de su protagonista con el fin de comprenderlo de manera global, como parte de una serie de circunstancias, y más allá de simples anécdotas temporales. La tarea historiográfica de Servando Ortoll plantea la correlación de una vida (la de Bert Colima) y una época. Es así como él insiste en una hipótesis: la figura del boxeador californiano, cobijada por los medios periodísticos mexicanos en la década de los veinte, sirvió al régimen de Plutarco Elías Calles para desviar la atención pública en momentos de crisis política nacional.

Ortoll se afana, asimismo, en documentar con precisión sus fuentes y en transparentar los caminos de acceso a la información. Esto es, revela dónde y cómo obtuvo los materiales con los que reconstruyó una vida, la imagen de un ser humano con sus triunfos y vicisitudes. Al evidenciar Ortoll su ruta crítica de conformación de datos, otorga profundidad y acreditación a su trabajo. A partir de periódicos de California y la ciudad de México, álbumes de recortes de la familia de Bert Co-

lima, carteles, fotografías, entrevistas y el antecedente de una biografía escrita por Bert W. Colima Jr., en torno a su padre el pugilista, Servando Ortoll conforma una biografía que, curiosamente, no abarca todo el ciclo vital del relámpago de Whittier, sino apenas su nacimiento y encumbramiento como boxeador. Desde esta perspectiva, queda fuera lo que sucede con Bert Colima una vez que se despide del cuadrilátero y lo que corresponde a los últimos años de su existencia.

La investigación que nos propone Ortoll, si bien se aparta del común de las biografías al focalizarse en un periodo específico, como sucede en las memorias, ostenta la virtud de ahondar en la década de los años veinte al rescatar, transcribir y traducir, del inglés al español, una serie de crónicas periodísticas en que se dibuja con entusiasmo y humor la carismática figura de Bert Colima, boxeador de 70 kilogramos y 1.75 de estatura. En esas crónicas que recoge el sociólogo, se narran, con la jerga del boxeo y *round* a *round*, los episodios de Bert Colima y sus rivales; en fin, los detalles —con sabor y donosura— de una pasión de miles y miles de aficionados.

Bert Colima nació —expone Servando Ortoll— en Los Nietos, cerca de la ciudad de Whittier, California, el 8 de septiembre de 1902. De padres mexicanos y una abuela colimense, Epifanio Romero, a quien sus vecinos comenzaron a llamar, por su afición a silbar, *bird* (o sea “pájaro” en inglés), asumió el alias de Bert Colima por dos razones: primero, por la asociación fonética entre *bird* y Bert; y, segundo, porque, para homenajear a su familia, no encontró mejor manera que incluir en su nuevo nombre la tierra de su querida abuela. Así, el so-

noro nombre de Bert Colima, predestinado a los encabezados periodísticos, había nacido.

De acuerdo con Servando Ortoll, el relámpago de Whittier triunfó en Los Ángeles, California, gracias a “la rapidez de sus movimientos y la contundencia de sus golpes”. Sin embargo, en México, quienes lo encumbraron fueron los periodistas, que, alentados por el gobierno de Plutarco Elías Calles —asienta el investigador— se dedicaron a impulsar a un virtual desconocido hacia el parnaso de los héroes nacionales, con el propósito de desviar la atención de los mexicanos que se encontraban, en 1926, enfrascados en el conflicto de la guerra cristera, que el propio Calles había provocado con sus políticas anticatólicas.

Bert Colima alcanzó la fama en uno y otro lado de la frontera, y surgió, como los relámpagos, para iluminar el firmamento de una época aciaga, con las luces efímeras del boxeo en los cuadriláteros. Los fans mexicanos, pero sobre todo los mexicano-estadunidenses, aplaudieron sus numerosas victorias y, ya sea para olvidar o para sobrellevar los problemas históricos, siguieron con atención sus presentaciones y su incursión en la prensa de la época. Contrario al dicho que reza “en martes ni te cases ni te embarques”, Bert Colima prefería ejecutar sus peleas en este día de la semana; quizá porque, como nos indica Ortoll, en martes había ganado un buen número de peleas, y también porque no podía deshacerse de un imaginario supersticioso —muy amplio en su caso—, que contribuía a acrecentar su fama y la curiosidad acerca de su persona entre los aficionados al boxeo.

Si se observan las fotografías que de Bert Colima se incluyen en el libro de Servando Ortoll, podrá reconocerse en el joven pugilista una figura atlética que proyecta seguridad a través de lo compacto de sus músculos y de una aparente calma que rodea su presencia en el *ring*. Diríase que no revela, al menos en estas fotografías, el rostro adusto, agresivo, de otros boxeadores, ni la presunción exagerada de ciertos pugilistas mediáticos. Bert se muestra sencillo, carismático, ideal para atrapar la admiración de un amplio sector de espectadores. De su padre, Colima recibió las primeras enseñanzas boxísticas, aunque sería su capacidad autodidacta la que forjaría, en definitiva, su peculiar estilo boxístico, proclive a despachar de forma rápida a sus contrincantes. El relámpago de Whittier inició su carrera a los dieciséis años y al final de ella, según el comentarista Ricardo López, había acumulado 143 victorias, 37 derrotas, 22 empates y 54 nocauts.

En 1920, después de una serie de victorias sistemáticas y sorprendidas, el boxeador se consolida. Su enorme popularidad, explica Servando Ortoll, contribuye a que los espectáculos pugilísticos se conviertan en eventos extraordinariamente masivos, a tal grado que las peleas de Bert Colima tuvieron que programarse en estadios de béisbol o plazas taurinas (en el caso de México), a fin de resolver la entrada de todos los aficionados, que aspiraban a un boleto. ¿Podemos imaginar el Toreo de la Condesa, en 1929, con veinte mil espectadores en la pelea de Bert Colima contra el español Hilario Martínez?

El libro que comento se concentra, antes que en la vida personal del boxeador (la familia, sus amores, su

casa), en la vida pública, en aquella que tiene que ver estrictamente con el cuadrilátero. Considerando lo anterior, la investigación de Ortoll concede preferencia, aunque se extrañe el lado íntimo del pugilista, a la crónica de una conquista: la del relámpago de Whittier y su legión de seguidores. En las descripciones que hacen de él en periódicos como *Los Ángeles Times*, *La Opinión*, *El Universal y Excelsior*, salta a la vista una palabra clave: “arrojo”.

Arrojo para lanzarse al triunfo sin importar que las condiciones le fuesen desfavorables o el público prefiriera apostar al nombre de su contrincante. Así venció a Steve Dalton, Perry Lewis, Herb Brodie, *Sailor* Larry y Walcott Langford, entre otros boxeadores de mayor fama que él. No obstante, también perdió, y en martes, peleas que le hubiesen servido de mucho en su carrera, por ejemplo, las que sostuvo contra el irlandés Mickey Walker, el campeón mundial de peso wélter en 1925, o la que protagonizó con el inglés Ted Moore, en 1926, en México.

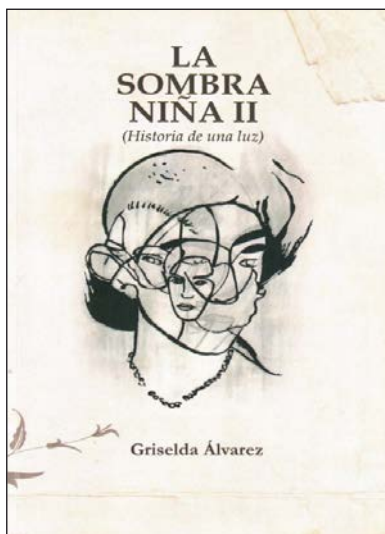
Bert Colima vino a nuestro país en diversas ocasiones, aquí ganó y perdió una parte de sus combates; pero siempre encontró una cálida recepción, pues se le consideraba mexicano en función de su origen familiar y de ese nombre que homenajeaba un rincón de la provincia mexicana, caluroso y olvidado, y al que, con probabilidad, aprendió a querer por las pláticas nostálgicas de una abuela que, en la distancia, recordaba paisajes de volcanes y palmeras. Tras su retiro del mundo boxístico, y habiendo obtenido un campeonato wélter Costa del Pacífico y un título de peso medio mexicano, Bert Colima trabajó muchos años para el Departa-

mento de Agua y Energía de California, se involucró en organizaciones de ayuda a jóvenes delincuentes y después abrió una cafetería en la ciudad de Whittier. Murió el 24 de octubre de 1979, a los setenta y siete años.

Referencias

- Ortoll, S. (2015). *Bert Colima: relámpago de Whittier*, 2a ed. Colima: Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Reis, C. y M. Lopes, A. C. (2006). *Diccionario de narratología*. Salamanca: Colegio de España.
- Romero Aceves, R. (1984). *Colima. Ensayo enciclopédico*, México, Costa-Amic.

Griselda Álvarez o el arte de atrapar la chispa humana¹⁶



En la vida diaria solemos toparnos con personas, personajes, que nos llaman la atención. A veces, es su alegría chispeante, su desparpajo o simplemente su manera generosa de prodigar una conversación, lo que nos atrapa de ellos. Les miramos andar por el mundo sin enredos o complicaciones existenciales, y no pode-

¹⁶ Texto leído en la presentación del libro *La sombra niña II (historia de una luz)*, de Griselda Álvarez, el 19 de mayo de 2016, en las instalaciones de la Asociación Colimense de Periodistas y Escritores A. C. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, de Carlos Ramírez Vuelvas, secretario de Cultura, Abelardo Ahumada, historiador y periodista, Marina Hellebeck de Pauli, ilustradora, Verónica Zamora, poeta, y Miguel Delgado Álvarez, editor del libro. Este mismo texto se publicó en el suplemento cultural Ágora, del periódico *Diario de Colima*, el 29 de mayo de 2016, pp. 2-3.

mos menos que envidiarlos por esa sabia actitud con que van sorteando la vida. Pero también hay otra clase de personas que nos llaman la atención y que, en sentido contrario a las primeras, revelan a través de la mirada, la expresión facial, una tristeza profunda, casi infinita, que nos duele verla porque pareciera concentrar la congoja de muchas generaciones.

¿Cómo aprehender en un texto la gracia del conversador pueblerino o de ese tío ocurrente que con frecuencia tenemos en casa, sin que al intentarlo matemos aquella chispa humana? ¿Cómo describir la sensual retórica de la chica coqueta de pestañas risadas y falda entallada que busca evitar una infracción, sin que se pierda una complicidad con el lector? ¿Cómo, por otro lado, describir el dolor a cuentagotas del que envejece en soledad, del que pierde la fe, el amor, o un ser querido, sin que el texto resulte vacío, cursi o falso?

Griselda Álvarez (1913-2009) presenta en *La sombra niña II (historia de una luz)* un conjunto de cuarenta y cinco relatos breves cuyo mayor mérito radica en dejar que sus personajes —todos tomados de la vida real, incluso familiar— brillen con luz propia, rodeados de un encanto especial que nos hace sentirlos cercanos, ya sea por la hilaridad que nos provocan o por esa desprotección suya que nos conmueve. Griselda se muestra, hay que señalarlo, como una diestra escritora cuando se trata de atrapar en pocas líneas el destello que hace únicas a ciertas personas en función de su obrar o actitud ante la vida. Digamos que la autora (poeta de primera línea; indiscutible prosista cada vez más reconocida) pinta con elegancia, con encanto, historias acerca de personajes de carne y hueso sobre la su-

perficie no de óleos de gran formato, sino de granos de arroz que resaltan su pericia (la de Griselda) en la elaboración de miniaturas.

El segundo tomo de *La sombra niña* ha sido posible gracias a la labor de rescate y edición que llevó a cabo el doctor Miguel Delgado Álvarez, hijo de la maestra Griselda, presidente del Instituto Griselda Álvarez A. C. y promotor incansable de lo que se espera sea el Centro de Información Griselda Álvarez (CIGA), un organismo que busca poner al alcance de la sociedad mexicana documentos inéditos, libros y otros materiales de la escritora jalisciense-colimense. Para la edición de este volumen, aparecido a principios de 2016, el doctor Miguel contó con el apoyo de Monte Venus Ediciones a través de la poeta Verónica Zamora, y del Instituto Griselda Álvarez A. C.

Como en el caso del primer tomo, publicado por primera vez en 1966 y que ostenta a la fecha varias reediciones (la última en 2014 bajo el sello editorial de la Universidad de Colima), el segundo también se halla ilustrado, pero esta vez por Marina Hallebeek de Pauli, quien, a partir de dibujos en blanco y negro de trazo minimalista, resalta algunos elementos centrales de los textos de Griselda.

Los relatos incluidos en *La sombra niña II* son producto de una selección que realiza, pues, Miguel Delgado con base en colaboraciones periodísticas de Griselda Álvarez en la revista *Kena* y en el suplemento cultural *El búho*, del periódico *Excelsior*, entre otras fuentes. Las colaboraciones fueron publicadas —según me ha comentado el doctor— en distintos periodos de los años sesenta, setenta y noventa. Siendo en origen apor-

taciones para medios periodísticos, los relatos se ciñen a la brevedad y a la concisión. No por ello, sin embargo, carecen de valor literario, aunque éste se acentúa doblemente en el primer tomo, quizá porque Griselda, con la propia selección que hizo, pensó en mostrarlo, en la medida de lo posible, como un libro unitario y en el que la mayoría de los relatos hicieran lucir la calidad de su prosa poética.

Al dirigirse a María Eugenia Moreno, directora de la revista *Kena*, para agradecerle que la haya “forzado” a colaborar en su revista, Griselda comenta en una especie de nota preliminar a “Estampillas en Oaxaca”, que sus textos, los que habrá de remitirle en lo sucesivo a *Kena*, pueden considerarse “estampillas”, acaso connotando con esto que se trataba de recortes de vida, imágenes, en apariencia intrascendentes, que, como los timbres postales, dan cuenta del lugar en que se encuentra el remitente de una carta y, por otro lado, en virtud de su colorido, de su belleza, pueden alentar el deseo de ser coleccionados, como finalmente sucede en el caso de los textos breves de Griselda Álvarez.

Entre el relato y el artículo, las “estampillas” de Griselda recuperan pasajes de la infancia de la escritora; historias de viajes al interior del país y al extranjero; anécdotas en torno a mujeres y hombres que, por algún rasgo en particular, le impactaron desde el punto de vista humano. El pretexto de escritura es simple: hablar, no de lo que ha aprendido en los libros, como hace en *Apuntes para amigos de las letras*, sino del mundo personal, familiar, de los seres con los cuales se ha topado a lo largo de la vida y de quienes —por una razón u otra— se ha obtenido algo revelador o curioso. Ahí,

en la evocación del pasado o en la narración de anécdotas “recientes”, se trasluce la personalidad de Griselda: ya sea la de la niña traviesa, desobediente, precoz; la de la madre estricta; la de la mujer un tanto hipocondríaca, desconfiada, a veces soberbia, hasta la de la abuela solitaria, que reconoce que necesita compañía. Porque la autora logra conectarse con el lector a fuerza de sinceridad y humor: lo principal es reírse de los defectos (propios en primer término, y en segundo, de los ajenos); hacer visible que lo humano es, por antonomasia, imperfecto.

Una muestra de ese humor griseldiano se halla en “Perdonada”, texto en que Griselda relata que en cierta ocasión, cuando ella ya no era gobernadora del estado de Colima (dejó de serlo en 1985, a los setenta y dos años), un hombre mayor, aunque menos que ella, de aspecto campesino, “manos grandes, quemadas, rugosas”, se sentó a su lado en un avión que partía de Los Ángeles a la Ciudad de México. El hombre aquel, bonachón y franco, al leer de reojo en el pasaporte de su compañera que era viuda, rápidamente, sin pérdida de tiempo, comenzó a cortejarla poco a poquito, primero hablándole de él, de su arribo a Estados Unidos como espalda mojada, luego de los oficios que sabía hacer, del dinero que había ahorrado —aquí enseñó un fardo de billetes— y de la viudez en que se encontraba desde hacía dos años. Como quien dice, le dejó claro su disponibilidad.

La escritora, sabiendo que el viaje iba para largo, y en el entendido de que toda historia es compañía, dejó explayarse al parlanchín, y hasta ella misma le compartió parte de su vida. Pero el asunto no paró ahí, pues don Lupe —así se llamaba el osado viajero— le hizo

una propuesta más que directa, y ella se vio obligada a contestar con evasivas.

En el siguiente fragmento Griselda resalta el candor del pretendiente y lo cómico de la situación, vista, por supuesto, a la distancia:

—¿Sabes? Me *cais requete* simpática, ah ¡cómo me *cais*! Te *vaya* a decir una cosa. Yo ya me hice como los gringos. Éstos nunca se quedan solos. Aunque están viejos, viejos se casan o se juntan. Porque fíjate que de repente en la noche tienes una pata fría y *pos* la arrimas y se te calienta. Pero si estás sola, *pos* nada. Mira, apenas *acabalo* tres horas de conocerte y me *cais requete* simpática —repitió. Yo te digo, tengo tarjeta, aquí está con dirección *pa* que me escribas y nos conozcamos más. Y una cosa: yo te perdono que hayas sido gobernadora... Eso ya pasó; ya pasó. Escribeme, dame tu tarjeta (pp. 153-154).

La narradora continúa, reflexionando sobre aquella escena:

Me sentí bañada de su ingenuidad o de su malicia. Confusa. Porque ¿qué demonios imaginaba que había hecho para ser gobernadora?

Pero su semblante llano, candoroso, rústico, respiraba verdad (p. 154).

El final del relato, aunque humorístico, se tiñe de cierta nostalgia, al reconocer la narradora que ella le miente al hombre; le dice que no usa tarjetas; que tiene muchos hijos celosos, y que después le avisará a dónde puede enviarle sus cartas, para que se conozcan mejor. El hombre sonríe tristemente, y dice: “Griselda. ¡Qué nombre tan trabajoso!”

La escritora cierra su texto, apuntando de sí misma, en un tono trágico-cómico:

Y me alejé rumbo a mi soledad, con la certeza de que la espalda mojada no sería nunca caldera de mi pata fría.

—¡Perdonada! (pp. 153-154).

Así como esta historia en que se entreveran tonos narrativos de diversa índole, Griselda presenta otras, como “El primer recuerdo”, en que narra el intento de suicidio de su madre María Dolores; “Las pecas”, en que describe un complejo de infancia con respecto a su apariencia física; o “Aviso de ocasión”, texto en que describe con detalle el tipo de enamorado que busca después de los ochenta años; ése al que le ofrece “ser eterna, inacabable”.

La desnudez espiritual de la autora, sumada a su capacidad de observación psicológica, contribuye a que los relatos de *La sombra niña II (historia de una luz)* se saboreen como los postres o el café con leche en una tarde de lluvia. Y no puede ser de otra manera porque, además de que captan la chispa de la oralidad más viva, nos sorprenden con reveladores datos biográficos, reflexiones filosóficas o descripciones de países remotos como la India, donde Griselda se maravilló al conocer el templo antiquísimo de Konarak.

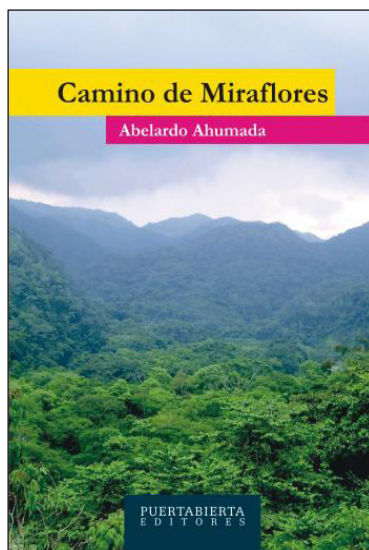
Finalmente, comentamos que en este libro póstumo de Griselda, sólo hizo falta que los editores explicitaran los criterios de selección de los textos, y saber si quedaron pendientes de inclusión otras historias más que, por ahora, reposan en los archivos de la escritora. ¿Podemos esperar otra recopilación de relatos?

Por lo pronto, aquí tenemos un libro en el que vuelve la autora con el donaire que le caracterizó en vida; con su agilidad mental y una escritura disfrutable como pocas, una escritura que es la historia de una luz, la luz que ilumina el rostro de sus agradecidos lectores.

Referencia

Álvarez, G. (2016). *La sombra niña II. (Historia de una luz)*. M. Delgado (Ed.). Colima: Ediciones Monte de Venus.

Camino de Miraflores: novela histórica en torno al Colima de la segunda mitad del siglo XIX¹⁷



El investigador Seymour Menton (1993) señala que la novela histórica es aquella “cuya acción se ubica total o predominantemente en el pasado, es decir, un pasado no experimentado directamente por el autor” (p. 32). Desde esta perspectiva, la novela *Camino de Miraflores* (Puertabierta, 2016), del periodista, his-

¹⁷ Texto leído en la presentación del libro *Camino de Miraflores*, de Abelardo Ahumada, el 30 de septiembre de 2016, en el Archivo Histórico de la Universidad de Colima. En los comentarios participaron el escritor y docente Rubén Martínez González y el autor del libro. Este texto se leyó también en el Sexto Coloquio Regional Crónica, Historia y Narrativa “Literatura vernácula en los estados de Colima, Jalisco y Michoacán”, el 28 de enero de 2017, en Jiquilpan de Juárez, Michoacán.

toriador y narrador colimense José Abelardo Ahumada González, se inscribe de lleno en el género descrito, pues no sólo narra hechos históricos correspondientes a la segunda mitad del siglo XIX, sino que se afana, además, en ofrecer a sus lectores referencias sobre las diversas fuentes consultadas, con el propósito de otorgarle mayor solidez al origen verídico de los acontecimientos que refiere.

Camino de Miraflores narra, con base en una investigación previa, profunda, pero sin renunciar a las licencias de la imaginación literaria, hechos históricos, de interés colectivo, que ejemplifican momentos de crisis nacional, en este caso, la Guerra de Reforma y la Segunda Intervención Francesa.

Tales hechos son rememorados por el testigo Ramón R. de la Vega, periodista, político, exgobernador del estado de Colima e inspector general de Educación en 1880, quien, en viaje del puerto de Manzanillo a la hacienda de Miraflores (de allí el título de la novela), transita por paisajes exuberantes acompañado de un asistente y de un grupo de personas que deciden sumarse a la aventura: el presidente municipal de Manzanillo, un profesor y cinco de sus alumnos adolescentes, y dos jóvenes alemanes que trabajan en el puerto. Don Ramón R. de la Vega busca identificar las necesidades educativas del estado de Colima y, en calidad de inspector, sugerir al gobernador en turno, Doroteo López, la edificación de nuevas escuelas.

El viaje, que dura tres semanas entre la llegada a Manzanillo, la exploración de Miraflores y poblados cercanos, así como el regreso a Colima, constituye uno de los hilos principales de la novela, aunque el más in-

terezante es el que se relaciona con la remembranza de los hechos históricos que lleva a cabo R. de la Vega a petición de sus acompañantes y de algunas personas que se va encontrando en el camino y fungen como anfitriones en un determinado pueblo o hacienda. Así, un narrador omnisciente cuenta las vicisitudes del viaje y don Ramón R. de la Vega (el segundo narrador de la novela) los acontecimientos históricos en que don Benito Juárez fue actor de primer orden. En el descanso diurno junto a un río, o por la noche al calor de una fogata, don Ramón narrará para sus acompañantes, en intrigantes episodios, las batallas entre conservadores y liberales, la Invasión Francesa, y el asentamiento y derrumbe del imperio de Maximiliano y Carlota en nuestro país, subrayando la participación que tuvieron determinados personajes de Colima y Jalisco en estos episodios históricos.

La novela de Abelardo Ahumada presenta de entrada dos aciertos: primero, enfocarse en un periodo histórico que ha sido poco estudiado por los historiadores colimenses; y segundo, retomar la polifacética figura de Ramón R. de la Vega (1811-1896), jalisciense vecindado en Colima desde muy temprana edad y a quien se debe el establecimiento de la primera imprenta en el estado de Colima; los primeros periódicos impresos de la entidad; la creación de escuelas normales para hombres y mujeres, antecedentes inmediatos de la Escuela Normal de Maestros; el Liceo de Varones; la gestión de la primera línea telegráfica entre Colima y Guadalajara, entre otras acciones fundamentales para el desarrollo y modernización del Colima de la segunda mitad del siglo XIX.

R. de la Vega fue ejemplo cercano para figuras como don Gregorio Torres Quintero, que se destacaría a nivel nacional en el servicio público, la educación y la escritura. Ambos, R. de la Vega y Torres Quintero, conocieron su estado palmo a palmo, tal como sucede con Abelardo Ahumada, quien, fiel a su natural vocación de explorador, ha realizado a pie o en auto numerosas excursiones por el estado de Colima y zonas aledañas, para conocer, detalle a detalle, la geografía de un espacio al que se ha abocado, a través de una larga lista de libros, como cronista, historiador y literato. Siendo, además, educador, periodista e innegable defensor de la libertad de prensa, Abelardo Ahumada comparte con los dos personajes históricos anteriores el perfil del agente activo, muy cercano a la realidad y la cultura de su comunidad.

Dividida en nueve capítulos, con una Nota previa escrita por el autor y un buen Prólogo a cargo de Heberth Sánchez, *Camino de Miraflores* se construye a partir del recurso de la metaficción: una historia dentro de otra historia.

(Recordemos que en un primer plano se narra el viaje de R. de la Vega y, de manera entreverada, se inserta una segunda narración: la que lleva a cabo el propio inspector sobre lo acontecido a nivel nacional y local por lo menos quince años atrás.)

La estrategia metaficcional de la novela se acompaña del llamado *flash-back*, es decir, de una regresión en el tiempo para recuperar escenas del pasado. De esta forma, mientras avanza la historia del viaje de don Ramón (demarcado temporalmente entre la última semana de junio y el 17 de julio de 1880), se desenvuelve, anclada

en el pasado, la narración sobre la épica nacional que ya comentábamos.

El inicio de la novela es el siguiente:

La tarde es tórrida en Manzanillo. Ni una sola brisa sopla desde el mar a la tierra en la bahía escondida, e inmóviles permanecen los tabachines de flores rojas en la amodorrada plaza.

Diez o doce niños juegan y nadan en el playón, mientras que los marineros alemanes de la Goleta de Hamburgo reposan bajo sus toldos de lona a la espera de que los remeros transporten, desde la orilla, los últimos fardos que llevarán.

El oficial de la aduana se despereza para sellar el recibo del pago de los derechos mercantiles de los efectos traídos por la goleta. El presidente municipal hace su siesta diaria en la hamaca del portal interior de su casa y, por el camino de la laguna, un anciano delgado, de rostro ascético y pelo entrecano vestido de saco, corbata y sombrero de fieltro, cabalga sobre una mula, seguido por su mozo en otra bestia cargada con su equipaje (p. 13).

El anciano que se describe en líneas anteriores es justamente Ramón R. de la Vega, de sesenta y nueve años, que se presenta ante el presidente municipal de Manzanillo, don Ponciano Ruiz, para contactar al profesor del lugar y conocer cuántos niños y niñas asisten a clases.

A semejanza de la novela costumbrista, en *Camino de Miraflores* la naturaleza es motivo de atención particular. El mismo título de la obra orienta la mirada hacia un punto geográfico especial, al tiempo que alude al desplazamiento que hay que seguir para llegar a

él. Este desplazamiento implicará el tránsito por paisajes tropicales diversos y el enfrentar en ocasiones peligros relacionados con la naturaleza: lluvias torrenciales, truenos, ríos desbordados, animales salvajes o ponzoñosos... A falta de un personaje antagónico a la figura de don Ramón R. de la Vega en la obra, las contingencias de la madre naturaleza serán los únicos obstáculos a salvar por parte del grupo de viajeros.

Pero si don Ramón R. de la Vega no tiene antagonistas, sí los tiene el presidente Benito Juárez, y de sobra, pues después de la Guerra de Reforma, de 1857 a 1861, enfrenta la Segunda Invasión Francesa, el Imperio de Maximiliano y Carlota, y, acosado por sus enemigos, se ve obligado a huir a un lugar y otro entre 1863 y 1867, hasta que es fusilado Maximiliano de Habsburgo en el Cerro de las Campanas.

Abelardo Ahumada describe con detalle el tránsito de Benito Juárez por Colima, en 1858, cuando, en abril de ese año, se hospedó durante casi quince días en el hotel Carabanchel, en la calle del Puente Quebrado, y luego, con Guillermo Prieto y Melchor Ocampo entre otros integrantes de su comitiva, partió a Manzanillo para embarcarse, tras una breve estancia en el puerto, rumbo a Panamá en el vapor “John Stephen”.

Conocedor de la memoria colectiva, las leyendas, la sabiduría y el habla popular regional, el autor de *Camino de Miraflores* sabe establecer un correlato entre la narrativa de la “gran historia”, la que corresponde a las hazañas nacionales, y las pequeñas historias de la gente común y corriente en su lucha por sobrevivir.

A propósito de hazañas y de mitos, el personaje de Ramón R. de la Vega cuenta que la gente decía que Ju-

lio García, militar y gobernante colimense en tiempos de la Segunda Intervención Francesa, había ordenado, tras la derrota y deceso del general francés Alfredo Berthelin, “La Avispa”, que cocinaran la cabeza de su acérrimo enemigo para quedarse con el cráneo y utilizarlo como jícara cuando le diera de beber agua a su caballo.

Camino de Miraflores no es una novela experimental, en el sentido de trastocar el planteamiento estructural de la narrativa de corte histórico, aunque sí una novela fluida que, con pericia y humor, obliga a sus lectores a concluirla. Parte de esa estrategia que sigue Ahumada para no dejar escapar a sus receptores es la inclusión de imágenes en blanco y negro (litografías, pinturas o fotografías) de lugares o personajes históricos, que intentan confirmar la veracidad de los datos históricos, pero sobre todo, introducir descansos visuales en la novela.

Hasta aquí puede deducirse que *Camino de Miraflores* es una novela “sintetizadora”, esto es, que desde la visión de un historiador describe ante los ojos del lector las condiciones del estado de Colima en la segunda mitad del siglo XIX y narra parte de los acontecimientos históricos nacionales y regionales más importantes de ese tiempo, para brindar, de forma indirecta, una visión sobre los factores y decisiones políticas y educativas que hicieron posible que una entidad pequeña, de provincia, transitara hacia el siglo XX.

El aporte principal de la novela se halla, pues, más que en su lenguaje o estructura, en la recuperación del personaje histórico de don Ramón R. de la Vega. Un personaje de espíritu idealista, empático, al que los lectores, como sucede con los personajes de Gabriel Gar-

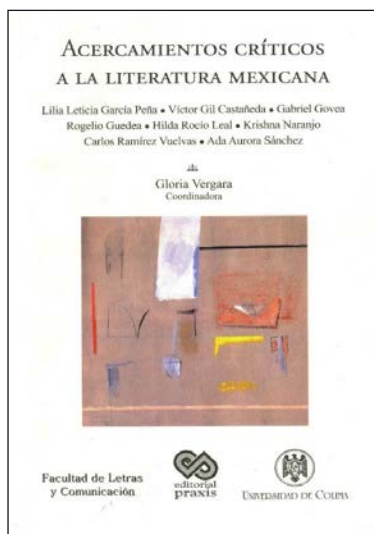
cía Márquez, no podemos dejar de seguirles la pista. Si no, pensemos en el buen Ramón R. de la Vega afanándose en mil formas por hacer llegar el progreso a su pueblo enclavado en el trópico, y en alcanzar en tiempos de guerra, como finalmente lo logró, la encomiable edad de ochenta y cinco años. Su longevidad nos conmueve, y su tesón también. Así es que, sin mayores dificultades, nos dejamos conducir por él hacia Miraflores, donde con frecuencia el cielo se llena repentinamente de nubes, y los pericos y los jilgueros forman parte de la alegría multicolor del paisaje.

Referencias

- Ahumada, A. (2016). *Camino de Miraflores*. Colima: Puertabierta Editores.
- Guzmán Nava, R. (1997, diciembre). Ramón R. de la Vega. *Histórica* 2 (9). Disponible en: <http://es.calameo.com/read/004472613bb82d2402ad6>
- Menton, S. (1993). *Novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica.

Móviles ideas

La mirada múltiple: *Acercamientos críticos a la literatura mexicana*¹⁸



Propongo, de entrada, que hagamos un ejercicio. Observemos nuestro alrededor, el ambiente que nos circunda, y tratemos de descubrir qué elemento guarda en común con otros espacios en los que normalmente nos movemos durante el día, o, incluso, con aquellos que han estado presentes a lo largo de toda nuestra vida. ¿Qué elemento cruza el tiempo y el espacio, y vuelve semejantes los distintos contextos de vida social? Sin duda, la presencia de la textualidad: hay tex-

¹⁸ Texto leído en la presentación del libro *Acercamientos críticos a la literatura mexicana*, coordinado por Gloria Vergara, el 25 de febrero de 2007, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, del escritor e investigador Carlos Ramírez Vuelvas y de la profesora Hilda Rocío Leal Viera.

tos orales y escritos en absolutamente todos los espacios imaginables. Los textos son visibles en las más diversas esferas (científicas, artísticas, culturales, religiosas, jurídicas, económicas, políticas, etcétera). El texto es expresión, comunicación y memoria. Es voz y mirada. Sin los textos, no habría puentes para llegar al *otro*, para la experiencia de la alteridad. Somos seres de textos. Es más, nosotros mismos, somos textos. ¿No es acaso nuestro cuerpo, el texto en el que el médico lee nuestro pasado, presente y futuro?

De entre la infinita variedad de textos existente, el literario —dígase poema, cuento, novela, teatro, etcétera— ocupa un lugar especial y jerárquico. Gracias a sus características inherentes, por ejemplo, el lenguaje plurisemántico (más allá de la norma lingüística), la capacidad simbólica y de representación del mundo, y el poder de redescripción de la realidad misma, el texto literario exige condiciones particulares de producción y recepción. Es decir, el texto literario no puede escribirse ni leerse igual que se hace con un texto académico, jurídico o de simple oficina. En este punto es, justamente, donde la figura del crítico literario emerge para asumir la mirada múltiple, la mirada investigadora, desentrañadora, que se acerca al texto literario para descubrir una de sus posibles caras, para comprender cómo logra ser un texto artístico o estético, para revelar lo que late en él de forma oculta; a veces, incluso, engañosa.

El crítico literario es lector en primera instancia y, en segunda, comunicador, pues explica, comparte, lo que encuentra. Su papel siempre está en función de transparentar ante el lector lo que a primera vista no se

logra o se resiste (en una suerte de lucha), a mostrarse explícito u obvio.

Acercamientos críticos a la literatura mexicana, el libro que nos convoca esta noche, es una mirada múltiple, no sólo porque cuenta con ensayos de diversos autores (de Gloria Vergara, que además ha sido la coordinadora general del proyecto, de Lilia García Peña, Víctor Gil Castañeda, Gabriel Govea, Rogelio Guedea, Hilda Rocío Leal, Krishna Naranjo, Carlos Ramírez y de Ada Aurora Sánchez), sino también porque cada una de las aportaciones intenta recorrer el texto literario en diversas direcciones y niveles con la intención de aprehender la *chispa* que anima un texto artístico.

En este libro, en que confluyen las aportaciones de profesores investigadores de los Cuerpos Académicos 49 y 67 de la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima, un profesor-investigador invitado (antaño también miembro de la misma facultad) y dos egresados distinguidos de la propia Facultad de Letras..., es posible encontrar reflexiones —en el marco de diferentes perspectivas teóricas— sobre poesía, novela, relato, cuento y teatro mexicanos. Un recuento breve, como se espera en estas circunstancias, nos permite reconocer el siguiente panorama: Rogelio Guedea y Gloria Vergara nos ofrecen, respectivamente, los trabajos “Arte combinatorio. Ironía y narratividad en cuatro poetas mexicanos de los años cincuenta”, y “Los arquetipos del tiempo: visión y revelación en las poetas mexicanas nacidas en los años cincuenta”. De forma casual, pero complementaria, Rogelio Guedea se concentra en analizar sólo a poetas varones: Héctor Carreto, Ricardo Castillo, Luis Miguel Aguilar y José de Je-

sús Sampedro; mientras que Gloria Vergara sólo analiza —en esta ocasión— la obra poética de mujeres: Coral Bracho, Myriam Moscona y Blanca Luz Pulido. Así, tenemos que a partir de estos dos ensayos que inauguran el libro que comentamos, el lector/a tiene oportunidad de revisar cómo un grupo destacado de poetisas (hombres y mujeres) han trazado —ya desde el humor, la ironía, la fusión de géneros o la creación de universos íntimos y simbólicos— vetas importantísimas de la lírica mexicana de la segunda mitad del siglo XX.

“La representación cosmogónica en *Siete sueños*, de Feliciano Sánchez Chan”, de Krishna Naranjo, y “El poema mítico contemporáneo: *Teotihuacan*, de Homero Aridjis”, un ensayo de Gabriel Govea, comparten —en cierta medida— el interés por analizar la fuerza mítica, sagrada, simbólica e histórica que alienta la creación poética; en un caso de un poeta maya —desafortunadamente poco conocido: Sánchez Chan—, y en otro, la de un poeta michoacano, famoso y laureado, como es Homero Aridjis. Las pulsaciones de un tiempo ancestral y primigenio son identificadas en los dos últimos ensayos citados.

En este recorrido por voces clave de la poesía mexicana de los cincuenta, resulta imprescindible mirar un poco atrás en la historia y reconocer dos personajes que pone al descubierto Carlos Ramírez en su ensayo “Balbino Dávalos y Amado Nervo. Correspondencias: la ofrenda y el sacrificio”. Estos dos poetas modernistas, el primero colimense y el segundo nayarita, tienen en sus respectivas trayectorias, como lo comprueba Carlos Ramírez, varias coincidencias biográficas y estéticas. Su revisión resulta trascendental en la medida en

que son parte de la raíz y la savia de la poesía mexicana de la segunda mitad del siglo XIX.

En “De invisibles fronteras. Realidad y ficción en *El último lector*, de David Toscana”, una servidora se concentra en analizar los recursos metafictivos de una de las novelas mexicanas más premiadas en los últimos años y en la cual es posible percibir un homenaje a la lectura como acto revelador de verdades íntimas y humanas.

Hilda Rocío Leal Viera propone en el ensayo “Espacio social en *Ya casi no tengo rostro*, de Héctor Manjarrez” un acercamiento a los espacios y figuras que, en el libro de relatos de Manjarrez, denuncian manías o hábitos sociales criticables. Estos espacios aparecen bajo el signo de lo cosmopolita.

En “La potencia de lo pequeño: los niños en los cuentos de Juan de la Cabada”, Lilia Leticia García Peña nos acerca al sugerente mundo ficcional del destacado escritor campechano y nos descubre cómo toma cuerpo el mitologema del “niño eterno” en un conjunto de siete cuentos. La autora nos revela que los niños, en Juan de la Cabada, simbolizan una etapa de transición o renacer: es decir, ese punto crítico y mítico que se halla desde siempre ligado a la vida sobre la faz de la tierra.

El último de los trabajos que conforman *Acercamientos críticos...* es “*Campirana*, una obra dramática de Vera Vázquez”, que nos brinda Víctor Ramiro Gil Castañeda. Este ensayo constituye una aportación al rescate de la literatura colimense y se aboca a analizar cuáles son las características de la composición teatral de quien fuera una las mujeres más polifacéticas de Colima. El trabajo de Víctor Gil nos proporciona aproxi-

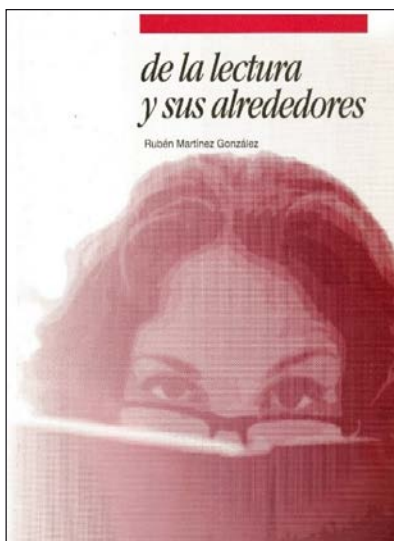
maciones a diversos ejes temáticos en Vera Vázquez y, por extensión, al contexto histórico y generacional de la dramaturga.

Finalmente, además de agradecer a Gloria Vergara el prólogo y la edición de este libro, su entusiasmo y su capacidad de gestión, quiero decir —a guisa de animación a la lectura—, que *Acercamientos críticos...*, puede resultar muy útil para estudiantes, profesores y público en general que deseen internarse en la literatura mexicana con más herramientas y soporte. Les invito a ser cómplices de esta mirada múltiple, gozosa, de quienes se empeñan en compartir el deslumbre de la literatura.

Referencia

Vergara, G. (Coord.) (2007). *Acercamientos críticos a la literatura mexicana*. México: Editorial Praxis, Universidad de Colima.

Para leerse de pie:
*De la lectura y sus alrededores*¹⁹



José Vasconcelos decía que hay libros que se leen de pie y otros sentados. Los primeros son aquellos que nos hacen levantarnos: nos provocan el deseo incontenible de echar a andar, porque su espíritu nos ha tocado de tal manera que sentimos dentro un revolotear de

¹⁹ Texto leído en la presentación del libro *De la lectura y sus alrededores*, de Rubén Martínez González, el 29 de abril de 2008, en el Aula Magna de la Secretaría de Educación, en la ciudad de Colima. En los comentarios participaron, también, el profesor Mario Cárdenas Delgado y el autor del libro. *De la lectura y sus alrededores* se presentó, asimismo, el 6 de junio de 2008 en la Casa de la Cultura de Tecomán, Colima. En la segunda ocasión participaron como comentaristas Noé Ortega, director de Cultura del H. Ayuntamiento de Tecomán, el autor, y quien esto escribe.

ideas y el impulso juvenil de cambiar algo o, por lo menos, de encaminarnos en una dirección sugerida. Los libros que se leen de pie son libros que se saludan con una reverencia y a los cuales se responde con todo el cuerpo, pues nos empujan a hacer o, en el mejor de los casos, a ser otros.

Los libros que se leen sentados y en los que se aglutinan probablemente la mayoría de los libros, son aquellos que no nos invitan a nada, salvo a la comodidad de una silla. Son textos cuya contribución hubiese sido mayor si hubiesen evitado la tala de cientos de árboles de los que se obtuvo el papel en que fueron escritos. Este tipo de libros tienen, en realidad, una función accesorio o decorativa: sirven para hacer lucir los espacios o los lectores que presumen su compra. No son los libros que te hacen pensar, sentir, caminar, volar, decidir...

De la lectura y sus alrededores (2008), un trabajo publicado por el maestro Rubén Martínez González con apoyo de la Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de Colima, es un libro que se lee de pie. Las razones para afirmar esto son muchas. Sin embargo, me gustaría concentrarme únicamente en tres que, a mi juicio, son imprescindibles de señalar: la actualidad y la pertinencia del tema abordado, la calidad de la escritura, y la trascendencia de la publicación que se presenta. Detallemos.

Actualidad y pertinencia del tema abordado

Los ochenta y cinco artículos breves, con prólogo de René González, que conforman *De la lectura y sus alrededores*, aparecieron publicados con anterioridad en el

periódico *Ecos de la Costa*, específicamente entre el año 2000 y el 2006. Su selección y recopilación —de una cuenta más amplia de colaboraciones periodísticas— es oportuna, no sólo porque el tema de la lectura es hoy en día una preocupación en diferentes niveles educativos y culturales del mundo entero, sino también porque —al presentarse en el formato de un libro— los artículos llegan a otro público y, en consecuencia, su resonancia es mayor.

Si, como lo han demostrado numerosas investigaciones, la lectura constituye la piedra angular en la que se finca el correcto desarrollo académico del estudiante, como, a la vez, su competencia comunicativa, entendida ésta como un conjunto de comportamientos estratégicos que le permiten decidir cuándo y qué recursos comunicativos emplear en diversas circunstancias y contextos, entonces tenemos que el leer es, en definitiva, una habilidad lingüística fundamental que no perderá nunca actualidad ni pertinencia. En este sentido, los libros que, como el del maestro Rubén Martínez, sirven para ampliar la discusión (y hasta la teoría) en torno a la lectura, son bien recibidos, en especial cuando, como en nuestro estado, hacen falta más publicaciones analíticas y orientadoras con relación al rubro que nos ocupa.

Las temáticas que aborda el maestro Rubén son variadas, aunque podríamos agruparlas en tópicos generales, tales como: tipos y estrategias de lectura; características del lector crítico; problemas del lector deficiente; la lectura y su relación con otras habilidades lingüísticas; el beneficio individual y social de la lectura; la lectura literaria y la lectura como viaje.

Casi todos los artículos hacen referencia —ya a manera de cita, comentario o síntesis— a por lo menos uno o dos libros en que es posible encontrar información clave sobre el tema central que se trabaja. Desde esta perspectiva, tenemos ante nosotros nuevas puertas que se abren para seguir profundizando en el asunto de la lectura; esas puertas nos llevan a recorrer parte de la bibliografía especializada que se ha producido recientemente (y aquí subrayo el adverbio para acentuar el mérito) en las áreas de la lingüística aplicada, la lingüística del texto o el fomento a la lectura. A nuestro encuentro vienen nombres fundamentales como Daniel Casany, Carlos Lomas, Ana Camps, Teresa Colomer, Isabel Solé, Dorothy Cohen, José Quintanal, Frank Smith, Anita Woolfolk, Michèl Petit, Daniel Penac, Felipe Garrido, Juan Domingo Argüelles y un largo etcétera. No obstante, en medio de la referencia erudita —aunque siempre ilustrativa— aparece el pensamiento del propio Rubén Martínez, que nos revela que “la lectura está asociada a dos acciones fundamentales: aprender y ser” (p. 104), como, por otro lado: “el libro es un arma cargada de futuro; quien se sumerge en él, no será el mismo antes y después de haberlo leído” (p. 108).

Cualidades de la escritura

En el libro que comentamos es perceptible una profunda cultura asimilada acerca del tema de la lectura como referente teórico, de investigación; pero, a su vez, como referente práctico, vivencial, ya que el autor encarna en sí mismo la figura del lector ideal: lector del mundo, observador minucioso de la realidad; lector que evoluciona a creador (recordemos que el maestro Rubén es un

destacado narrador colimense); lector que investiga y reflexiona en torno a la lectura (tengamos presente su labor como coordinador del Programa Estatal de Lectura); lector docente, que comparte con sus numerosos alumnos estrategias de acercamiento a los textos (citemos aquí su labor en diversas instituciones de educación media y superior) y, finalmente, lector lúdico y generoso que contagia su gusto por la lectura en talleres teatrales o en las pláticas con amigos.

En *De la lectura y sus alrededores* encontramos lo que todo manual de estilo recomienda: claridad, precisión y concisión. Súmese a ello, la capacidad del texto para llamar la atención del lector y, literalmente, pescarlo vivo entre sus redes. Pero, ¿cómo logra esto último el autor? En principio, recurre con frecuencia al planteamiento de situaciones cotidianas que se ponen de manifiesto en la escuela, la calle, la familia; de allí, pasa a reflexionar sobre las problemáticas adyacentes a la lectura. De esta forma, a partir de una realidad tangible, próxima al lector, transita a la exposición de un concepto, una estrategia, una vivencia o una sugerencia para acercarnos al galano arte de la lectura. En el fondo de todo, salta a la vista la preocupación y el interés del autor por motivarnos a pensar acerca de las distintas iridiscencias que la lectura, como un prisma a trasluz, deja entrever en una dirección y otra.

Trascendencia de la publicación que se presenta

¿A quién, en particular, puede servirle un libro como el que hoy presentamos? Sin duda, a un público más amplio del que en primera instancia puede suponerse. En sus páginas, hallarán orientaciones valiosas profesores de

diversos niveles educativos que, preocupados por el hecho de que sus alumnos no comprenden lo que leen, necesitan promover en su salón de clases nuevas estrategias didácticas o, en su defecto, un nuevo enfoque en la enseñanza de la lengua materna; investigadores y testistas que requieran recomendaciones bibliográficas para asomarse al terreno de la lectoescritura; bibliotecarios que deseen conocer qué libros especializados pueden recomendar a los usuarios; funcionarios y asesores educativos que busquen tener a la mano un marco teórico sobre la lectura para tomar decisiones y, en fin, el lector promedio que esté dispuesto a escuchar la voz de un lector experto.

La trascendencia del libro del maestro Rubén Martínez es singular cuando consideramos los méritos ya citados, y, sobre todo, cuando reconocemos su aportación práctica para lectores de muy distintos tipos. Son contadas las publicaciones en este tenor que se han producido en Colima en los últimos años, pese a que, como es conocido, la vocación magisterial es de raíz profunda en estas tierras.

Comentarios finales

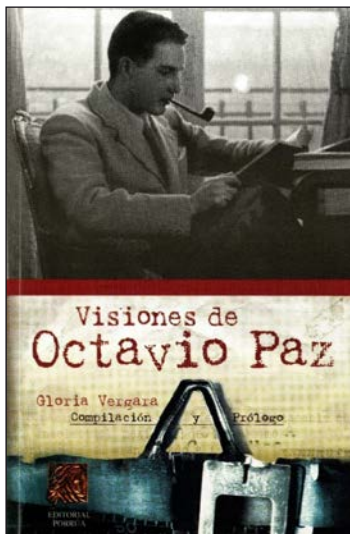
Parafraseando a Shakespeare, diríamos que la cuestión es ser o no ser lector: quedarse limitado a la experiencia brevísima que la vida nos brinda, o duplicar la existencia a través de la imaginación y la palabra recobrada; es decir, la palabra que se lee. Quedarse en el límite de la condición humana o, para retomar a Proust —citado a su vez por el maestro Rubén Martínez— lograr que cuando leamos, nos leamos a nosotros mismos con la intención de comprendernos mejor.

De la lectura y sus alrededores es, pues, un libro ágil, disfrutable, que tiene todas las ventajas posibles. Es un libro que, pese a no ser una edición de lujo, es un lujo contarle ya entre los textos de autores colimenses. Su lectura conlleva, invariablemente, una invitación a seguir el rastro de numerosas lecturas que el autor sugiere. Nuestra tarea es una: atender, como Hänsel y Gretel, los trazos en el camino y regresar a casa, a nosotros mismos, con el gusto imborrable que dejan, como éste, los libros que se leen de pie.

Referencia

Martínez González, R. (2008). *De la lectura y sus alrededores*. México: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de Colima.

Visiones de Octavio Paz, un poliedro a contraluz²⁰



*Llegas, silenciosa, secreta,
y despiertas los furores,
los goces, y esta angustia que
enciende lo que toca
y engendra en cada cosa
una avidez sombría.*

“La poesía” (fragmento)
OCTAVIO PAZ

En el marco de la literatura y el pensamiento latinoamericano contemporáneo, la figura de Octavio Paz (1914-1998) pareciera ser un planeta señorial y brillante que atrae a su órbita gravitacional lo mismo a críticos de diferentes latitudes geográficas, que a editores y lectores de los más diversos perfiles, incluyéndose aquí, claro está, a poetas y escritores en busca del deleite estético de la palabra artística: la poesía.

²⁰ Texto leído en la presentación del libro *Visiones de Octavio Paz*, coordinado por Gloria Vergara, el 13 de agosto de 2008, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. En los comentarios participaron, también, Jorge Rodríguez, egresado de letras hispanoamericanas, y la coordinadora del libro. Este mismo texto se publicó como reseña literaria en la revista *Konvergencias* 11, octubre 2009, pp. 19-21.

¿Por qué la figura de Octavio Paz se halla imantada de tal fuerza que, incluso, otros nombres de escritores importantes de su generación parecieran desaparecer ante la atracción intelectual y poética que el Premio Nobel de Literatura ejerce en la historia? Probablemente, porque Octavio Paz supo vivir y revelar (en el más amplio sentido de la palabra) la *llama doble* del ejercicio escritural, es decir, la creación ensayística que, en su caso, abrevó tempranamente en los problemas de la modernidad, la identidad del mexicano o la creación literaria, por ejemplo; y por otro, la creación poética en su honda exploración metafísica.

Si consideramos que estas dos vertientes principales del trabajo paciano se combinaron con sus facetas de editor, periodista, traductor, conferencista y diplomático, debemos admitir que el escritor mexicano fue un poliedro cuyas caras y aristas, en sus reflejos y complejidades, apenas comienzan a desentrañarse. Por ello, se agradecen los libros como *Visiones de Octavio Paz*, compilación y prólogo de Gloria Vergara, pues nos permiten mirar a contraluz la figura y las aportaciones variadas de uno de los autores mexicanos más representativos de todos los tiempos. De hecho, el libro que comentamos es, también, una suerte de poliedro que, a través de las distintas voces y escrituras de los autores compilados, expone el escrutinio personal que investigadores de distintas latitudes hacen en torno al quehacer de ese polémico personaje que fue Octavio Paz.

En *Visiones...* encontramos el ensayo “El lunar del sol. La otredad de la historia”, del investigador de la Universidad Pedagógica Nacional (México), Xavier Ro-

dríguez Ledesma. Para éste, Octavio Paz fue de los primeros pensadores latinoamericanos en manejar y proponer el concepto de otredad como pieza fundadora de todo un trabajo intelectual y creativo. En palabras de Rodríguez Ledesma:

Desde la poesía —y por la poesía— Paz empezó a visualizar otros sentidos, otras formas explicativas de la realidad toda. Por ser poeta Paz fue capaz de ver y reconocer la existencia de la otredad, elemento fundamental en la reflexión sobre la modernidad, pero este sentido poético habría de completarse con un segundo elemento constitutivo de su profunda reflexión sobre la otredad: el ser mexicano (p. 12).

La experiencia poética, sugiere Ledesma, en Octavio Paz se convierte en una exploración del otro y lo Otro, en tanto siempre se está en diálogo expansivo, en una sed y hambre por llegar a conocer eso que es diferente a uno, pero al mismo tiempo forma parte de uno: el otro.

María Ivonete Santos Silva, de la Universidad de Uberlandia, Brasil, expone en “La poética de convergencia de Octavio Paz”, su interpretación de las ideas que, en torno a la modernidad, Paz desarrolla principalmente en *El arco y la lira*, *Signos de rotación* y *La otra voz. Poesía y fin de siglo*. Conceptos como novedad, tradición e innovación salen a flote para comprender que la modernidad no es un mero cambio en sentido cronológico y lineal, sino una ruptura expresiva que intenta dar forma de manera inigualable a las preocupaciones y las aspiraciones de su tiempo, como lo apunta la investigadora brasileña. No hay una sola modernidad, aunque

sus recursos para describir coincidan: la analogía y la ironía. “La modernidad de ahora alude a un tiempo de convergencia, que no se limita a un tiempo de circunstancialidad del mundo objetivo y, por eso mismo busca, en la reconciliación de los tiempos, la solución para todos sus *impasses* y paradojas” (p. 49).

En el trabajo “Escritura, poesía e historia en la obra de Octavio Paz”, Patricia Villegas, de la Universidad Iberoamericana (México), explora la relación crucial que se establece en el mundo paciano entre la escritura, como signo que se hace memoria; la poesía, que revela la condición del que escribe; y la historia, como espacio temporal e identitario en que se circunscribe todo acto de escritura. Villegas explica que “la historia contada por Paz, no importa el género elegido, puede significar el mundo profundamente, pues es la evidencia de un mundo al que ha pertenecido él mismo”. Paz, puede señalarse, da testimonio de su propia historia como ser en el mundo, pero también de una macrohistoria que es la del ser humano en el tiempo, ese gran tiempo inconmensurable y ancestral.

Enrique Eguiarte Bendímez, de la Universidad Antonio Nebrija de España, analiza en “Octavio Paz y la poesía japonesa” cuáles son las aportaciones del escritor mexicano como traductor y promotor del haiku japonés, especialmente del trabajo de Matsuo Bashoo (1643-1694). Con base en el libro *Las peras del olmo*, Eguiarte expone el acercamiento de Paz a la poesía oriental y cómo llegó éste a concebir la poesía misma como un instante de asombro o, en voz del poeta, como un instante “ungido con una luz especial”. Eguiarte explica que “dentro del haikú no tiene lugar ni la des-

cripción exhaustiva ni la explicación, ya que ambas no son compatibles con el fenómeno del *satori*, la iluminación, en la que no caben las palabras, por lo que la experiencia del haikú se restringe a nombrar únicamente pero no a explicar, los elementos que la provocaron” (p. 89).

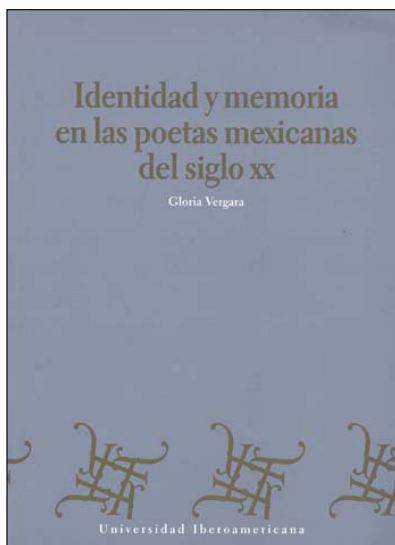
Gloria Vergara, de la Universidad de Colima (México), además de ofrecernos el trabajo compilatorio y el prólogo de *Visiones...*, nos proporciona el ensayo “El espacio del instante. Poesía y arquitectura en la obra poética de Octavio Paz”. En este trabajo la autora recurre a dos teóricos fundamentales de su quehacer ensayístico (Roman Ingarden y Gastón Bachelard) para mostrar de qué manera la poesía de Paz guarda una relación con el sentido del espacio y erige su propia arquitectura. Gloria Vergara refiere que “la palabra se convierte en el puente del espacio interno al externo, del ser del hombre al ser del mundo. Transforma la oscuridad interior, el dolor, en algo luminoso que, luego de herir, brota como fruto del cuerpo” (p. 112).

Un libro como *Visiones de Octavio Paz*, señalaba al principio de estas líneas, es un poliedro, un cuerpo geométrico de muchas caras, voces y visiones de otro cuerpo poliédrico: Octavio Paz. Representa, a su vez, una aportación valiosa a la crítica paciana en tanto ilumina diferentes aristas del escritor mexicano, como, por otro lado, suscita el entusiasmo y la comprensión de una buena parte de su obra ensayística y poética, fundamental, ya, en la cultura universal.

Referencia

Vergara, G. (Comp. y pról.). (2008). *Visiones de Octavio Paz*. México: Porrúa.

El dedo en la llaga, el ojo en la nube:
*Identidad y memoria en las poetas
mexicanas del siglo XX*, de Gloria Vergara²¹



El/la poeta es un ser de contemplaciones. Su mirada se extiende hacia fuera y hacia adentro. En ese vaivén dialéctico descubre, revela. Pero, ¿qué se *toca* cuando se mira? ¿Qué de lo que se atisba, en un momento de epifanía, logra trascender a la página? Quizá sólo son iridiscencias, fragmentos de una realidad que nos supera. De la mirada a la hoja se cae, cernido, *lo mirado*. El/la poeta

²¹Texto leído en la presentación del libro *Identidad y memoria en las poetas mexicanas del siglo XX*, de Gloria Vergara, el 20 de agosto de 2008, en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México. Participaron en los comentarios, también, la poeta Dolores Castro, la investigadora Gloria Prado y la autora del libro. Este mismo texto se publicó como reseña literaria en la revista *Géneros* 16 (5), marzo-agosto 2009, pp. 161-162.

tiende sus redes hacia lo que invisible nos circula, y hacia a aquello que grita, silencioso, su presencia en el universo.

Si es difícil no sucumbir ante las trampas del lenguaje y atrapar —en sucesivas filtraciones— el sentir y lo mirado (lo descubierto), no lo es menos apreciar, valorar, el discurso poético; es decir, hacer crítica literaria en torno a la poesía. En este sentido, el libro *Identidad y memoria en las poetisas mexicanas del siglo XX*, de la doctora Gloria Vergara, es una fina metalectura del mundo, de ese desdoblar perceptivo, espiritual, que hace el que escribe poesía.

¿De qué forma hay que mirar a ese mirón oficioso, impertinente e impenitente, que es el/la poeta? Gloria Vergara nos propone un acercamiento hermenéutico, uno que recorre y devela las sucesivas pieles del lenguaje poético, y para ello recurre, en su libro de ensayos, a la plataforma teórica de Roman Ingarden acerca del mundo representado en la obra de arte literaria.

A través de once ensayos que revisan, en igual número de poetisas, cómo se van conformando los rasgos identitarios a partir del discurso poético, la autora nos ofrece una aproximación dialógica a una serie de figuras centrales en las letras mexicanas del siglo XX: Concha Urquiza, Dolores Castro, Rosario Castellanos, Enriqueta Ochoa, Ulalume González de León, Gloria Gervitz, Elva Macías, Elsa Cross, Verónica Volkow, Pura López Colomé y María Baranda.

Como lo aclara la propia Gloria Vergara, su selección no contempla a todas las poetisas destacadas del siglo XX, pues éste no era el objetivo de su trabajo, sino recurrir —en un primer momento— a una parte del

todo. Por fortuna, la selección ilustra con especial tino de qué manera el discurso poético de las mujeres analizadas —en representación de otras— ha oscilado, en una suerte de péndulo (para emplear una metáfora que Gloria Vergara propone), entre la defensa de un oficio, una visión de mundo y el descubrimiento de sí y del otro (y lo Otro).

Las mujeres revisadas tienen, como características comunes —además de un destacado y consumado oficio—, la irreverencia natural como signo de época: ponen el dedo en la llaga y el ojo en la nube. Van señalando aspectos inciertos, dolorosos, de la condición humana, mientras miran alto en pos de lo divino o, simplemente, en la búsqueda de la comprensión simbólica del lenguaje, que, en último término, es también una forma de la comprensión del ser.

Se trata de mujeres nacidas entre 1910 y 1962, mujeres “desdobladas”, poetisas que son siempre otras: ensayistas, traductoras, profesoras, talleristas... Casi todas mujeres vivas, con excepción de Concha Urquiza y Rosario Castellanos, que ondean como banderas en el territorio nacional de la poesía. Mujeres mexicanas de nacimiento, o por adopción como en el caso de Ulalume González de León; mujeres capitalinas y de provincia, para demostrar que el huerto ha florecido de un lado y otro.

Los temas abordados, en un campo semántico cercano a la identidad y la memoria, pasan —tal y como nos advierte la autora— por “la pasión, el deseo, la soledad, el rechazo social, los roles predeterminados, el reclamo y el enfrentamiento amoroso, la recuperación y exploración del cuerpo, la autocontemplación, la con-

ciencia de la finitud, la integración a la naturaleza, la búsqueda de los ancestros, la vuelta a lo primitivo y lo sagrado...” (p. 14).

A partir de un riguroso análisis y un lenguaje poético que delata el segundo oficio que anima a la autora (ella misma es poeta), *Identidad y memoria...* acorta feliz y lúcidamente ese largo camino que falta para consolidar una ruta crítica que dé cuenta de todo el movimiento pendular de la escritura de mujeres. La aportación de este libro —debe señalarse— no es sólo valiosa, sino también imprescindible.

Referencia

Vergara, G. (2007). *Identidad y memoria en las poetas mexicanas del siglo XX*. México: Universidad Iberoamericana.

*De café, en una noche que hierve*²²



Sentada a la mesa, he compartido con mi padre muchas cosas: los sagrados alimentos, una conversación cotidiana, reportes del tiempo, noticias literarias (y hasta una que otra de política), pero nunca, en la misma mesa y como ahora, la presentación de un libro. Porque ustedes no están para saberlo (ni yo para contarlo), pero uno de los integrantes del colectivo *De café*, que celebra hoy la edición de su primer libro, es mi padre, y se halla sentado a mi derecha.

²² Texto leído en la presentación del libro *De café*, de autoría colectiva, el 15 de octubre de 2008, en el Patio Central de Palacio de Gobierno de la ciudad de Colima, en el marco del X Festival Alfonso Michel. En los comentarios participaron la periodista y escritora Verónica Valenzuela y el escritor-compilador Heberth Sánchez.

Como es de suponerse, por muchas razones, la noche amenaza con convertirse en un gancho a la memoria. Años después, estoy segura, la recordaré como un café que hierve. Como un café que al calor del fuego de la palabra alcanzó su punto de ebullición y su música interna: la del borboteo del agua y su danza. Sinestésica la noche, convoca a todos los sentidos y a todos aquellos que reconocemos el hechizo del café como motivo artístico y literario.

¿Podrá escapar al recuerdo un momento como éste? ¿A dónde irán a parar los sonidos de René Hernández, las palabras jubilosas de los autores, la imagen reluciente de un nuevo libro que nos llama, y los olores del café que ya trazan caminos en el aire?

Agradezco a los autores de *De café*, Verónica Valenzuela, Flavia Vergara, Arcelia Pérez, Laura Ramírez, Nélica López, Leticia Silva, Alma Rosa Fernández, Alberto Llanes, Martha L. Gutiérrez, Aurora Rojo, Evelia Montaña y Heberth Sánchez (compilador de textos y materiales bibiohemerográficos), la invitación a escribir el prólogo del libro y a compartir con ellos la presentación pública de su trabajo: un libro lúdico, animado por el gusto de la creación y la necesidad de compartir con otros información, testimonios, relatos, poesía, refranes, anécdotas e, incluso, un glosario en torno al café.

Como puede observarse, el libro responde al mismo nombre del colectivo que le dio vida, un colectivo que tarde a tarde hizo de la palabra un ritual, y del café, una sugerente compañía.

En el prólogo digo que es imposible pensar en una taza de café, en el olor profundo y antiquísimo que des-

pide, sin pensar en el tiempo. Quizá por eso, continuo, el olor del café siempre despierta nostalgias, una que otra soledad o, simplemente, la imperiosa necesidad de sentirse acompañado.

Editado por Danisco y la Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima, *De café* pide también —como todo libro— compañía. Y seguramente la tendrá de los más diversos lectores, pues los géneros que aborda son distintos, así como los estilos. La variedad de textos hace atractivo el libro para historiadores, periodistas, profesores, escritores, artistas o lectores en general que gustan de la escritura amena.

Cabe señalar que los textos compilados en *De café* fueron escritos por los integrantes del colectivo, aunque el libro también recoge fragmentos o trabajos completos de otros colaboradores. En este sentido, se muestran aquí aportaciones de Lucila Gutiérrez Santana y Guillermo García Oropeza, o de escritores ya fallecidos como Juan Macedo López y Gregorio Torres Quintero. Quien entre a *De café* reconocerá a su vez las aportaciones de viajeros y cronistas del siglo XIX que en su paso por Colima descubrieron que en estas tierras se producía un café de notoria calidad.

Al atractivo de un mosaico de textos que recuperan la imagen del café como producto regional, como bebida, como elemento artístico, como símbolo mítico de fuerza e inspiración, y hasta como espacio de tertulia, se suma la fina colaboración de Cecilia Vergara en la ilustración de portada e interiores, y el diseño de Erika Coral Martínez y Francisco Javier Hauss Vergara. Es claro que *De café* es un conjunto de voces y talentos que se entrelazan animados por un mismo tema.

El que desee conocer el remoto origen del café en el mundo, o más cercanamente en el Colima que tanto queremos, tendrá que tomarse una taza de *De café*. Del mismo modo, el que ignore los alcances de la bebida energizante, sus mitos e iconoclasia. El que quiera conocer testimonios y recuerdos de gente que ha vivido entre cafetales, que vaya a *De café*. Y si lo que necesita es, más que información, una buena historia, contada con humor o con nostalgia, o los arabescos de unas líneas poéticas, la ruta de cualquier manera apunta hacia *De café*.

Podríamos decir que, en cierta forma, los integrantes del colectivo han declarado su *poética del café*, como hizo, en torno a la época de la modernidad, Antoni Martí Monterde en un libro que tituló, precisamente, *Poética del café*. Pienso que, aunque no haya sido su objetivo principal, el libro *De café* contribuye a promover y socializar de una forma artística el café colimense como un producto regional de calidad y como un elemento de confluencia en la memoria colectiva.

Si los enamorados del café, los que van por la vida con una taza de café en la mano, se han puesto a escribir un libro-homenaje, quizá las cafeterías de esta ciudad, interesadas en la promoción de la cultura y la literatura, podrían convocar a un concurso literario como el que organiza el *Café Oriente* de Madrid, España, y que ya es célebre hoy en día por sus alcances internacionales. Con el concurso habría más pretextos para escribir y conversar en las cafeterías; en fin, para considerar al café —más que un producto natural— un producto cultural. Y es que beber café, incluso sin excesos, es como beber un sorbo de sí mismo, como aspirar el con-

centrado olor del tiempo; como escribir o leer, como ir al encuentro de ese otro que descubrimos cuando nos vemos exteriorizados en la memoria o en la palabra que se asienta sobre una hoja.

Va, entonces, *De café* como invitación a un viaje por verdes cafetales, por historias de niñas que cortaron café, por testimonios de cafetaleros que desean rescatar su producto, por las crónicas de famosas cafeterías, por la poesía y su inconfundible aroma. Correspondamos a la invitación y disfrutemos *De café* en esta noche que hierve y poco a poco entra a la memoria...

Referencia

Sánchez, H. (Comp.) (2008). *De café*. Colima: Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, Danisco.

Volver sobre nuestros pasos: *Cartucho*, hacia la reconfiguración de la realidad²³



Rilke, el poeta, nos dejó una estupenda definición de la nostalgia: “vivir en el oleaje/ y no tener patria en el tiempo”. Me pregunto si esa nostalgia —mitad zozobra, mitad anhelo de algo que se nos escapa— es lo que lleva a los escritores a escribir del pasado y, en

²³ Texto leído en la presentación del libro *Cartucho, hacia la reconfiguración de la realidad*, de Marina Saravia, el 3 de septiembre de 2010, en el Museo Regional de Historia de la ciudad de Colima. En esa ocasión se contó con los comentarios del editor y promotor cultural Genaro Zen-teno, además de Marina Saravia, la autora del libro y Ada Aurora Sánchez. La segunda ocasión en que se presentó *Cartucho* fue en el Centro Cultural Mexiac de la ciudad de Colima, el 10 de noviembre de 2010, y se contó con los comentarios del poeta Víctor Manuel Cárdenas, la autora y de quien esto escribe.

particular, de la infancia. ¿Será que escribir es una manera de congelar el tiempo y vivir la ilusión de ganarle una batalla a la muerte? ¿Será también que el crítico literario que da preferencia al estudio de obras del pasado distante, por encima de aquellas que le son contemporáneas, se alimenta, de alguna forma, de una secreta nostalgia? ¿Qué buscamos al releer el pasado? ¿Vamos al encuentro de lo “extraño”, lejano, pero que al mismo tiempo es propio y actual como pensaba Gadamer? ¿Son nuestros recuerdos los remos en el oleaje?

Éstas y otras preguntas me sugieren el libro que hoy tengo el gusto de presentar: *Cartucho, hacia la reconfiguración de la realidad* (Universidad de Colima, 2010), de la investigadora y promotora cultural Marina Saravia.

Con su trabajo, Saravia ofrece al lector un análisis literario del libro *Cartucho*, de Nellie Campobello, considerada la primera narradora moderna del siglo XX en nuestro país.

En *Cartucho*, Nellie Campobello narra, desde la condición autobiográfica y la mirada de una niña, los años aciagos, inestables y violentos que le tocaron vivir en los estados de Durango y Chihuahua durante los últimos años de la Revolución Mexicana. Campobello hace resaltar en su narrativa la figura de Francisco Villa a partir de un aura mítica y apologética que, por supuesto, le favoreció al Centauro del Norte, pero no a ella, quien resintió algunas dificultades políticas, cuando, en 1931, publicó la que sería su primera obra. Como en *Las manos de mamá*, en *Cartucho* también hay un homenaje a la figura materna, real, que en medio de la guerra y la soledad afectiva supo sacar adelante una fa-

milia. Esta combinación de rudeza y ternura, de épica nacional y épica intimista, es parte de los atractivos de una obra que, por su estructura fragmentaria, atípica en el marco de su época, resulta a veces inclasificable.

Marina Saravia confiesa que los aspectos principales que le cautivaron de *Cartucho* se relacionan con el lenguaje, la oralidad, las resonancias de un habla típicamente nortea, el ritmo telegráfico de la escritura, la sencillez y la contundencia del estilo.

Escrito originalmente como trabajo de titulación, el libro que comentamos, además de distinguirse por haber obtenido, en el 2009, el premio de publicación a la mejor tesis de posgrado de la Universidad de Colima, área de ciencias sociales y humanidades, categoría maestría, tiene el mérito de ofrecer no sólo datos sino también intuiciones y revelaciones. Defiende, a propósito de las innovaciones de Campobello, que pese a que *Cartucho* nunca fue concebida como novela por su autora, el resultado sí puede considerarse como tal, pues “los hilos temáticos, la voz narrativa y la perspectiva de la historia que página tras página mantiene la autora, constituyen un todo compacto y unitario cuyo resultado es un tipo especial de novela en la que cada relato tiene vida y autonomía propias” (pp. 17-18). En este caso, tendríamos que aceptar que toda obra termina por escaparse de las manos de su autor y depende, en mucho, del lector que la aprecia y la clasifica. De ahí que pese a que la misma Campobello haya subtitulado su primer trabajo narrativo como *Relatos de la lucha en el norte de México*, bien pudiera existir más de una lectura con respecto al género al que pertenece. Marina Saravia opta por clasificarlo como novela fragmentaria.

Constituido de tres capítulos, y con el *plus* de un prólogo escrito por el maestro Genaro Zenteno e incluir un disco compacto con la versión digital del material impreso, el libro comienza por exponer el contexto de *Cartucho* con relación a la llamada novela de la Revolución, para, después, en el segundo capítulo, exponer una aproximación a las características estructurales y estilísticas de *Cartucho* y sus vínculos con la narrativa fragmentaria y el microrrelato.

En el tercer capítulo y con base en la teoría de Paul Ricoeur, Marina Saravia desentraña los vínculos entre historia y ficción en la novela *Cartucho*. En este capítulo analiza las maneras en que Nellie Campobello describe, con especial finura, los detalles ocultos de los héroes anónimos de la Revolución (mujeres, niños, soldados...) y las imágenes, los olores, de un tiempo que se hizo histórico a fuerza de ideales, batallas y fusilamientos. Desde el ángulo escogido, el de la memoria infantil, la narradora se detiene en lo “pequeño”, en lo insignificante: se acerca a los intereses de la llamada microhistoria, y, desde esa visión de mundo, da cuerpo a una propuesta estilística fincada en la brevedad y la fragmentación.

En palabras de Marina Saravia, “Los relatos de *Cartucho* constituyen un universo autónomo, cerrado sobre sí mismo, que obedece a su propia lógica, manifiesta [...] en el tratamiento que da al tiempo, al espacio, a la perspectiva con que mira la historia, a las voces narrativas, a la forma de resignificar la muerte que, muchas veces, oscila entre lo fantástico y lo mágico o que, por el contrario, narra con tal naturalidad que parece irreal” (p. 107).

De acuerdo con el tipo de crítica literaria que desarrolla Saravia, su libro se concentra en el análisis del texto literario, y sólo toca tangencialmente elementos biográficos de la autora y de las apelaciones que hace la novela al lector. En este sentido, quedan fuera discusiones en torno a la necesidad de Nellie Francisca Ernestina Luna por emplear un seudónimo (Nellie Campobello), referencias al binomio literatura-danza en la vida de la escritora o discusiones sobre su polémica fecha de nacimiento: 1900, 1909 o 1913. Estas minucias pertenecen a otro tipo de trabajos, aunque el establecimiento de una postura frente a la fecha de nacimiento de la escritora, dicho sea de paso, sí influye en la valoración del grado de involucramiento directo de la narradora en los acontecimientos históricos a los que alude.

Norteñas las dos, Nellie y Marina alzan vuelo en un punto en común: la transparencia. En ambas autoras la sencillez, la claridad, son dos virtudes que los lectores celebramos. Si la intención de Marina ha sido la de despertar el interés por *Cartucho* y, en general, por la obra literaria de Campobello, que incluye poesía y ensayo, debe sentirse segura de que logra su cometido: uno experimenta la necesidad de leer o releer —según sea el caso— a Campobello, en parte por la promesa de un disfrute seguro, como por el estímulo intelectual, a manera de ruta crítica, que ha trazado una de sus estudiosas.

Más allá de las modas revisionistas que el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución Mexicana imponen en torno a las figuras que de una forma u otra se vincularon con estos movimientos históricos, la figura de Nellie Campobello, como señala Marina Saravia, merece una revaloración no sólo por-

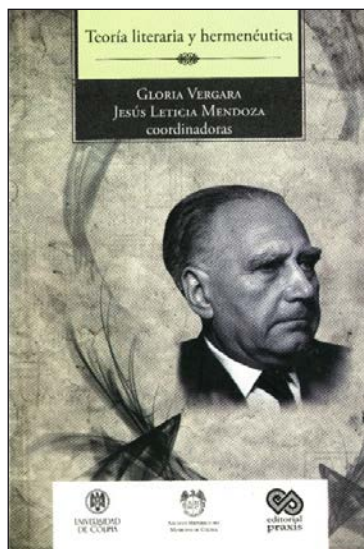
que su literatura nos permite recuperar —desde un ángulo inusitado— una visión de los últimos años de la Revolución en el norte de México, sino también y sobre todo, porque su literatura es una aportación artística de valiosa factura.

Cuando todavía no había computadoras, Alfonso Reyes dijo que los libros debían escribirse con un lápiz de doble punta: la del grafito y la del borrador. Con esto quería destacar que borrar, corregir, a su modo también es otra forma de escritura. Yo agregaría que los buenos libros deben escribirse, además, con la punta del corazón, incluso cuando se trate de textos académicos y metodológicos. Nellie Campobello y Marina Saravia, cada una en su campo, escribieron con estas tres puntas: la del grafito, la del borrador y la del corazón, y a consecuencia de ello nos dejan la tarea ineludible de leerlas. Seamos aplicados, volvamos sobre sus (nuestros) pasos y, con suerte, comprenderemos mejor esta sensación — como dice Rilke— de vivir en el oleaje.

Referencia

Saravia, M. (2010). *Cartucho, hacia la reconfiguración de la realidad*. Colima: Universidad de Colima.

Teoría literaria y hermenéutica, un libro-homenaje²⁴



El maestro Gerald Nyenhuis, en cuyo honor la Facultad de Letras y Comunicación y el Archivo Histórico del Municipio de Colima llevaron a cabo las Jornadas Ingardenianas en marzo de 2009, dice, en el libro *Hermenéutica y literatura*, que los textos literarios —la poesía, la narrativa y el teatro, por ejemplo— pueden ayudarnos a pensar mejor nuestra realidad y a percibirla desde ángulos distintos. En pocas palabras, “nos per-

²⁴ Texto leído en la presentación del libro *Teoría literaria y hermenéutica*, coordinado por Gloria Vergara y Jesús Leticia Mendoza, el 22 de septiembre de 2010, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. Participaron como comentaristas el profesor e investigador Víctor Ramiro Gil Castañeda, las coordinadoras del libro y quien esto escribe.

miten ver objetos antiguos, demasiado familiares, bajo una luz nueva”.

Creo que las palabras del maestro Gerald, quien estuvo de visita en Colima durante su homenaje, son más que oportunas para resumir el propósito del libro que hoy presentamos (*Teoría literaria y hermenéutica*, coordinado por la doctora Gloria Vergara y la maestra Jesús Leticia Mendoza); son oportunas, porque, al igual que el libro que nos convoca, resaltan una característica especial del discurso literario: la posibilidad de mostrarnos lo familiar, lo cotidiano, pero en el marco de un nuevo entendimiento o, como dirían los formalistas rusos, en situación de “extrañamiento”: lo pequeño, nimio, intrascendente, se hace grande, visible, llamativo; es decir, la literatura nos pone en contacto con algo no dicho, aunque presente. Cuando conocemos esto, algo se mueve dentro de nosotros: no somos lo mismo antes que después de la lectura.

Teoría literaria y hermenéutica, publicado en el 2010 por la Universidad de Colima, el Archivo Histórico del Municipio de Colima y la editorial Praxis, comprueba a través de los once ensayos que lo conforman —todos en el marco de la teoría del filósofo polaco Roman Ingarden— que los textos literarios cumplen una función social, creativa, y, al mismo tiempo, que su análisis requiere de una metodología específica a fin de experimentar estéticamente todo su potencial. La teoría fenomenológica y hermenéutica de Ingarden, en este sentido, representa una propuesta interesante que todavía no se explora lo suficiente en Hispanoamérica, en especial si consideramos que sus dos obras capitales *La obra de arte literaria* y *La comprensión de la obra de arte*

literaria, fueron traducidas al español apenas en la década de los noventa, por el maestro Gerald Nyenhuis, no obstante que desde los años treinta ya habían circulado en otras latitudes. Aquí vale subrayar el esfuerzo tan meritorio de la doctora Gloria Vergara y la maestra Jesús Leticia Mendoza que convocaron a las Jornadas Ingardenianas no sólo para homenajear al traductor en español de la obra de Ingarden, sino también para que en el medio universitario y en la sociedad colimense se conociera el pensamiento del filósofo polaco. Las jornadas, como sabemos, congregaron a estudiantes y académicos diversos y dieron por resultado el libro-homenaje que hoy comentamos y en que se compilan parte de los trabajos expuestos en aquel entonces.

Teoría literaria y hermenéutica, en cierta manera, está dividido en dos partes: la que concentra ensayos referidos al resumen y análisis de la propuesta teórica de Roman Ingarden en torno a los estratos o niveles de la obra literaria y a las formas de su comprensión, el proceso de lectura y el papel del lector esteta o lector activo; y la que aplica la teoría de Ingarden al análisis de cuentos, novelas, poesía y hasta canciones rancheras. De esta forma, el libro presenta reflexiones teóricas y crítica literaria.

En el primer bloque se agrupan los siguientes trabajos: “La obra de arte literaria. Roman Ingarden y Gerald Nyenhuis”; “Roman Ingarden, precursor de la teoría de la recepción”, ambos de Jesús Leticia Mendoza; “Roman Ingarden y la teoría literaria de la primera mitad del siglo XX”, de Luis Héctor Inclán Cienfuegos; “El crítico literario como lector esteta o *espectador* de opalescencias”, de Ada Aurora Sánchez; y “Representación

y reproducción. Un enfoque ingardeniano de la obra de arte cinematográfica”, de Diana Amador.

En el segundo apartado se engloban “Diálogo de Ingarden y sus aspectos esquematizados con ‘Fin’ de Álvaro Enrígue”, de Silvia Ruiz; “El acto de leer en Roman Ingarden a la luz de algunas novelas mexicanas”, de Gabriela Santana; “*El pozo* desde la hermenéutica ingardeniana”, de Jorge Rodríguez; “Los objetos representados en *El mundo alucinante*, de Reinaldo Arenas”, de Gloria Vergara y Laura Lizeth Aguirre; “La representación cosmogónica en “*Siete sueños*, de Feliciano Sánchez Chan”, de Krishna Naranjo; y “La teoría de Roman Ingarden en la canción ranchera de José Alfredo Jiménez”, de Gerzaín Manzo Lozano.

El contenido del libro *Teoría literaria y hermenéutica* pareciera estar dirigido sólo a los especialistas en el campo de la literatura; sin embargo, creo que un público más amplio también puede encontrar elementos de su interés en esta compilación de ensayos. Pienso que es así porque Roman Ingarden nos ofrece principios acerca de dos elementos clave en cualquier área: la lectura y la interpretación. De este modo, sus aportaciones son factibles de ser tomadas en cuenta en muy diversos campos, no únicamente en el literario.

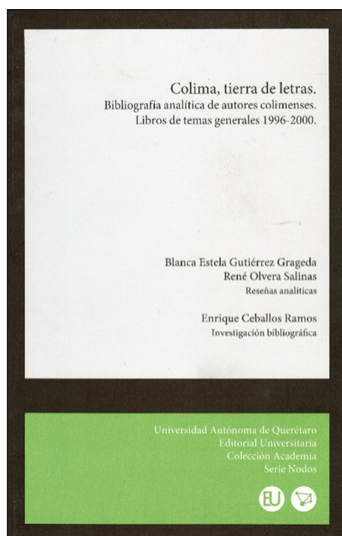
Quien gusta de la literatura mexicana, tiene aquí, en este libro, recomendaciones en cuanto a algunas obras, al tiempo que “tips” para mirar —con ojos nuevos— los textos que se proponen. Ojalá, pues, el lector especializado y el lector en general, deseoso de conocer otros horizontes y de dialogar con otras disciplinas, se dé la oportunidad de leer *Teoría literaria y hermenéu-*

tica. Estoy segura que, como dice Hans Robert Jauss, comprenderá gozando y gozará comprendiendo.

Referencia

Vergara, G. y Mendoza, J. L. (Coords.) (2010). *Teoría literaria y hermenéutica*. México: Praxis, Universidad de Colima y Archivo Histórico del Municipio de Colima.

Colima. Tierra de letras o memoria de múltiples tiempos²⁵



Según Horacio Riminaldo, “cuatro cosas son irrevocables: la piedra después de que ha salido de la mano, la palabra una vez dicha, la ocasión después de ida y el tiempo habiendo pasado”.²⁶ De todos estos elementos y situaciones irrevocables, destaquemos el tiem-

²⁵ Texto leído en la presentación del libro *Colima. Tierra de Letras. Bibliografía analítica de autores colimenses. Libros de historia: 1996-2000*, de Blanca Gutiérrez y René Olvera (investigación bibliográfica de Enrique Ceballos Ramos), el 27 de enero de 2012, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. Participaron en los comentarios la profesora y escritora Krishna Naranjo Zavala, la profesora e investigadora Blanca Gutiérrez, autora, y el editor Enrique Ceballos Ramos.

²⁶ Véase *Sabiduría del hombre*, disponible en: <https://gerzain369.wordpress.com/2008/01/18/bloque-de-frases-continuacion-22/>.

po que, además de irrevocable, es, de acuerdo con Marcel Duchamp, el mejor de los capitales.

Tiempo es lo que deseamos en la vida diaria para alcanzar a realizar todas aquellas minúsculas y nimias actividades que saturan nuestra existencia, pero que, sin embargo, dan forma a la cotidianidad. Anhelamos tiempo para disfrutar el mundo con los sentidos abiertos y el asombro intacto, como recomiendan los poetas. Y claro, también queremos tiempo para completar búsquedas existenciales y proyectos artísticos o de investigación, por ejemplo. En fin, que el tiempo es siempre una presión que tenemos encima, porque nuestro reloj biológico, desafortunadamente, no es infinito y, pasados los años, requiere con frecuencia de ajustes en su cuerda si no es que de un cambio total de maquinaria.

Hablando del carácter precioso, áureo del tiempo, los lectores agradecemos (y mucho) la aparición de publicaciones en que es evidente, además del empeño y dedicación, el ánimo de optimizar el tiempo de quienes las leen, puesto que proporcionan información sistematizada que, en condiciones normales, llevaría muchos años su recuperación. Éste es el caso del texto que hoy presentamos: *Colima. Tierra de Letras. Bibliografía analítica de autores colimenses. Libros de historia: 1996-2000*, bajo la autoría de Blanca Grageda y René Olvera Salinas, en cuanto a las reseñas analíticas, y de Enrique Ceballos Ramos, por cuanto a la investigación bibliográfica.

Publicado en septiembre de 2011 a través de la Universidad Autónoma de Querétaro, Tierra de Letras, Archivo de Letras, Artes, Ciencias y Tecnología, A. C. y Archivo Histórico Municipal de Colima, el libro que

nos convoca constituye un material de suma utilidad para investigadores, profesores, estudiantes y público en general que deseen tener un panorama crítico no sólo de autores colimenses de textos de historia publicados entre 1996 y 2000, sino también de los diversos temas que en esos libros se han tocado: personajes ilustres, arqueología, economía, educación, deportes, religión, archivos, historia de las haciendas, panteones, etcétera.

Colima. Tierra de Letras es memoria de múltiples tiempos, puesto que sus reseñas bibliográficas a cargo, como dijimos, de Blanca Gutiérrez y René Olvera, hacen posible obtener radiografías rápidas de textos que abordan la historia de diversos siglos y contextos culturales, desde lo precolombino hasta la sociedad colimense del siglo XX. Es memoria de múltiples tiempos si se considera el tiempo individual de los participantes de este libro, como de los autores a quienes se reseña. Es memoria de múltiples tiempos, porque los lectores verán multiplicado su tiempo, con los datos que allí encuentren y les resulten prácticos en posibles investigaciones.

Debo apuntar que las reseñas subrayan el contenido, aportes de los textos de historia y, en más de un caso, comentan la pertinencia (o impertinencia) de la metodología empleada. En este sentido, las reseñas críticas —tal cual debe ser— se permiten describir los elementos clave de la publicación, así como sus aciertos y eventuales desaciertos.

Conocedores de la historia regional, los reseñistas facilitan al lector la obtención de datos e impresiones acerca de más de cien publicaciones. En el decir

de la doctora Blanca Gutiérrez, que firma el “Prólogo” del libro, *Colima. Tierras de Letras* expone los frutos de investigadores de talla internacional, pero también de aquellos aficionados a la historia, “comprometidos y tesoneros”, que, de cualquier modo, manifiestan su reverencia ante el terruño.

Enrique Ceballos, a quien se debe la idea original de este libro y de la colección en que se engloba, así como la apertura de una librería de textos colimenses, y de una editorial con el nombre de Tierra de Letras, es, sin duda, un personaje que ha venido a dinamizar de manera positiva nuestro entorno cultural y editorial, en tanto se ha empeñado en la difusión de libros de autores colimenses (de origen o por residencia) cuya obra, en la mayoría de los casos, se vincula con Colima.

La tarea del proyecto editorial Tierra de Letras, acerca de documentar panoramas bibliográficos en diferentes áreas como la literatura, la historia, las ciencias sociales, arqueología, antropología, sociología y ciencias, a través de bibliografías analíticas o catálogos, en lo que se refiere al periodo 1996-2000, es destacable porque permite reconocer las distintas líneas melódicas, por decirlo de algún modo, en la partitura cultural de un periodo específico. Sin embargo, es una lástima que estos panoramas bibliográficos no se extiendan a años más recientes. La tarea, se entiende, es sumamente titánica y, en más de un sentido, imposible de permanecer actualizada, pues por suerte la producción colimense siempre está en movimiento y, mientras se reseñan los libros para un índice analítico, ya han surgido nuevas publicaciones.

Pero, ¿qué pasaría si existiese un portal de información en el que, de forma comprometida, cada presentador, crítico, editor o autor de libros colimenses pudiese agregar una reseña del libro leído, editado o escrito? ¿No tendríamos al final de cada año algo así como una vital Wikipedia nutrida de reseñas de textos colimenses? Queda en el aire esta nocturna idea.

En el libro *Colima. Tierra de Letras* es posible localizar reseñas de textos de Mirtea Acuña, Claudia Camberos, Hilario Cárdenas, Jesús Figueroa, Alfonso de la Madrid, Magdalena Hass, Beatriz Braniff, José Óscar Guedea, Blanca Gutiérrez, Ricardo Guzmán Nava, Rosa Margarita Nettel, María de los Ángeles Olay, Carlos Ceballos, Genaro Hernández Corona, Servando Ortol, José Romero de Solís, Julia Preciado, Juan Carlos Reyes, Alfonso Rivas Mira, Florentino Vázquez Lara, entre muchos otros.

Andar camino por *Colima. Tierra de Letras* permite deducir, como bien señala Héctor Porfirio Ochoa en la “Introducción” del libro, que el Archivo Histórico del Municipio de Colima y la Universidad de Colima son las dos instancias que más destacan como editoras de libros de historia, en el periodo elegido para las reseñas e, incluso, hoy en día. Por otro lado, el tránsito por *Colima. Tierra de Letras* lleva al lector a descubrir que, en ciertos casos, no todos los textos reseñados son libros, en razón de la extensión de los materiales (por ejemplo, los cuadernos de la Colección Pretextos del Archivo Municipal de Colima u otro tipo de textos, a manera de artículos, que no rebasan las veinte páginas). Esto no significa, por supuesto, que dichos materiales no sean dignos de ser reseñados, sino, en todo caso, de ser cla-

sificados de otra manera. Igual sucede con la denominación de *libro de historia*, que, en el caso de *La sombra niña*, de Griselda Álvarez, bien puede considerarse, antes que nada, como un conjunto de relatos literarios de carácter autobiográfico. Con la misma consideración, tenemos este otro texto que, desde el título, se anuncia como literatura: 13. *Guardia Marina en Manzanillo. 1928. Novela histórica*, de Gustavo Rueda Medina, y que al ser literatura, se reserva el derecho de emplear los datos históricos con libertad y como mejor convengan a la verosimilitud, no veracidad, del relato.

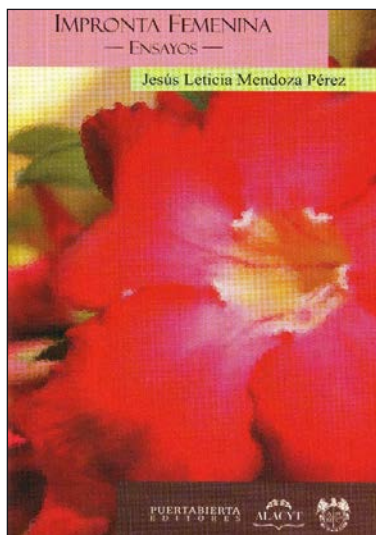
Insisto en que todos los textos reseñados resultan valiosos para el lector común y para el investigador en particular; no obstante, valdría la pena advertir —a manera de aclaración— cuál es la delimitación que conlleva el *libro de historia*. Por lo demás, se admira el enorme esfuerzo que ha implicado la publicación que presentamos y, que, sin lugar a dudas, pronto será un material de consulta frecuente.

Y como no hay peor delito que el robo de tiempo, dejo aquí estas palabras, con el deseo de que ustedes se aventuren por *Colima. Tierra de Letras*, y confirmen que el viaje de trescientas páginas deja, al final, una ganancia singular y un recuerdo agradecido, como el que hoy he querido compartirles.

Referencia

Gutiérrez Grageda, B. E. y Olvera Salinas, R. (2011). *Colima, tierra de letras. Bibliografía analítica de autores colimenses. Libros de historia: 1996-2000*. Colima: Universidad Autónoma de Querétaro, Tierra de Letras, Archivo de Letras, Artes, Ciencias y Tecnologías, A. C., Archivo Histórico del Municipio de Colima.

Impronta femenina, un libro en pleno vuelo²⁷



Si los lectores, cada vez que tomásemos un libro en las manos,uviésemos forma de saber con exactitud cuánto esfuerzo, energía, tiempo y dinero está invertido en aquello que leemos, seguramente nuestra percepción del libro como “condensador”, si se me permite el término, de ideas, saberes y emociones, cambiaría. Acaso, comenzaríamos abriéndolo con una reverencia, pues el milagro del árbol que se ha transformado en papel, es la imagen perfecta de la transformación que lleva a cabo quien escribe y publica un libro. Corre por las hojas de

²⁷ Texto leído en la presentación del libro *Impronta femenina*, de Jesús Leticia Mendoza Pérez, el 24 de agosto de 2012, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, de Daniel Peláez y la autora.

papel la savia de su voz, de su pensamiento, de su lenguaje; a distancia se sorprende de ser otro y el mismo a la vez. Las nervaduras de las frases revelan el estilo del que ha ido al encuentro de muchas voces, las internas, las que le susurran, “escribe, revela, comparte”, y de muchas otras que, invariablemente, le han guiado hasta desembocar ahí, como autor/a, de un libro impreso.

El que escribe aspira a ser leído/a; su libro es un pretexto para iniciar un diálogo, una comunicación. Lanza, abierto, su libro, para que vuele como paloma, y conozca la libertad, y busque el árbol de la vida, que alguna vez le dio origen. Así, Jesús Leticia Mendoza Pérez, la estimada doctora y profesora Lety, hoy, oficialmente, libera el más reciente de sus libros: *Impronta femenina* (2012), una publicación del Archivo Histórico del Municipio de Colima y del Archivo de Letras, Artes, Ciencias y Tecnologías, A. C.

Impronta femenina constituye un testimonio de reconocimiento, de homenaje, a la obra que, diversas figuras, especial y subrayadamente mujeres, han dejado en la esfera pública, social e histórica o, en su defecto, en la esfera afectiva de la autora. En el libro en cuestión encontramos textos que recuperan la imagen de personajes como Esperanza Rivera Trasviña, abuela materna de Jesús Leticia; Beatriz, la musa de Dante; Isabel la Católica, Juana I de Castilla, María e Isabel Tudor, y Catalina de Médicis, integrantes de la realeza europea; Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa; y Gloria Vergara, interesante poeta contemporánea.

Las mujeres sobre las que gira *Impronta femenina* pertenecen a distintas épocas y contextos. Vienen hasta nosotros, en su esplendor, pero también con sus vicisi-

tudes y desencantos, reinas europeas de los siglos XV y XVI, la amada inmortal del autor de la *Divina Comedia*, y mujeres poetas (una del periodo novohispano, y otra de nuestra actualidad). A su modo, cada una de las mujeres que se abordan lucharon desesperadamente contra las circunstancias adversas que se les presentaron. Son mujeres de un aura especial, con visión de largo alcance, levitando por encima de su tiempo.

A la par de estos retratos de mujeres, hechos a base de investigación y de cierta libertad interpretativa para captar las iridiscencias del alma humana, Jesús Leticia nos brinda un texto acerca de la filosofía insistential del padre Ismael Quiles, dos relatos literarios, y una reseña de la revista *Imagina un mundo sin violencia*, número 12, del Centro de Apoyo a la Mujer “Griselda Álvarez”, A. C.

En total, son quince los textos que conforman *Impronta femenina*, y que, tras ser publicados primero en el suplemento cultural *El Comentario Semanal*, de febrero a octubre de 2011, ahora, para fortuna del público en general, se recopilan a título de libro.

Con el gusto de haber contribuido con el prólogo de esta edición, digo, también, que *Impronta femenina* está dirigido, especialmente, para quienes se encuentran interesados en la historia, la filosofía y la literatura. A propósito de estas tres disciplinas, que la doctora Jesús Leticia maneja muy bien, la autora escribe: “La historia da identidad, cohesión y sentido colectivo a los diversos grupos humanos; [...] la literatura transforma esa realidad objetiva en otra intersubjetiva que trasciende el tiempo y el espacio; [y] las especulaciones

filosóficas buscan la verdad sobre el entorno y el ser humano” (p. 48).

De carácter misceláneo, el libro documenta sus fuentes y perfila líneas de arribo a las biografías de diversas mujeres y temas. La historia contada como una novela no está exenta de suspenso e intriga, y, como en la vida real, no falta la traición y la ignominia de hombres y mujeres.

Página tras página, la autora esboza hipótesis con respecto a la razón del proceder de un personaje o con respecto a lo que hubiera sucedido si viviese en otro tiempo, o si hubiese recibido ayuda, es decir, presenta información, numerosas referencias culturales, pero también se permite especular con el dato, imaginar, sugerir, el modo de actuar en otras circunstancias.

Jesús Leticia escribe con libertad: va del artículo de difusión, del ensayo, al cuento, a la estampa biográfica. Con el salvoconducto que dan hoy en día los géneros de escritura. En todo caso, el hilo conductor es su mirada atenta al quehacer femenino, que revela justo lo que a ella le distingue de sobra: la perseverancia y el apego a ideales.

Arropada por un notable bagaje humanístico, la autora nos ofrece, tras su productivo regreso a Colima, en 2004, otra más de sus aportaciones en el campo de la cultura colimense. Mujer que hace su propia historia, Jesús Leticia Mendoza suscita la admiración en quienes la conocemos, por su empeño, por su amorosa dedicación a todas las actividades que emprende.

Con Dolores Castro, seguramente, Jesús Leticia podría decir:

A la sombra de las palabras
crezco como la luz
que de la noche despierta.
A la sombra de las palabras
encuentro mi ascendencia.

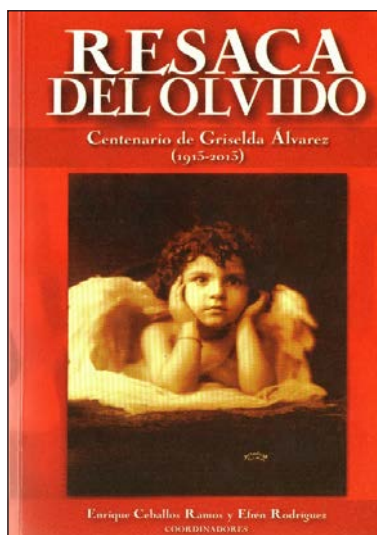
(“A la sombra de las palabras”,
Castro, 2003, p. 71)

Recuperando de nuevo a la poeta mexicana Lolita Castro, señalamos que escribir es un acto de fe, pues “la palabra nos ubica, nos constituye, nos permite crear un orden que devela un sentido que subyace...” (Castro, 2003, p. 330). En Leticia Mendoza —apuntemos por último— escribir es un acto de fe en sí misma, en la mujer, en la palabra, en la transformación que provoca el esfuerzo de pensar y luego comunicar. En honor a este esfuerzo, nos queda solamente la respuesta, es decir, la lectura de *Impronta femenina*, un libro que hoy comienza su vuelo.

Referencias

- Castro, D. (2003). *¿Qué es lo vivido? Obra poética*. México: Ediciones del Lirio, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Mendoza Pérez, J. L. (2012). *Impronta femenina. Ensayos*. Colima: Puertabierta Editores, Archivo Histórico del Municipio de Colima, Archivo de Letras, Artes, Ciencias y Tecnologías, A. C.

Griselda Álvarez en tres movimientos²⁸



I

En los jardines de la Casa de Gobierno de Colima se habían instalado una serie de mesas y toldos para

²⁸ Texto leído en la presentación del libro *Resaca del olvido. Centenario de Griselda Álvarez (1913-2013)*, coordinado por Enrique Ceballos Ramos y Efrén Rodríguez, el 19 de septiembre de 2013, en el Archivo Histórico de la Universidad de Colima. En los comentarios participaron la investigadora Julia Preciado Zamora, la poeta Verónica Zamora y quien esto escribe. El texto se publicó en el suplemento cultural *Ágora*, del periódico *Diario de Colima*, el 29 de septiembre de 2013, pp. 2-3. Asimismo, en 2014 este texto se recuperó en el libro—de título casi idéntico al primero de los citados— *Resaca del olvido. Centenario de Griselda Álvarez (1913-2013)*, *Miradas nacionales*, bajo la coordinación, también, de Enrique Ceballos y con prólogo de Efrén Rodríguez, Colima, Talleres Marchina, pp. 311-317.

celebrar el cumpleaños número sesenta y nueve de la gobernadora, la maestra Griselda Álvarez. Relucían sobre los manteles blancos los arreglos florales, y los platos y las copas, en ordenada y armoniosa distribución. Debíó ser 5 de abril, quizá el día preciso en que ella había nacido, o tal vez, si los compromisos de su apretada agenda no lo permitieron, un poco antes o un poco después. Trascurría el año de 1982, y el “Grupo de Niños Violinistas de la Universidad de Colima”, en el cual yo me encontraba, junto con otros siete niños y niñas, había asistido a aquella fiesta para “tocarle *Las Mañanitas*” a la gobernadora, al filo de las tres de la tarde. Ahí estábamos mis compañeros y yo, con uniformes recién comprados, las manos sudorosas sobre los violines tres cuartos, y el asombro en grande: conoceríamos, en su propia casa, a la señora gobernadora.

La maestra Griselda llegó de la calle, probablemente venía de trabajar en su despacho de Palacio de Gobierno, y de atender numerosos asuntos, que, a pocos años de iniciada su gestión, le requerían aprovechar hasta el último minuto. Alguien dijo: “Ya, ya está aquí”, y le hizo señas al maestro Arturo Ochoa Carrillo, entonces nuestro joven director, para que iniciáramos. Comenzamos a tocar las solicitadas “Mañanitas”, acompañados al piano por el maestro Luciano Maya Leyva y con el refuerzo en cuerdas del maestro Nicolás Corrales —nuestro tutor de violín— y el profesor Antonio Jerezano, en el violoncello.

La gente comenzó a aplaudirle a la gobernadora, quien se sentó a pocos metros de donde nosotros, los pequeños músicos, estábamos luchando para que el viento no se llevase las partituras. Afortunadamente, los pape-

les estaban como mera protección, pues conocíamos de memoria las cuatro piezas que debíamos ejecutar en los quince minutos para los que fuimos convocados, al lado de otros conjuntos musicales.

Recuerdo que al término de nuestras intervenciones, la maestra Griselda se acercó a nosotros y nos felicitó. De manera particular, saludó a los maestros y a José, un compañerito muy talentoso del grupo, que había ejecutado los solos de violín del primer movimiento del *Concierto en La menor* de Vivaldi, que acabábamos de interpretar. La maestra intentaba hacerle plática a mi amigo, que si le gustaba esto, que si le gustaba aquello. Pero éste casi no le contestaba nada. Su papá, el profesor Nicolás, le empujaba un poquito hacia adelante, como diciéndole: “José, no nos dejes en mal, mira que es la señora gobernadora”. José nomás movía la cabeza afirmativamente, pues ante la figura imponente de la maestra Griselda, con su rostro adusto y su impecable peinado, no había mejor manera de responder.

Nuestro profesor de violín señaló, un tanto para justificar a su hijo, que el niño “andaba un poco enfermo”. Supongo que la maestra, fina conocedora de la psicología infantil y del arte de la diplomacia, habrá sonreído, entre divertida y solidaria. Recupero, sin embargo, con relativa exactitud, que ella, al final, le dio a mi amigo José una palmadita cariñosa en la mejilla, y le dijo: “No te preocupes, así somos los artistas”.

II

La digresión anterior es parte de las remembranzas e imágenes que ha logrado despertar en mí, sin proponérselo, pero acaso en el marco de sus múltiples méritos,

el libro que hoy presentamos: *Resaca del olvido. Centenario de Griselda Álvarez (1913-2013)*, libro compilado por Enrique Ceballos Ramos y Efrén Rodríguez con el auspicio editorial de Tierra de Letras, el Archivo Histórico del Municipio de Colima, ALACYT, Civitatis, el Instituto Griselda Álvarez, A. C., la Sociedad Colimense de Estudios Históricos y la Asociación Colimense de Periodistas y Escritores, A. C.

Resaca del olvido, que en su título alude a un verso de Griselda, cuenta con una presentación a cargo de Miguel Delgado Álvarez, hijo de la exgobernadora, un prólogo de Efrén Rodríguez, y una introducción de Enrique Ceballos. El libro, de 357 páginas, recoge distintas colaboraciones en torno a la figura de Griselda Álvarez, que fueron publicadas en diversos medios y por múltiples autores y autoras.

En el primer volumen de este trabajo compilatorio el esfuerzo se ha concentrado, explica Enrique Ceballos en su introducción, en recoger colaboraciones de “autores colimenses por nacimiento o vecindad”, y también de aquellos que, de acuerdo con los compiladores, han sido llamados “colimenses por invitación” como Salvador Novo, Sergio García Ramírez, Fernando del Paso, Carmen Beatriz López Portillo, Dolores Castro y Liliana de Pauli. Estas invitaciones por supuesto que son muy valiosas, pero no dejan de llamar la atención si consideramos que se prepara un segundo volumen con textos de autores nacionales y acaso también ahí podrían haber sido incluidos los autores señalados.

En la misma descripción de los criterios de selección de los textos de este primer volumen, se apunta que, además de ser colimenses, se requiere que los au-

tores hayan publicado en medios locales. La denominación de “medio local”, empero, es difícil de acotar porque podría remitir tanto al lugar, la ubicación del medio impresor, como al perímetro de circulación o influencia de la publicación. En este sentido, varios de los medios en que se publicaron originalmente los textos compilados podrían ser considerados como nacionales, si atendemos a su distribución o alcance; por ejemplo, la revista *Géneros*, que circula dentro y fuera de México.

Por otro lado, en *Resaca del olvido* además de reunirse textos publicados tiempo atrás, también encontramos —aunque no se mencione— textos inéditos, tales como poemas dedicados a Griselda, transcripciones de conferencias o presentaciones de libros; esto diversifica de manera positiva el contenido del libro, no obstante se rebasen los límites que se había autoimpuesto en un principio la publicación en cuestión.

Sin duda, la tarea de los compiladores ha sido ardua y compleja, pues requiere una amorosa paciencia en la recuperación y clasificación de materiales. Esta plaza pública de papel y tinta que es *Resaca del olvido*... constituye un homenaje múltiple que rinden los autores y autoras aquí compilados a la figura de Griselda; un homenaje convocado por Enrique Ceballos y Efrén Rodríguez y bajo el común denominador de la admiración o el reconocimiento a la labor desarrollada por la maestra en los campos de la literatura, la política, la educación o el servicio público.

Los textos compilados se agrupan en ocho capítulos denominados de la siguiente manera: primero: “Cantos a Griselda”; segundo: “Entrevistas”; tercero: “Prólogos de libros”; cuarto: “Ensayos”; quinto: “Rese-

ñas”; sexto: “Semblanzas”, séptimo: “Ejercicio del poder” y octavo: “Crónicas”. Como se observa, salvo un capítulo, el séptimo, todos los demás hacen referencia al tipo de género textual que, de forma predominante, se ha recogido en ese apartado. Así identificamos aportaciones de versistas como Ricardo Ante Villalobos o el popular don José María Zamora, mejor conocido como don Chema; estupendas entrevistas de periodistas culturales como Alfredo Montaña, Francisco Blanco, Marina Saravia y Clementina Nava; prólogos entrañables como el de Salvador Novo, Fernando del Paso o Juan Macedo López; ensayos de profesores universitarios muy apreciados como Antonio Flores Galicia, Javier Bravo Magaña y Víctor Gil; reseñas que son más que reseñas, como las de Yolanda Silva, Celia Cervantes, Blanca Estela Gutiérrez y René Olvera; semblanzas notables como las de Verónica Zamora y Ana Luz Quintanilla; artículos interesantes con relación al ejercicio que del poder hizo Griselda, como los de Gregorio Macedo y Gabriel de la Mora, que se escriben como sumarios de la labor de la exgobernadora; y finalmente crónicas como la de Margarita Sato con respecto a la primera boda en Colima que se llevó a cabo con la epístola de Melchor Ocampo, pero en la versión de Griselda Álvarez; o la de Juan Ramón Negrete Jiménez, que se concentra en describir el homenaje de cuerpo presente que se le rindió a Griselda Álvarez y los detalles del funeral del 31 de marzo de 2009.

Resaca del olvido conjunta más autores destacados que los que, en un rápido listado, he referido. Sin embargo, baste enunciar unos cuantos para que los lectores ubiquen lo útil y disfrutable que puede resultar esta

compilación, tanto para investigadores de muy diversas áreas, como para el público en general.

III

Al terminar de leer *Resaca del olvido*, descubro que en realidad he asistido a un concierto de y para Griselda Álvarez: *de Griselda*, porque es ella una especie de mujer orquesta que ejecuta con extraña habilidad diversos instrumentos: la política de invariable agilidad pianística; la literatura y su timbre aflautado; la educación y su canto de cello; la labor cultural y su energía de timbales...Y *para Griselda*, porque uno a uno los textos reunidos se tejieron por encima del tiempo para encontrarse, muchos años después, y ofrecer, a coro, una imagen de la poliédrica Griselda.

Como una melodía que se repitiera insistentemente, en cada colaboración han brillado dos rasgos de Griselda: la inteligencia y el sentido del humor. Entre pregunta y pregunta que se le formulara, entre evocación de anécdotas o recuentos de obra política o literaria, ella confirmó que, como a su admirado Borges, le entristecía y, al mismo tiempo, le impulsaba el inexorable paso de Cronos. Maestra de las antípodas, aprendió a cortar con el pétalo de una rosa, y a acariciar con el filo de un cuchillo. Griselda, dura y sensible, se nos ha dibujado entre la exterioridad del servicio público y la interioridad de la palabra poética... Sí, ahora sabemos cómo son los artistas.

Referencia

Ceballos Ramos, E. y Rodríguez, E. (Coords.). (2013). *Resaca del olvido. Centenario de Griselda Álvarez (1913-2013)*. México: Tierra de Letras, Archivo Histórico del Municipio de Colima, Archivo de Letras, Artes, Ciencias y Tecnologías, A. C., Instituto Griselda Álvarez A. C., Sociedad Colimense de Estudios Históricos, A. C., Asociación Colimense de Periodistas y Escritores, A. C.

“Un, dos, tres por todos mis amigos”:
comentarios al número diecisiete
de la revista *Borrón y cuenta nueva*²⁹



A lo largo de los últimos once años hemos sido testigos de la constancia con que el taller literario “Borrón y cuenta nueva”, de los maestros jubilados y pensionados de la Sección 6 del SNTE (Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación), Colima, ha trabajado en la edición de su revista del mismo nombre, y en otra serie de publicaciones de corte individual de buena par-

²⁹ Texto leído en la presentación del número diecisiete de la revista *Borrón y cuenta nueva*, coordinado por Heberth Sánchez, el 5 de marzo de 2014, en el Aula Magna de la Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de Colima. Los comentarios corrieron a cargo del coordinador de la revista y del taller literario del mismo nombre, así como de quien esto escribe.

te de sus integrantes. En este sentido, es digno de reconocer la dedicación y el entusiasmo de tal colectivo de profesores en quienes se distingue, además de un gusto por la escritura y la literatura, una verdadera vocación de servicio a la comunidad, en tanto su revista sobrepasa la esfera de lo personal y subjetivo, para abonar en la esfera colectiva, de rescate de la memoria y la cultura de Colima.

En nuestro estado no existe un taller literario que edite su propia revista, y menos, que haya llegado al muy honroso número diecisiete, como el que hoy presentamos. Una retrospectiva de la revista nos permite reconocer que ha sido un acierto dedicar números monotemáticos a hablar de los jardines de Colima, de los corridos, de las personas de cien años o más, de los remedios caseros, de los héroes, etcétera. Cuando esta revista llegue al número dieciocho, es decir a su mayoría de edad, seguramente celebrará con satisfacción los cientos y cientos de páginas publicadas y leídas ya por sus lectores y lectoras dentro y fuera del magisterio.

El número diecisiete de *Borrón y cuenta nueva*, en virtud de su extensión (391 páginas) y de su articulación temática es, en esta ocasión, más que una revista, un libro, o en todo caso, una revista-libro. La compilación de los juegos, rondas y cantos de los niños de Colima, que nos brinda el número más reciente de la revista en cuestión, corrió a cargo del profesor Heberth Sánchez Polanco, coordinador del taller “Borrón y cuenta nueva”, quien a su vez recibió la colaboración de los integrantes de su taller, muy en especial de los profesores Marco A. Gutiérrez Puente, J. Refugio Rodríguez Villaseñor, Ana María Reyes Angulo y Salvador Olvera

Cruz, por cuanto a la recuperación de materiales se refiere. Según asienta el profesor Heberth Sánchez en las “Palabras de agradecimiento”, escritas a título de introducción, para obtener las más de trescientas referencias a juegos, rondas y cantos fue necesario entrevistar a numerosas personas, entre ellas a maestros y maestras que, por su contacto diario con los niños, tienen sobrados testimonios sobre los juegos. De hecho, son los profesores quienes, después de los niños, conocen más que nadie de juegos, risas y batallas en los patios de recreo.

Quien se adentre en las páginas de *Borrón y cuenta nueva* encontrará descripciones de reglas y procedimientos de juegos de los más variados tipos: con brincasoga, resorte, canicas, trompo, papalote, pabilo, monedas, globos... Juegos de manos y sombras, de adivinar, de sorpresa y suerte, de memoria... También hallará un amplio número de canciones infantiles, rondas y cantos rescatados de la memoria colectiva y cuyo recuerdo nos trae, invariablemente, una alegría contagiosa.

Los materiales compilados se presentan clasificados en cuarenta y cuatro apartados, de tal suerte que facilitan su identificación a los lectores. Cada apartado, además, contiene fotografías de niños y niñas jugando, un mérito que corresponde al fotógrafo Martín Gaona, y dibujos finamente trazados por Alfredo Medina y Marco A. Gutiérrez Puente.

Perfecciona esta compilación, amén del atractivo diseño de Erika Coral Martínez, los poemas entreverados de diferentes escritores y escritoras que dedicaron —en algún momento— versos al tema de los juegos o los juguetes: por ejemplo, Gregorio Torres Quintero, Federico García Lorca, Fernando Pessoa, Rafael Alber-

ti, Gabriela Mistral, María Baranda, entre otros. De esta forma, resulta que no sólo es poético el tema la revista —los juegos, cantos y rondas—, sino también varios de los textos incluidos.

Desde muy diversas disciplinas, el juego ha sido analizado como elemento consustancial de la condición humana. El mismo saber popular suele decir que la *vida es un juego*. Y es que el juego, como ejercicio físico y/o mental es movimiento, revelación y hallazgo. Siendo así, es natural que jugar se convierta, para niños y adultos, en una actividad de primordial expresión, de liberación e interacción social. Esto queda de manifiesto a partir de leer el número diecisiete de *Borrón y cuenta nueva*, y descubrir que los juegos y los cantos revisten una gran importancia en el aprendizaje, las relaciones sociales y la afectividad de los seres humanos. Más aún, los juegos tienen el poder de evocar nuestra infancia y sus listones de colores, el tiempo aquel en que vivimos con intensidad el brincar, correr, hablar a nuestras anchas: *ser en el mundo* sin prisas ni preocupaciones.

Quizá por esta energía vital depositada en los juegos, por su encanto o su chispa, es que leer acerca de ellos, como lo facilita el número diecisiete de *Borrón y cuenta nueva*, provoca una sensación de alegría y, sin importar nuestra edad, de ganas de volver a jugar a “Los encantados”, a “La roña”, a “Los listones” o “La rueda de San Miguel” en el patio de una escuela. No nos sorprenda, pues, que de pronto la memoria nos lleve a los brazos de mamá y la recordemos jugando con nosotros al “tope borrego o tope de chivo”, o nos haga recordar, sonrientes, los concursos de encostalados en la kermés

de un jardín vecino, o la búsqueda de monedas con la boca en el fondo de un plato rebosante de harina...

Los niños colimenses de hoy reconocerán muchos de los juegos en la compilación de *Borrón y cuenta nueva*, pero la inmensa mayoría no, pues se trata de juegos tradicionales en que se pondera, antes que la tecnología, la imaginación y el contacto directo entre los jugadores. Los juegos descritos constituyen oportunidades para aprender normas, valores, o simplemente para reír y disfrutar de la vida. ¿Cómo no va a ser importante, entonces, preservar esta memoria afectiva para las generaciones actuales y venideras?

Si recordar la infancia es recuperar los primeros recuerdos, desde las instantáneas en familia, los rostros de los iniciales amigos, hasta la imagen de tu pueblo o ciudad, he aquí una razón más para justificar la importancia de rescatar y difundir aquellos elementos del patrimonio cultural intangible que, como los juegos y cantos tradicionales, significan historia, imaginación e identidad.

Con base en investigación bibliográfica, documentada ampliamente en la revista-libro, y en una serie de entrevistas de las que ya hemos hecho mención, los profesores, historiadores, pedagogos y público en general (en el que se incluye en sitio de honor a los niños y niñas), tenemos un abanico extenso de juegos, rondas y cantos regionales para revivir, promover y disfrutar.

Podemos comenzar a jugar, incluso, con la propia revista al leerla paso a pasito, o para estar más a tono, con un “gallo-gallina”, desde la primera a la última página; o brincando, de aquí allá, como lo haríamos en un “bebeleche”; o sobrevolando sus diversas secciones con

un papalote de papel de china y varitas de caña de azúcar, que ondee en el viento de la infancia como una mariposa multicolor... En fin, cada lector decidirá su manera más útil o lúdica de realizarlo.

Lo único que no puede tomarse a juego son mis palabras: la revista vale porque nos permite reconocernos en ella, porque será material de obligada consulta con el pasar de los años, porque independientemente de que su coordinador sea mi padre, y se admire el enorme esfuerzo depositado en el ejercicio compilatorio, *Borrón y cuenta nueva* ha escrito, gracias al esfuerzo de sus colaboradores y de las autoridades que apoyan dicha labor, un capítulo destacado en la historia de las revistas en Colima y, en particular, en las actividades de los profesores pensionados y jubilados.

Felicidades para los y las integrantes del taller y la revista *Borrón y cuenta nueva*, que han apostado al rescate del patrimonio cultural intangible y, con los juegos, rondas y cantos de los niños de Colima, nos han suscitado emociones y recuerdos gratos, tan gratos como gritar “un, dos, tres por todos mis amigos” y hacer que el juego de las escondidas vuelva a empezar, contigo como héroe. Felicidades y enhorabuena.

Referencia

Borrón y cuenta nueva 17 (2013, diciembre). Juegos, rondas y cantos de los niños de Colima [número monotemático coordinado por H. Sánchez].

Un asomo a la vida a través de la muerte:

*El mundo, su escenario: Francisco, arzobispo de Guadalajara (1912-1936)*³⁰



Mariano José de Larra, en su artículo de costumbres “El día de difuntos de 1836: Fígaro en el cementerio”, describe, con su habitual ironía pero acaso también con un subrayado pesimismo, una supuesta visita al panteón de Madrid, donde encuentra la tumba de la Santa Inquisición, del servicio de Correos, de la Bol-

³⁰Texto leído en la presentación del libro *El mundo, su escenario: Francisco, arzobispo de Guadalajara (1912-1936)*, de Julia Preciado Zamora, el 17 de septiembre de 2014, en el Archivo Histórico del Municipio de Colima. En los comentarios participaron, también, el profesor-investigador Francisco Javier Delgado, el historiador e investigador José Miguel Romero de Solís y la autora. Este mismo texto se publicó como reseña en la revista *Estudios* (113), verano de 2015, pp. 213-217.

sa, de la Imprenta Nacional, de los teatros, de la Victoria, entre otros elementos o instituciones de la vida española de aquellos años y que, a los ojos del joven articulista, habían *fallecido* por muy diversas dolencias. En el mismo artículo, el escritor español deja entrever que los epitafios y las callecitas de los panteones hablan en voz alta de quienes ocupan las tumbas, y diríamos, de quienes han dejado ahí la última ofrenda, a título individual o colectivo. En el vasto cementerio —asienta Mariano José de Larra (2000)— “cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo”.

El libro *El mundo, su escenario: Francisco, arzobispo de Guadalajara (1912-1936)*, de Julia Preciado Zamora, publicado por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, en 2013, coincide en valorar, como Mariano José de Larra, los espacios y rituales de la muerte como una expresión de vida, o, mejor dicho, como una ventana desde la que se accede a una época, un acontecimiento, con todas sus coloraciones y matices.

Julia Preciado, en el marco de la historia cultural, nos ofrece una lectura de un funeral, extraordinario desde el punto de vista del número de personas que convocó y de su valor simbólico y social, de quien fuera un personaje de primer orden en el conflicto de la guerra cristera y en la consolidación misma de las asociaciones civiles católicas en nuestro país: el arzobispo de Guadalajara Francisco Orozco y Jiménez.

La reconstrucción de las exequias y su correspondiente interpretación, permiten a la investigadora de-

velar, a su vez, las peculiaridades de una época convulsa, las prácticas culturales y los valores simbólicos otorgados a determinados personajes, como es el caso del arzobispo Francisco, a quien se le ubicó, en su tiempo, como principal opositor “a la imposición anticlerical del Estado de reformas tales como la agraria y la relacionada con la educación laica” (p. 13).

Nacido en Zamora, Michoacán, en 1864, y muerto en Guadalajara, Jalisco, en 1936, el arzobispo Orozco y Jiménez se distinguió por su carisma, empatía, y una inteligencia sagaz y creadora, distintivos que le permitieron ejercer autoridad dentro de la estructura eclesiástica y en miles de católicos, aun cuando se encontrase exiliado en el extranjero, o escondido en algún pueblo alejado y polvoriento del estado de Jalisco.

¿Cómo logró gobernar Orozco y Jiménez desde el exilio?, se pregunta la autora. ¿Cómo se sobrepuso el arzobispo a los cinco destierros que sufrió entre 1914 y 1936, acusado de instigación social por diferentes presidentes de México? ¿Cómo fue puliendo su aura de invencible hombre de fe, de persistente pastor de almas? Para contestar ésta y otras preguntas, Julia Preciado recuenta el escenario y momento histórico de la insurrección cristera; la personalidad del arzobispo y, particularmente, la manera en que, a través de las cartas, enviadas desde la clandestinidad, Orozco y Jiménez estableció directrices para mantener, a toda costa, unida a su grey. Se deduce, entonces, que la figura combativa del arzobispo se fue magnificando conforme él se oponía más al gobierno y mientras acumulaba más persecuciones, exilios en el extranjero, donde, como

refiere Julia Preciado, era muy conocido y estimado, a diferencia de otros obispos y arzobispos mexicanos.

La abundante correspondencia epistolar de Orozco y Jiménez con sus más cercanos colaboradores, al amparo de seudónimos como Juan Rodríguez, Hilario Rentería, Pascual Ordóñez e Inocencio Altamira, revela, por un lado, cuál era la ideología del arzobispo, su visión de la Iglesia, e incluso su estado de ánimo en periodos de crisis; como, por otro, cuánta importancia tuvo la escritura en comunicar y legitimar sus decisiones. De hecho, la correspondencia epistolar, al igual que las arriesgadas visitas pastorales a los pueblos y rancherías de Jalisco, disfrazado de campesino, hicieron que el arzobispo —según explica Preciado Zamora— pudiera dirigir su arquidiócesis, no obstante las enormes dificultades que tuvo que sortear.

Esta imagen de prócer del catolicismo, que el mismo Francisco se fue forjando, es un aspecto fundamental del libro de Julia Preciado, quien dedica dos de los seis capítulos de su obra a exponer cuál fue la actitud de “insumiso” que Orozco y Jiménez manifestó a ultranza, a riesgo de su vida y de la eclosión de la Iglesia católica mexicana. A partir de este abordaje se comprende mejor por qué resultó multitudinario el funeral de Orozco y Jiménez al congregarse cerca de 40,000 asistentes y a prácticamente todos los sectores de la sociedad tapatía. Más aún: por qué simbolizan un momento de singular (re)unión entre los católicos, y un acto de conciliación entre la Iglesia y el Estado, tras un largo periodo de desavenencias.

Tras cruzar diversos datos, fuentes y registros sobre la percepción que tenían acerca de Orozco y Jiménez

los gobiernos local y nacional, así como la prensa mexicana y extranjera, Preciado Zamora arriba a la conclusión de que el arzobispo —aun sin pruebas contundentes— fue acusado de instigar a sus feligreses para que respondieran con las armas a la política anticlerical del presidente Plutarco Elías Calles: acusación que el arzobispo refutó muchas veces, por carta o en sus apariciones públicas, sin conseguir liberarse del estigma, quizá porque tampoco declaró abiertamente estar en contra del movimiento cristero, lo cual, en términos prácticos y ante los ojos del gobierno federal, constituyó siempre una peligrosa ambigüedad. Sin embargo, apunta la historiadora, todavía no ha podido confirmarse de manera fehaciente “una participación activa” del arzobispo en calidad de cabecilla en la Cristiada.

Preciado Zamora concede especial importancia a las fotografías como fuente de información, y recurre a ellas para analizar cómo el arzobispo fue proyectando una imagen de autoridad, dignidad y fortaleza, tan necesarias para seguir presente, incluso en la ausencia. El análisis de actitudes y poses, la revelación de los símbolos de poder y la exégesis de la imagen en su conjunto, facilita entender una de las formas en que el arzobispo promovió “la sumisión de unos, y la veneración de otros”.

Con base en aportaciones de la historia, la sociología y la antropología, Preciado Zamora recupera varios conceptos clave como rito, ritual, representación, estructura y *communitas*. Así, siguiendo las fases del rito del funeral —desde que se preparó el cadáver del arzobispo, se le trasladó a la misa celebratoria en la catedral de Guadalajara y, finalmente, se le sepultó en el

Panteón de Belén (aunque seis años después descansaría en la catedral de Guadalajara)— Preciado Zamora reconstruye una crónica histórica al focalizar la mirada tanto en los actores religiosos, sacerdotes de alta jerarquía que dirigieron el ritual, como en el público masivo, que, según los testimonios, vivió el drama de una muerte hondamente sentida, polémica, de un personaje-leyenda de gran imantación social.

Los dos últimos capítulos de *El mundo, su escenario...*, se abocan a describir e interpretar la ceremonia luctuosa de Orozco y Jiménez, que tuvo lugar del 18 al 21 de febrero de 1936, y en la que participaron miles de personas. Impresiona observar los materiales visuales que incluye la autora en su libro, dado que ilustran magníficamente cómo se volcó la muchedumbre a las calles para sumarse al cortejo fúnebre o verlo pasar.

Una de esas fotografías (“La procesión”) muestra, desde una toma aérea, la céntrica calle de San Francisco (ahora avenida Alcalde) de Guadalajara, pletórica de personas con atuendos oscuros y formales, que siguen en actitud doliente una carroza tirada por caballos, mientras que en las azoteas de los edificios, otros miles de personas observan con el cuerpo inclinado hacia la calle, bajo un sol que les obliga en más de un caso a usar sombrilla, el largo cortejo que pareciera no tener fin.

Y aunque Orozco y Jiménez no fue un hombre de Estado, el funeral que tuvo —afirma la autora— se le compara a los de aquellos, en cuanto a planeación, magnitud e impacto. Las exequias del arzobispo, en su extraordinaria ritualización, obedecieron a “las tres fases que se dan entre la muerte y el entierro de un in-

dividuo: *separación, transición e incorporación [...]*" (p. 139).

Detalle a detalle, *El mundo, su escenario...*, va mostrando cómo se vivieron el funeral de Orozco y Jiménez: la solemnidad del acto, la tensión de un evento masivo que, a pocos años de haber concluido el conflicto de la guerra cristera, podría haber significado nuevas heridas y sangre; las multitudes en la catedral, en las calles; la necesidad de algunos feligreses de conservar, a título de reliquia, un rosario que hubiese tocado con sus manos muertas el arzobispo; en fin, las últimas fotografías de Francisco con su mitra, capa y palio sobre un lecho sobrio y elegante.

La enorme procesión a la que dio lugar el arzobispo con su muerte, y en la que se borraron las clases sociales, se recapitalizó, de acuerdo con Preciado Zamora, de tal suerte que José Garibi Rivera, obispo coadjutor y el más cercano amigo y colaborador de Orozco y Jiménez, pudo reivindicar la imagen del arzobispo, además de inaugurar una etapa de reconciliación con el Estado y presentarse como legítimo sucesor del extinto Francisco.

Un estudio como el de Julia Preciado, en el que sólo se extraña la inclusión de —si los hubiese— más testimonios sobre el funeral de jerarcas eclesiásticos de la época, de feligreses y asociaciones católicas, tiene, entre otros méritos, que abreva en una veta temática poco estudiada en México. Esto, por lo que concierne al análisis de los funerales y sus fases de ritualización. En complemento, Preciado Zamora se nutre de fuentes primarias que, por lo común, no son muy valoradas: cartas, fotografías, esquelas, condolencias, etcétera.

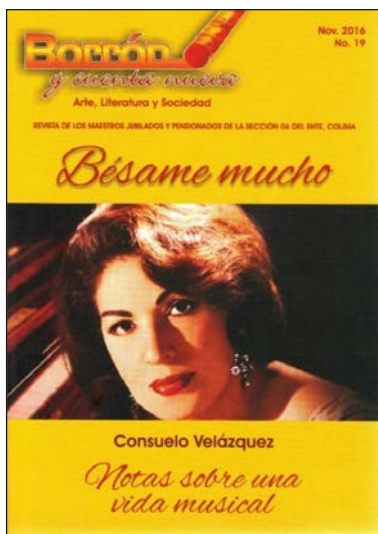
El mundo, su escenario..., posee, por añadidura, una virtud que, en otros textos de Julia Preciado sobre el tópico general de la Cristiada, hemos reconocido: el atractivo de una narración clara y fluida, que, sin dejar de lado la documentación estricta de la fuente consultada o la acotación que provee nuevos datos, se permite en ocasiones un estilo casi literario que nos lleva a seguir con emoción —hay que confesarlo— la agitada vida del arzobispo Francisco en la clandestinidad, en la escritura de sus cartas en “papel simpático” para que sólo pudiesen ser leídas al ser sumergidas en agua, y en su denodada lucha por conservar su liderazgo.

En resumen, *El mundo, su escenario: Francisco, arzobispo de Guadalajara (1912-1936)* se abre paso en un campo muy atractivo dentro de la historia cultural del siglo XX, y deja dispuestas sobre la mesa, como todo buen libro, nuevas líneas de investigación para quienes deseen abordar la controversial figura de Francisco Orozco y Jiménez en el occidente de México.

Referencias

- Larra, M. J. de. (2000). “El día de difuntos de 1836: Fígaro en el cementerio”. *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Disponible en <http://www.cervantesvirtual.com/obra/el-dia-de-difuntos-de-1836-figaro-en-el-cementerio--0/>, consultado el 25 de diciembre de 2014.
- Preciado Zamora, J. (2013). *El mundo, su escenario: Francisco, arzobispo de Guadalajara (1912-1936)*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Síntesis y revelaciones
en *Bésame mucho*. Consuelo Velázquez:
*notas sobre una vida musical*³¹



A lrededor de 1990, la entrañable compositora Consuelito Velázquez hizo una aparición televisiva en el programa *Siempre en domingo*, conducido por Raúl

³¹ Texto leído en la presentación de *Bésame mucho*. Consuelo Velázquez: *notas sobre una vida musical*, número monotemático de la revista *Borrón y cuenta nueva*, el 9 de diciembre de 2016, en el Poliforum Cultural Mexiac, de la ciudad de Colima. En los comentarios únicamente participó quien esto escribe, aunque se contó con la presencia de los integrantes del taller literario “Borrón y cuenta nueva” y de su coordinador, el profesor y escritor Heberth Sánchez. El libro se presentó por segunda ocasión el 10 de agosto de 2017, en el Centro Cultural José Clemente Orozco, de Zapotlán el Grande, Jalisco. Esta última vez se contó con los comentarios del coordinador del taller y de quien esto escribe.

Velasco, para interpretar al piano, y con acompañamiento de otros tres músicos, su clásica canción “Bésame mucho”. Antes de que entrara a escena, Raúl Velasco la presentó como la compositora mexicana de quien se conocía —en cualquier lugar del mundo— la melodía que interpretaría a continuación.

En medio de los aplausos, Consuelito Velázquez, de setenta y cuatro años, apareció toda elegante, iluminada, sonriente, sabedora de que el cariño que le profesaba su público era auténtico, nada fingido.

Consuelito —como la muchacha de veinte que siempre fue— se sentó al piano y comenzó a tocar con intensidad los primeros acordes de una introducción que, en lo inmediato, hizo lucir su técnica pianística y abrió paso a la letra de la canción que, en efecto, ha sido la más grabada y traducida en lo que corresponde al repertorio de la música popular mexicana. “Bésame mucho” se popularizó en nuestro país, primero, en 1941, cuando la grabó Emilio Tuero, el barítono de Argel, y después, en el extranjero, cuando el cantante norteamericano Andy Russell la grabó en 1944 y logró una hazaña prácticamente irrepetible: mantenerla durante catorce semanas en el *Hit Pared* de Estados Unidos, tras su estreno.

Esta noche, en justo homenaje a la autora de reconocidos éxitos en la música popular y en el marco del primer centenario de su natalicio, tenemos el gusto de presentar *Bésame mucho. Consuelo Velázquez: notas sobre una vida musical*, el número diecinueve, el más reciente, de la revista *Borrón y cuenta nueva*, una publicación del taller homónimo de los maestros jubilados

y pensionados de la Sección 6 del SNTE, Colima, bajo la coordinación del profesor Heberth Sánchez Polanco.

Con acierto, los integrantes de este productivo taller literario decidieron recuperar la figura de una mujer polifacética, que no sólo incursionó en el ámbito de la música, como pianista y compositora, sino también en el de la política y la labor social, pues fue fundadora y presidenta de la Sociedad de Autores y Compositores de México (SACM), y, durante el periodo 1979-1982, diputada federal.

La revista-libro que nos convoca incluye dieciocho trabajos inéditos de integrantes del taller (incluido aquí un prólogo), más tres textos periodísticos, disponibles en internet, que se han juzgado imprescindibles para comprender mejor a Consuelo Velázquez: dos entrevistas a la compositora, una de Álvaro Gálvez y Fuentes, y otra de Elena Poniatowska, así como una crónica de Iván Restrepo. La revista en cuestión, pensamos, sintetiza información en torno a la vida y la obra de Consuelito y, al mismo tiempo, revela datos profesionales y familiares poco conocidos acerca de la compositora. Desde este punto de vista, es una aportación valiosa y un material de agradable consulta.

Los trabajos compilados los comentaré en las siguientes líneas, aunque no necesariamente en el orden con que aparecen en el libro, sino en función del tipo de datos que nos proporcionan. Aclaro, también, que en razón del corto tiempo del que disponemos, no me detendré en los detalles de cada texto, pero sí anticipo que todas las colaboraciones, ya sea en estilo periodístico, académico o literario, ofrecen al lector un aspecto interesante, revelador, en torno a la compositora mexicana.

María Consuelo Velázquez nació en Zapotlán el Grande, Jalisco, el 29 de agosto de 1916 y, de acuerdo con el acta de nacimiento que recupera Javier Anguiano, colaborador de esta publicación que presentamos, fue registrada con los dos apellidos del padre: Velázquez Valle, sin que se conozca exactamente por qué. Con el tiempo, sin embargo, la propia autora empleará también el primer apellido de su madre, la señora María de Jesús Torres Ortiz, hermana de quien fuera gobernador de Colima, el coronel Pedro Torres Ortiz.

Gracias a la colaboración de Marco Antonio Gutiérrez, titulada “Presencia de Consuelo en Colima”, sabemos que la madre de la compositora, así como otros integrantes de la familia, eran colimenses, todo lo cual hace pensar que en las conversaciones hogareñas, al menos de infancia y juventud, en más de algún momento salió a relucir Colima, con su gente y sus paisajes, en virtud del origen de la familia materna y del arraigo que tenían en nuestro estado algunos de sus integrantes. Quizá por esta vinculación familiar y por su ejercicio político, es que la compositora formó parte de las y los invitados destacados en la toma de protesta de Griselda Álvarez como gobernadora del estado de Colima, en 1979.

A propósito de la infancia, Ana María Reyes, en su texto “Un pequeño piano”, da cuenta de la iniciación musical de Consuelito en la temprana infancia, cuando, en medio del juego, comienza a descubrir una vocación y el encanto de ese instrumento que llegaría a dominar, en su calidad de maestra y concertista egresada del Conservatorio Nacional de Música, con estudios previos en la Academia Serratos, de la ciudad de Guadalajara.

Pero, ¿qué hizo posible que Consuelo Velázquez llegara a ser una de las compositoras más emblemáticas de la música romántica, en especial del bolero, en el siglo XX?

Las aportaciones de Miguel Ángel de la Mora (“Consuelo: un corto paseo por su música”) y Heberth Sánchez (“Larga vida a Bésame mucho”), que analizan la música de Velázquez, ya sea de forma global o a propósito de composiciones específicas, nos brindan consideraciones valiosas para tratar de entender por qué esta compositora jalisciense de poco más de cuarenta canciones alcanza un éxito sin precedentes con su primera canción, “Bésame mucho”, y después ratifica, sucesivamente, su fama y trascendencia más allá de cualquier frontera.

Los factores que influyeron en el éxito y la difusión del trabajo de Consuelito Velázquez tienen que ver, en primera instancia, con el perfil de la compositora, quien, por un lado, poseía una formación rigurosa desde el punto de vista musical clásico, y por otro, recuperaba con sensibilidad el sentido de lo popular. Aunado a esto, una serie de circunstancias histórico-sociales particulares habrían de conjugarse: el florecimiento de la industria radiofónica y disquera en el México de los años cuarenta y cincuenta, el esplendor del trío como conjunto musical y, desde luego, un espíritu de época propicio para el cobijo emocional del bolero, tras la devastación que ocasionó la Segunda Guerra Mundial.

Falta señalar, sin embargo, como otro factor definitivo en la internacionalización de Consuelo Velázquez, la calidad de su música y de sus letras, derivada de una actitud perseverante y perfeccionista. Consue-

lo, que tardaba más en escribir la letra de una canción, que en componer una melodía, llegó a decir de sí misma: “La verdad, me exijo mucho. Siempre me he exigido al máximo, siempre he sido así, dura conmigo misma”, según se rescata en la entrevista de Elena Poniatowska (“Consuelo Velázquez: la gloria por un beso”), incluida en este libro.

Pero si Consuelo fue enérgica e intransigente consigo misma, parece haber sido todo lo contrario con las demás personas. A juzgar por los testimonios que existen acerca de ella, siempre fue amable y solidaria con sus familiares y compañeros del gremio. Al respecto, Heberth Sánchez, en otra de sus colaboraciones del libro, asienta, previa investigación, que Consuelito ayudó al compositor colimense Salvador Figueroa Torres a grabar un disco de larga duración bajo el título *Mi tierra es Colima*, y a ingresar a la Sociedad de Autores y Compositores de México.

En las entrevistas que concedió Consuelito, por ejemplo a Álvaro Gálvez y Fuentes (véase “Dime tú, que me recordarás”, transcripción de Citlalli Toledo, en el apartado correspondiente del libro comentado), es posible distinguir a una Consuelo modestísima, afable, que pareciera no dar importancia, o crédito, al hecho de que su canción “Bésame mucho”, junto con “La vida en rosa” y la “Chica de Ipanema” sea una especie de himno en casi cualquier cultura.

En el decir de Miguel Ángel de la Mora, en el caso de Consuelito Velázquez hay una conexión natural, profunda, entre letra y música, y, en general, una rítmica con sabor caribeño, que explica por qué los boleros

de esta compositora “conectan” de manera extraordinaria con el público.

El compilador de este libro colectivo, Heberth Sánchez, refiere que Carlos Monsiváis, en ocasión del homenaje luctuoso a Consuelito en el Palacio de Bellas Artes, en 2005, declaró “que el carácter mundial de “Bésame mucho” data de la Segunda Guerra Mundial, en el Pacífico, cuando un soldado en su lecho de muerte entona esta letra, y un compañero suyo, de origen mexicano, narra este hecho al New York Times. A partir de ese momento, en Estados Unidos, “Bésame mucho”, se convierte en una necesidad auditiva”.

Consuelito incursiona en el cine acompañando al piano a distintos cantantes que interpretan sus canciones (“Bésame mucho”, “Cachito mío”, “Que seas feliz”, “Franqueza”, entre otras) y, de forma esporádica, como actriz, muy en el inicio de su carrera musical. Las canciones de Consuelito Velázquez, que nos comparte J. Refugio Rodríguez en su trabajo (recuperado también en este libro), forman parte de una extensa e importante filmografía nacional y extranjera (véase el artículo “Consuelito Velázquez y el cine”).

José Luis Larios, integrante de “Borrón y cuenta nueva”, se suma a este homenaje bibliográfico al proporcionar la letra y la partitura de “Don de Consuelo”, una canción que ha compuesto para la artista mexicana.

Casada con Mariano Rivera Conde, importante productor y director artístico de la RCA Víctor, Consuelo tuvo dos hijos: Mariano y Sergio, a quienes les dedicó las famosas canciones “Chiqui-Chiqui” y “Cachito mío”, respectivamente.

Como bien documenta Gilberto Moreno en su artículo, Consuelo Velázquez fue homenajeada y premiada en infinidad de países: México, Estados Unidos, Puerto Rico, República Dominicana, España, etcétera. Entre las distinciones más importantes que recibió, en vida y en nuestro país, se encuentra el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Tradiciones populares, en 1989.

Consuelo murió el 22 de enero de 2005, y un día después, el Instituto Nacional de Bellas Artes le rindió homenaje en el Palacio de Bellas Artes, un homenaje que, aunque tardío, llegó al fin. Al homenaje asistieron numerosas personalidades del mundo de la cultura y la política, así como público en general.

Los restos de Consuelito fueron cremados en el Panteón Español y depositados, enseguida, en la iglesia de Santo Tomás Moro, según refiere Adalberto Toledo en su crónica, sobre la muerte de la compositora.

Ligado con lo anterior, Ricardo Perea escribe sobre la iniciativa que se presentó, en febrero de este año, ante el pleno de la Cámara de Diputados, con respecto a que los restos de Consuelito fueran trasladados a la Rotonda de las Personas Ilustres, donde, por cierto, descansan los restos de dos colimenses muy destacados: Gregorio Torres Quintero y Balbino Dávalos. La iniciativa ya fue aprobada por los integrantes de la Comisión de Gobernación, pero hace falta que la ratifique el presidente de la República, Enrique Peña Nieto.

Conviene subrayar, de nuevo, que, aunque no hemos hecho mención de cada uno de los dieciocho textos incluidos (Heberth Sánchez y J. Refugio Rodríguez participan con más de dos textos cada uno), es impor-

tante que se aprecie en su totalidad el número más reciente de *Borrón y cuenta nueva* y se descubra su espíritu misceláneo, que pasa por el artículo, el ensayo, la crónica, la entrevista, la remembranza e, incluso, la letra de canciones.

A esta diversidad de géneros debe sumarse el acierto de incluir en el libro imágenes, viñetas y fotografías que reflejan la estética de la época de oro del cine mexicano, y que coincide con la etapa de juventud y temprana consolidación de Consuelito Velázquez en el medio artístico.

Cabe mencionar que, al igual que en otras ocasiones, el fotógrafo Martín Gahona aporta su trabajo al enriquecimiento visual de la revista *Borrón y cuenta nueva*.

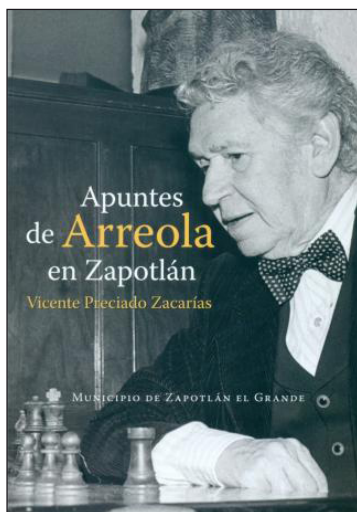
Consuelito Velázquez, de quien es difícil hacer mención sin usar el diminutivo, acaso porque provoca un afecto, un cariño espontáneo, toda vez que se ha conocido su música, es, sin lugar a dudas, un personaje histórico que ya cruzó el umbral de la memoria colectiva.

Lo que corresponde ahora, si no quieren arrepentirse “después de lo que pudo haber sido y no fue”, para emplear, en parafraseo, un verso de Consuelito Velázquez, es leer y compartir *Bésame mucho. Consuelo Velázquez: notas sobre una vida musical*, un libro que, estoy segura, disfrutarán y les hará buscar la música cálida, amorosa y nostálgica de esa compositora que, felizmente, sigue uniéndonos a distintas generaciones a lo largo del tiempo.

Referencia

Borrón y cuenta nueva 19 (2016, noviembre). Bésame mucho. Consuelo Velázquez. Notas sobre una vida musical [número monográfico coordinado por H. Sánchez].

Tríptico en torno a Juan José Arreola y Vicente Preciado Zacarías³²



La vida es breve (y más si no se lee)

Durante casi una década, de tarde en tarde, Vicente Preciado Zacarías visitó al maestro Juan José Arreola en su casa de Ciudad Guzmán o Zapotlán el Grande, Jalisco, para escuchar lecturas en voz alta, consejos, análisis literarios, anécdotas y confesiones, de quien sin duda es uno de los grandes cuentistas de Mé-

³²Texto leído en la presentación de los libros *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, de Vicente Preciado Zacarías; *Una selección personal. A personal fiction*, de Juan José Arreola; y *Ficcionario. Ensayos*, del propio Preciado Zacarías, el 23 de junio de 2017, en la Biblioteca Nacional José Martí, de La Habana, Cuba. En la presentación del libro se contó con los comentarios, también, del editor Miguel Uribe Clarín, del prologuista y autor de algunos de los libros, el escritor Vicente Preciado Zacarías, y de quien esto escribe. Este texto se publicó el 31 de julio de 2017 en la revista *Librínsula* [*La isla de los libros*] 367. Disponible en: http://librinsula.bnjm.cu/secciones/367/expedientes/367_exped_1.html.

xico e Hispanoamérica. Vicente Preciado, odontólogo de profesión, escritor, extraordinario humanista y profundo conocedor de la obra de Arreola, gozó de su amistad y del privilegio de jugar cientos de partidas de ajedrez con el autor de *Varia invención* (1949), *Confabulario* (1952), *Palindroma* (1971), *Inventario* (1976) y *La feria* (1963), entre otros libros.

Del narrador, del ensayista y del poeta; del actor, del célebre maestro de talleres literarios, del editor, del conductor de televisión; pero también del amigo y del ser humano que se enfrentó a sus temores, doblegado por la edad y las enfermedades nerviosas, puede dar cuenta el doctor Preciado Zacarías, pues su conocimiento sobre Arreola, como el de pocos, se basa en el acceso a materiales de primera mano: libros, documentos, conversaciones y alma, si se me permite la expresión, de quien, entre otros atributos, tenía el don de las prosas impecables, eufónicas, rebosantes de música interior, y de una fantasía, que lo mismo apostaba por lo místico, el juego verbal, el humor, la burla, que por la crítica social y la mordaz observación de los vicios y desenfrenos humanos.

Juan José Arreola Zúñiga nació el 21 de septiembre de 1918, y murió el 3 de diciembre de 2001. En 2018, como puede deducirse, se celebrará el primer centenario del natalicio del maestro Arreola, y ha sido, en cierto modo, Cuba, a través de la Biblioteca Nacional José Martí y Puertabierta Editores, de México, quienes, pudiera decirse, se adelantan a tal celebración al organizar dos eventos que convocan la figura del escritor: una conferencia del doctor Preciado titulada “Cuba en el inventario de Juan José Arreola” y la presentación de los tres libros que hoy nos reúnen: *Apuntes de Arreola*

en Zapotlán, del propio Vicente Preciado; *Una selección personal. A personal fiction*, edición bilingüe, español-inglés, de Juan José Arreola, con traducción de Ramón Elizondo Mata, y prólogo y notas de Preciado Zacarías; y *Ficcionario*, también de este último autor. Y aunque cada uno de los libros citados merecería una presentación aparte, por limitaciones de tiempo hemos decidido hacerlo en el mismo día, considerando que, después de todo, como verán, los tres textos se hallan unidos, interconectados, de una manera intensa y vertebral.

Dicho lo anterior, y antes de comentar a grandes rasgos el contenido y los aportes de los libros en cuestión, deseo recordar que, como lo expuso el doctor Vicente el miércoles pasado en este mismo espacio (Biblioteca Nacional “José Martí”), Arreola visitó la isla en dos ocasiones: en 1960, cuando fungió como jurado del Premio de Literatura Casa de las Américas, por invitación de Haydée Santamaría, directora de la naciente institución latinoamericana; y después, en 1961, a título de coordinador de un taller literario, que luego se volvería mítico, como lo son el malecón y la brisa habanera.

La segunda edición de *Apuntes de Arreola en Zapotlán*,³³ de Vicente Preciado, se dio a conocer en 2014 por el municipio de Zapotlán el Grande, Jalisco, y su Archivo Histórico. El grueso volumen de 642 páginas, resulta, contra todo prejuicioso pronóstico, una guía ligera y amena para seguir la conversación, y a ratos el monólogo deslumbrante, que le prodiga Arreola a Vicente, y al hacerlo, le ofrece aforismos, infinitas recomendaciones bibliográficas, cátedra y revelaciones sobre su proceso creativo.

³³ La primera edición tuvo lugar en 2004.

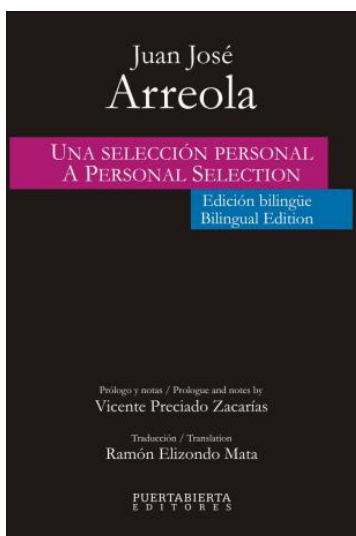
Con pericia sin igual, Vicente registra, libreta en mano —pues la inmensa mayoría de las veces Arreola le solicitó que no usara grabadora—, el torbellino lingüístico que es el maestro, el prodigioso Funes recitando de memoria poemas numínicos, entradas gloriosas de novelas y ensayos. De este modo, Preciado accede, en aquellas tardes entre mayo de 1983 y junio de 1991, como dice él mismo, al *ordo amoris*, a la lista de amores literarios arreolinos, es decir, a la lista de aquellos textos en que la luz se anida y resplandece con mayor fuerza conforme transcurren los años.

El mérito de *Apuntes de Arreola en Zapotlán* no está sólo en la paciencia de su recuperación, en los datos inéditos que revela, sino también en dos cualidades más: proporciona al lector acotaciones sobre en qué circunstancias comentó Arreola tal o cual cosa, y cómo lo dijo, con qué expresión, con qué gesto, para revelar el estado anímico del escritor y, desde luego, la ironía que, sin el debido contexto, podría pasar desapercibida; de igual modo, este libro brinda al lector referencias amplias, que parten de la investigación, sobre los libros o autores que citó Arreola en los años de convivencia y fraternidad con Preciado Zacarías.

En *Apuntes...* no se pierde el tono, la chispa genuina de Juan José, y en eso habría que reconocer un mérito más de esta obra. Con modestia, Vicente se esconde, se minimiza, para dejar hablar al otro, aunque es claro que debió haber estimulado con preguntas, con silencio, con intercambios lectores, la inteligencia y la atención de quien le dispensó una amistad sin cortapisas. Para estudiosos del mundo arreolino, o para simples lectores en busca de una comprensión más amplia del autor de *Bestiario*, queda *Apuntes...*, donde Arreola confiesa: “En mí

es más importante la fe en Dios que la existencia o no del propio Dios” (89); donde Arreola se queja de la decadencia del mundo, de lo estrafalario, y dice: “Voy a poner una tienda de pudor”; donde Arreola nos descubre después de escucharlo hablar de su *ordo amoris* personal, que la vida es breve (y más si no se lee).

Arreola en la casa del cuento



El nombre del maestro Arreola encabeza calles, centros de escritura y concursos de cuento. Encabeza, también, el canon del cuento fantástico del siglo XX en México, pero, mejor aún, el reconocimiento de una legión importante de lectores y críticos especialistas. Con todo, y frente a la figura que él representa, como bien señala Preciado en el prólogo a *Una selección personal. A personal selection*, el escritor jalisciense no ha sido debidamente disfrutado y valorado por el público angloparlan-

te. De ahí que *Una selección personal*, con traducción al inglés de Ramón Elizondo Mata, publicada en 2016 por Puertabierta Editores,³⁴ sea una aportación valiosa, que se ve enriquecida con las notas de Preciado Zacarías en torno al origen de los cuentos de Arreola, las referencias culturales explícitas o implícitas, y el alcance de algunas alusiones del narrador jalisciense a otros textos de él mismo o de autores fundamentales en lo que a su bagaje literario se refiere (Dostoievski, Kafka, Papini, Schwob, Whitman, López Velarde, Pellicer, etcétera). ¿Quién, tras convivir prolongadamente en Zapotlán el Grande con Arreola, hubiera podido recuperar la erudición y la didáctica que su maestro le enseñó, para formular acotaciones dirigidas a profesores y estudiantes de literatura? En definitiva, esta tarea parecía estar predestinada al doctor Vicente, que recuperó del primero de los libros comentados, *Apuntes...*, parte del material necesario para darle soporte y enriquecimiento a la *Selección personal* de Arreola. En esta selección se incluyen ocho cuentos, que el escritor tenía entre sus preferidos: “Autrui”, “El guardagujas”, “El prodigioso miligramo”, “De balística”, “Pablo”, “El silencio de Dios”, “Starring all people” y “Profilaxis”.

Los cuentos, como ha de suponerse, demandan de sus receptores una lectura atenta del subtexto; exigen malicia y curiosidad, curiosidad y disposición a seguirle a través de innumerables guiños intertextuales que tienen su anclaje en la historia, la filosofía, el arte, la metafísica y la religión. Arreola, como expone Preciado Zacarías, “compromete a sus lectores” con un lengua-

³⁴ La primera traducción al inglés de la narrativa de Arreola se llevó a cabo en 1964, por la Universidad de Austin, Texas.

je que sólo en apariencia es ligero; diríase que habitualmente “abromado”.

En el grueso de su narrativa, Arreola combina géneros, toma prestadas la didáctica de la fábula, el sentido apelativo del anuncio, la intimidad del diario, la carta y la biografía, la “actualidad” de la nota periodística, para conceder forma, desde la brevedad, a textos que, en un abrir y cerrar de ojos, tumban al lector con sorpresivos artificios de ingenio e irónica elegancia. A Arreola, ya se sabe, hay que leerlo siempre en voz alta, para captar su música, y de pie, como sugería Vasconcelos, con los buenos libros.

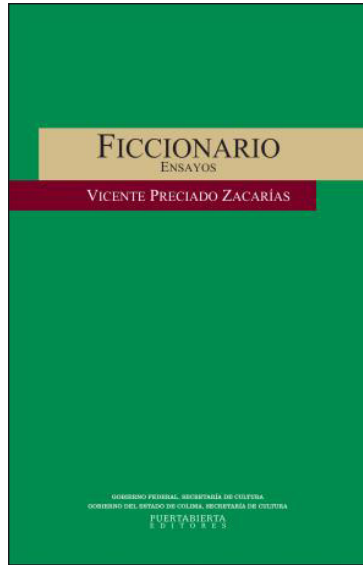
Curiosamente, los cuentos de *Una selección personal*, son los menos festivos o sarcásticos de la producción arreolina; antes bien son atormentados, quizá porque predomina en ellos un espíritu metafísico y una deducción *a priori*: nada salva al individuo de su sensación de vacío, de fragmentariedad. Así, en “El silencio de Dios” deja estas líneas sombrías y bellas a la vez: “Perseguido por días veloces, acosado por ideas tenaces, he venido a parar en esta noche como una punta de callejón. Noche puesta a mis espaldas como un muro y abierta frente a mí como una pregunta inagotable” (Arreola, 2016, p. 129).

Al igual que sucede con el viajero de “El guardaguas”, que espera con inquietud un tren que no sabe si llegará, y si llega, podría traerle aún más incertidumbre, otros personajes arreolinos (el narrador de “Autrui”, por ejemplo), se muestran incómodos, acosados por el tiempo, o, como en el caso de “Pablo”, el personaje principal de un cuento homónimo, se hallan en una paradójica desolación, no obstante que les asista la gracia divina.

Arreola, en entrevista con Federico Campbell, apunta que “el poeta es cenital y es abisal, viene desde el magma central, telúrico, y va hasta las estrellas que quiere. Ésa es la polaridad poética” (2016, p. 68). Esto explica, quizá, el que Arreola, de indudable entraña poética, se mueva en vida y obra entre lo cenital y lo abisal, con inquietud y sobresalto, y de esa “inestabilidad”, incertidumbre, extraiga el motivo de una porción sustancial de su literatura.

La nueva traducción al inglés de estos cuentos, con prólogo y notas de Preciado Zacarías, amplía las posibilidades de difusión de Arreola, y de llegar, en particular, a los estudiantes, ese público para el que el escritor dedicó numerosas charlas.

Una ensayística de literatura y vida



El tercer libro del que es menester hablar es *Ficcionario. Ensayos*, de Vicente Preciado, autor, también de *Brevensayos. Los trabajos y los días de un librero*; *Estos setenta y siete*, además del ya comentado *Apuntes de Arreola en Zapotlán*, entre otros títulos.

Vicente, como Arreola, es originario de Zapotlán el Grande, y como el autor de *La feria*, gusta de la charla franca, ramificada como un árbol de la vida, y de prodigarse en la docencia y el comentario bibliográfico. Uno y otro escritor pertenecen a la clase de viajeros cosmopolitas que, pese a todo, no olvidan el terruño, ése que desde la infancia reverbera en el tañido de las campanas de la plaza provinciana, en el olor del pan recién horneado, y en la milpa verde que se extiende despeinada por el viento y por la lluvia.

A propósito de sus coincidencias con Arreola, Preciado escribe: “Yo también he venido al filo de la montaña a declarar mi amor por esta tierra y por todo cuanto en ella habita. Es un acto de fe. Ante este milagro de luz, no puede haber apostasía. Vean: al fondo del valle la tierra redonda y húmeda se recorta persiguiendo su propia imagen” (Preciado, 2016, p. 39).

Publicado a finales de 2016, *Ficcionario* es una co-edición de las Secretarías de Cultura Federal y del Gobierno del Estado de Colima, México, así como de Puertabierta Editores, cuyo director, Miguel Uribe, incansable promotor de la literatura mexicana, y en especial, de la de centro-occidente, nos acompaña en el presidium.

Ficcionario cuenta con un prólogo del filósofo y escritor Carlos Vevia Romero, y está dedicado a Juan José Arreola, que sugirió su escritura al proveer a Vicente de un panorama de autores y autoras importantes, que, de manera aplicada y sistemática, éste fue revisando, estudiando, hasta que habló de ellos en pequeños ensayos, publicados en la prensa guzmanense, y luego les dio forma de libro: de un libro íntimo, afortunado, que evoca, de tanto en tanto, diálogos con el maestro Arreola en diferentes espacios.

Ficcionario se compone de cincuenta y ocho ensayos, breves, dedicados a hablar de autores muy diversos: San Agustín, Heidegger, Jung, Rilke, Joyce, Proust, Rubén Darío, Martín Luis Guzmán, Alfonso Reyes, Rosario Castellanos, entre un largo inventario. El motivo para acercarse a ellos es disímboles. A veces, es la evocación de una anécdota, un viaje o, como casi siempre, el contacto y disfrute directo de su obra. En todos los casos, sin embargo, lo que está presente es la epifanía, la

revelación instantánea que produjo un texto completo, una línea, un verso, o la experiencia de algo que supone un parecido con la vida de cierto escritor. Esto es: Preciado Zacarías escribe en *Ficcionario* de libros y autores, pero también de cosas encarnadas en la existencia, que le hacen pensar en algo leído, o viceversa, en algo leído que le hace pensar en la vida, porque para él en ambos territorios se goza, y se padece, y se ilumina y se oscurece el ser humano.

Preciado se aboca, con oportunidad, a comentar elementos literarios poco conocidos, o sobre los cuales casi nadie ha reflexionado. En este sentido, por ejemplo, refiere que nadie ha estudiado, a detalle, los artísticos prólogos que escribió Arreola para distintos libros; ni se ha detenido a estudiar el tema de los ángeles en Pellicer y en Rilke; como tampoco ha reparado en la importancia risueña de Gog, de Papini, para la literatura del mismo Arreola. Preciado comparte otras rarezas: comentarios a *La guía de los descarriados o tratado del conocimiento de Dios* (escrito en el año 1190), de Moisés Maimónides, y *El collar de la paloma. Tratado sobre el amor y los amantes* (fechado en 1022) de Ibn Hazm de Córdoba, un conjunto “de poemas y deliquios de amor que fueron enviados mediante palomas mensajeras y guardados luego en repujados escriños olorosos a sándalo y algalia” (Preciado, 2016, p. 159).

Vicente Preciado contagia a sus lectores del deseo ferviente de correr tras los libros que recomienda, porque, si bien media erudición en sus comentarios, hay también belleza en la expresión de lo dicho. Se permite escribir con calidez, entreverar datos personales en sus ensayos, y exponerse ante el lector como un humil-

de cazador de hallazgos, uno para el cual es inevitable lavarse las manos cada vez que inicia la lectura de un nuevo libro, pues con este simple acto declara su respeto por las palabras y se predispone a recibir una suerte de purificación lingüística.

De entre los homenajes que Vicente ha brindado al maestro Arreola, encuentro en *Ficcionario* el mejor de todos. ¿Por qué? Porque el discípulo agradece a su mentor lo aprendido, pero traza su propio sendero, y con méritos indiscutibles, cosecha sus propios lectores. (Obsérvese el estilo, la redondez con que consigue elaborar sus textos.)

Cuando Pablo Neruda visitó Zapotlán el Grande en 1942, le ofrecieron una cena a la que, afortunadamente, asistió el joven Arreola. En aquel entonces, como lo he señalado en otro momento, el poeta chileno le dedicó un ejemplar de *Veinte poemas y una canción desesperada*, a partir de estas líneas: “A Juan José Arreola con fe en su destino” (Arreola, 2015, p. 193).

El maestro, por supuesto, dio consecución a su destino literario con una obra relativamente breve, pero angelada, y Vicente Preciado, como hemos visto, también ha venido haciendo lo propio al compartir su conocimiento sobre Arreola, y al cultivar un estilo que, como en Pedro Salinas o Alfonso Reyes, es sustancia y esencia de un español depurado, cargado de profunda humanidad.

Aquí están, pues, tres libros, y sobrados pretextos para leerlos, para hacer nuestras vidas más largas, reflexivas, alumbradas, como la escritura misma.

Referencias

- Arreola, J. J. (2016). *Una selección personal. A personal fiction* (V. Preciado, pról. y notas, R. Elizondo Mata, trad.). Colima: Puertabierta Editores.
- Arreola, O. (2015). *El último juglar: memorias de Juan José Arreola*. 2ª ed. México: Jus.
- Campbell, F. (2016). Sobre la obra personal de Juan José Arreola. En M. Yáñez, *Valoración múltiple. Juan José Arreola* (pp. 65-74). La Habana: Casa de las Américas.
- Preciado Zacarías, V. (2014). *Apuntes de Arreola en Zapotlán*. 2ª. ed. Zapotlán el Grande: Municipio de Zapotlán el Grande, Jalisco, Archivo Histórico Municipal de Zapotlán el Grande, Jalisco.
- Preciado Zacarías, V. (2016). *Ficcionario. Ensayos*. Colima: Gobierno Federal, Secretaría de Cultura, Gobierno del Estado de Colima, Secretaría de Cultura, Puertabierta Editores.

Libros a escena. Textos de presentación a obras de géneros diversos, de Ada Aurora Sánchez Peña, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición se terminó en julio de 2018. En la composición tipográfica se utilizó la familia Espirit. El tamaño del libro es de 21 cm de alto por 14 cm de ancho. Programa Editorial: Alberto Vega Aguayo. Gestión administrativa: María Inés Sandoval Venegas. Corrección: Glenda Gilda Herrera Callejas. Cuidado de la edición: Alberto Vega Aguayo.

Libros a escena constituye la recopilación de una serie de comentarios críticos escritos para las presentaciones de diversos libros referidos a poesía, narrativa y ensayo, entre enero de 2004 y enero de 2018. Con excepción de la revista *Borrón y cuenta nueva*, de la que también se incluyen acercamientos críticos, el resto de los materiales documentados son libros. La recopilación de los comentarios-reseñas obedece a la necesidad de hacer visible la presencia de textos importantes que conviene releer, estudiar, así como de mostrar una parte del panorama cultural del centro-occidente de México, por lo que se refiere a los últimos catorce años.



UNIVERSIDAD DE COLIMA